ORIGEN DEL LENGUAJE

POR

ZABOROWSKI

TRADUCCIÓN CASTELLANA

POR M. M. MADIEDO

BOGOTÁ
IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS
1884

INDICE.

Pág.

DOS PALABRAS... III
Capítulo I.—Fases de la cuestión..... 5
Capítulo II.—Fases de la cuestión (continuación)..... 15
Capítulo III.—Valor expresivo de los movimientos del cuerpo y sobre todo de la faz en el hombre y en los animales..... 36
Capítulo IV.—De las emisiones de voz, como medio de expresión del hombre y de los animales..... 51
Capítulo V.—Ruidos y sonidos articulados del hombre..... 68
Capítulo VI.—Interjecciones y palabras imitativas como material del lenguaje..... 85
Capítulo VII.—Alteración y destrucción de la naturaleza expresiva de las palabras ; extensión de su sentido ; y crecimiento del lenguaje por la ley de las nomenclaturas analógicas..... 101
Capítulo VIII.—Relaciones de dependencia recíproca entre el lenguaje y el pensamiento..... 119

APÉNDICE PRIMERO.

Nota sobre la máquina parlante de M. Faber..... 131

APÉNDICE SEGUNDO.

Aplicación de la teoría de la evolución á las lenguas, por E. Férriere..... 133
Capítulo I.—Variación en las lenguas..... 133
Capítulo II.—Causas de variaciones y de selección en las lenguas..... 134
Capítulo III.—Consecuencias de la selección en las lenguas 139
Capítulo IV.—Clasificación genealógica de las lenguas..... 143
§ 1.° Constancia de estructura..... 143
§ 2.° Vestigios de estructura primordial..... 144
§ 3.° Uniformidad de un conjunto de caracteres..... 146
§ 4.° Cadena de las afinidades..... 146

DOS PALABRAS.

La tesis del origen del lenguaje tiene su interés en las ciencias que forman en la filosofía antropológica.

El verbo, la palabra, es cosa tan grande, que casi puede decirse que vale en el hombre todo lo que él es en el orbe inteligente. Y en prueba de ello, suprímasele ese vehículo del alma, y se le habrá empujado de espaldas hacia un estado que poco distaría del de los míseros animales.

Sí, basta preguntarse: ¿ qué sería el hombre sin la palabra? ¿ Qué ? Un puro bípedo mamífero...

¿ Por qué la imprenta y el telégrafo tienen tan grande importancia, si no es porque han ensanchado el dominio de la palabra en el mundo?

Y sin ella, ¿ qué valdrían los gritos, los gestos, las interjecciones mismas ? ¿ No están ahí los brutos con todo eso, sin poder salvar las lindes de su estacionaria brutalidad ? Oh ! si ellos hablaran ! ¿ Qué no pudieran concebir y ejecutar en los siglos ?

Medir la influencia del lenguaje en el desarrollo del hombre, es como pretender demarcar con una línea en los confines de los cielos el límite definitivo de los rayos de la luz del sol.

Ahora, ¿ qué dificultad hay en admitir que, como lo insinúa Lucrecio, así como de la naturaleza orgánica del caballo se desprende el relincho, y de la del pájaro el gorgeo, sea un atributo de la del hombre la analítica expresión de lo que siente, de lo que quiere y de lo que piensa ?

Y más sencillo aún : ¿ por qué no admitir que la palabra le haya sido dada *toute faite* al hombre por su divino Creador ?

¿ Es un imposible el lenguaje para el que ha hecho los sentidos, el corazón, la inteligencia, el hombre todo entero? ¿ No podría hacer la luz el que ha hecho el sol, tantos millones de soles ?

En este terreno, las teorías de Bonald nos parecen sin ningún inconveniente. Los órganos fisiológicos del habla en el hombre están revelando en él el verdadero origen del lenguaje. La carencia de esos mismos órganos en los brutos, en cuya virtud apenas poseen tan inflexibles rudimentos de comunicación ¿ no son aún un argumento negativo en favor de la espontaneidad del habla humana ? Para nosotros vale mucho el lenguaje, ciertamente, pero más vale el hombre, y el hombre ha sido hecho por Dios, *de una sola pieza.* Basta.

EL TRADUCTOR.

ORIGEN DEL LENGUAJE

POR ZABOROWSKI.

CAPÍTULO I.

FASES DE LA CUESTIÓN.

RESUMEN.

Origen del lenguaje, legado desde el principio á las ideas generales sobre el mundo y el hombre.—La palabra elevada al rango de las divinidades por los brahmanes. Opiniones de la antigua Grecia.—Epicuro.—Lucrecio : sentido exacto de la teoría.—Incompatibilidad de las doctrinas cristianas y de toda teoría científica. San Basilio, Locke y Adam Smith.—El Presidente de Brosses : su importancia en lo histórico de la cuestión y su gran valor científico.—La filosofía comparada.

Lo que hay de más difícil en esta difícil materia del origen del lenguaje, es quizá establecer sus términos. El medio más sencillo y leal para esto, consiste en hacer conocer las varias soluciones que se han disputado y se disputan aún la aquiescencia de los espíritus.

Sin embargo, no es una historia completa lo que nos proponemos hacer. Un volumen entero no bastaría ; sino poner únicamente en relieve, bajo el punto de vista que nos ocupa, algunos rasgos de un cuadro, cuyos elementos, por consecuencia de la oposición de las doctrinas, han permanecido hasta hoy dispersos á más ó menos distancia.

El origen del lenguaje es una de las tesis que han preocupado más y más antiguamente al espíritu humano. ¿No se alía el origen de la misma naturaleza al origen del alma humana? ¿No es el lenguaje algo de ese mismo espíritu? Analizarlo, penetrar el mecanismo de su nacimiento y de su estructura, ¿no vale á adquirir una conciencia más clara de sí mismo? Eso se ha creído, sin atinar á expresarlo completamente por falta de datos coherentes sobre el mundo y sobre el hombre. Por eso todas las teorías sobre el origen del lenguaje, por incompletas que hayan sido, se hallan todas en relación *más ó menos íntima* con las concepciones teológicas, metafísicas ó naturalistas que han dado sucesivamente una explicación mas ó menos satisfactoria del universo.

No quiere esto decir que la adaptación, el acuerdo de las primeras con las segundas se haya observado siempre. Cuántas no hay que la majestad de los mismos dioses no hubiera turbado, y que, sin embargo, ante el lenguaje se les aparecen en toda su complicación, más aparente que real y han quedado confundidas, balbuceando explicaciones incoherentes! Por una ilusión de que no podemos defendernos, ¿no nos parece un instrumento maravilloso de sus pensamientos, y aun más que esto, un molde cumplido y superior que determina y fija la forma, y crea, casi por sí solo, su curso y encadenamiento?

¡Cuántos no hay aún que, al tentar una explicación natural, acaban por perderse en medio de confusas dificultades, y en causa desesperada, para salir del apuro, llaman en su auxilio á los dioses y á toda clase de potencias ocultas más ó menos definidas!

Sócrates, en el *Cratylo* de Platón, comparaba ya á los etimologistas que decían que las primeras palabras son de origen divino, y partiendo de ahí á los trágicos confundidos que han ocurrido al *Deus ex machina*. Pero además, él mismo no les proporcionaba medio alguno para evitar semejante salida, ó si se quiere, derrota.

Pero no hay que admirarse. Semejante problema no puede resolverse por razonamientos ó especulativas abs-

tractas. El depende de una enorme masa de documentos y de hechos tan materiales, por decirlo así, como todos los demás hechos de la naturaleza. Y de estos hechos, apenas puede la antigüedad verificar la existencia (1), porque están diseminados por toda la faz del globo, cuya extensión no se sospechaba siquiera ; y porque están bajo la dependencia de concepciones y de conocimientos exactos que aun hoy mismo están muy lejos de haber alcanzado su total coronamiento.

Hay, pues, que contar con hallar entre sus escritores opiniones más ó menos adecuadas á la realidad ; creencias y razones lógicas, más bien que un conjunto de doctrinas coherentes ; y lo que en general los domina es el sentimiento del misterio que acerca del lenguaje habían concebido, sin darse de él una razón analítica.

En los días de los Vedas,-« libros sagrados de los indios orientales »-los brahmanes levantaron la palabra al rango de la divinidad y le consagraron himnos. Decían que ella había habitado los cielos desde el principio, y que sólo en parte había sido revelada á los hombres. Esta concepción no es sólo de ellos y de su tiempo. Véanse ó nó las primeras líneas del Evangelio de San Juan (2), como una metáfora, ellas prueban claramente que esa opinión se hallaba muy esparcida. ¿ Y acaso no la vemos manifestar su influencia y su duración en la Edad Media, y hasta en nuestros días, en los encantamientos mágicos, en ciertas palabras sacramentales, &c ?

Según Max Müller, los brahmanes insistieron apenas en esta opinión. Analizaron el lenguaje. Y la idea de reducir una lengua á un corto número de raíces, que en Europa intentó realizar por primera vez Henrique Estevan en el

---

(1) El estudio crítico de sólo el griego no alcanza más allá de la escuela de Alejandría; y antes, apenas existía un ensayo de su gramática. Las lenguas extranjeras no se estudiaban ; y por lo mismo jamás pudieron compararse.

(2) Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios

siglo XVI, les era familiar quinientos años antes de Jesucristo. (1)

Dos opiniones opuestas predominaron en la Grecia.(2) Querían los unos que el lenguaje tuviera un origen puramente humano, pero convencionalmente; los otros que fuera de creación divina, ó la obra misteriosa de la naturaleza inconsciente (3). Estas dos opiniones se han perpetuado hasta nosotros ; y al acordar la preferencia á la primera, los filósofos han obedecido con frecuencia á la idea falsa actual, de que reconocer una especie de previa convención entre los hombres, destinada á determinar arbitrariamente el valor de los sonidos, era el único medio de evitar seguramente el subterfugio de la creación divina.

La grande escuela filosófica de la antigüedad que primero consagró la observación positiva de la naturaleza superior de las concepciones subjetivas, y en la que encuentra la ciencia contemporánea, por decirlo así, sus profetas, había formulado ya ideas más coherentes y exactas.

Se atribuye á Heráclito la opinión de que las palabras son como las sombras de las cosas, y sus imágenes vocales como las de los árboles y las de las montañas reflejadas en los ríos ; así como nuestra propia imagen cuando nos miramos en un espejo.

Demócrito, en oposición á Heráclito, llamaba las palabras « estatuas vocales.» Para él no eran imágenes naturales y forzadas, independientes de la voluntad del hombre, sino obras artificiales, en cuya creación esa voluntad había obedecido á ciertas leyes.

No demuestra esto un conocimiento bien exacto de la realidad; y si en ello se alcanza á ver una tentativa leal de explicación natural, resta aún demasiado de lo erróneo y de lo vago.

Epicuro, más preciso y maduro, decía que en la pri-

(1) **Max Muller**, *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje*. París, 1864 Página 86.

(2) Véase á Hermann, *Die Sprachwissenschaf*, &c., 1 vol. en 8.° 1875, pag. 21.

(3) Se citaba en favor de la creación divina, la eficacia de las maldiciones. De todas partes sólo se hacía uso de documentos sofísticos.

mera formación del lenguaje los hombres habían obrado de una manera inconsciente, impulsados por la naturaleza como los animales, aullando y ladrando, &c ; pero que más tarde su desarrollo tuvo origen en convenios entre ellos.

Esta opinión es una de las más exactas que hasta hoy se hayan expresado. Y basta cambiar algunos términos y ensamblar algunos hechos y explicaciones para hacer de ella una opinión científica de actualidad ; porque encierra el único principio que deba guiarnos en la explicación natural del origen del lenguaje. Y para que se comprenda bien su naturaleza y su alcance, nos bastará citar á Lucrecio, el primero de quien pueda engreírse la humanidad ; porque su obra es la primera y la más alta glorificación de la razón humana. El pasaje conducente es quizá algo largo. Lo tomamos de la poética traducción, tan admirablemente ejecutada por Mr. Andrés Lefévre.

—« El traductor prefiere en esto una traducción rigurosa del verso francés en pura prosa castellana. Fácil nos sería versificar ese trozo ; pero no es difícil deslizar en el metro alguna frase, alguna palabra por otra acaso no completamente equivalente ; y para evitar tal dificultad en este asunto, traduciremos de la manera más exacta posible.»(1)

"La imperiosa necesidad creó los nombres de las cosas
Y varió los sonidos y matizó el acento.
Siguió el hombre la ley que guía también al niño
Cuando muestra con el dedo el objeto que se le presenta,
Supliendo con el gesto la ausencia de la palabra.
Todo sér desea usar de las fuerzas que presiente.
Baja el ternero la frente amenazante
Y se ensaya en herir con sus cuernos futuros.
El cachorro del león se ensaya en los mordiscos;
Y los del leopardo preludian los combates,
Con sus uñas blandas aún y dientes que aun no tiene.
El pájaro que vacila con su nuevo plumaje
Se fía en el débil vuelo de sus nacientes alas.

Es locura creer que tantos nombres por un hombre inventados

(1) Toda intercalación del traductor va entre guiones y comillas.

Han sido repetidos por los demás mortales.
¿Habría acaso uno solo hablado sin maestro,
Y fijado los varios sonidos que todos pueden pronunciar?
Y habría así ese hombre sabido designar cada cosa!
Pero entonces ¿por qué no habrían los demás podido hacer eso mismo?

Sin el cambio instintivo de los términos del lenguaje
¿Cómo habría su inventor podido saber su uso?
¿Qué encanto habría hecho adivinar á su auditorio
El sentido que él quería dar á la palabra?
¿Habría podido solo, entrar en lucha con una multitud
Y vencerla con su ejemplo y obligarla al estudio?
Para los sordos, habrían sido inútiles sus lecciones.
La vana obsesión de sus voces ininteligibles
Habría desde luégo insubordinado al involuntario discípulo,
Y el maestro habría tenido que callar en presencia de su auditorio.
¿Hay por qué admirar que dotado de una voz
Haya marcado el hombre los varios empleos de los diversos sonidos
Según la impresión que le inspiraba su imagen?
Pero las bestias, que no tienen más lenguaje que el grito,
Así en el establo como en los montes, expresan sucesivamente
La alegría y el dolor, el amor y el espanto.
Tal es la experiencia. Cuando la perra robusta
Entra en furor, su hocico irritado se pliega
Descubriendo los dientes y ahogando sus aullidos.
La rabia y la amenaza alteran esa voz
Cuyo estruendo bullicioso resuena en nuestros umbrales.
Y cuando con sus perros educados por su lenguaje
Retoza dulcemente y remueve su cuerpo,
Y con diente ligero imita sus transportes,
Los agarra en respuesta á sus leves mordeduras,
Con una voz modulada los acaricia murmurante,
Sin ese acento quejoso de sus gritos de desamparo,
O gemidos que claman perdón,
Cuando se arrasta y huye del látigo de su amo.

Los caballos hacen conocer por sus relinchos
Ya el ardor juvenil, amoroso aguijón
Que da alas al padre en medio de las yeguas;

Ya el estremecimiento con que el corcel se agita
Cuando aspira la batalla con sus hinchadas narices ;
O sea el timbre expresivo de diversos sentimientos.
Observa los pájaros, esas cien tribus de los aires
El quebrantahuesos y el gavilán, el buceador anfibio
Que persigue bajo las olas su alimento y su vida,
Para anular ó animar el brío de sus combates,
¿ Qué de tonos y gritos no pone por obra ?

Otros cambian su voz, tan áspera en apariencia,
Según la ocasión. Tales son, cuando su banda se reúne
Para llamar, dicen el viento, la tempestad ó el agua,
La corneja vivaz como el cuervo sombrío.
Qué ! entre tantos animales, por decirlo así, mudos
Ves tú los sentimientos traducidos por el grito
¿ Y no habría podido el hombre, creado para hablar,
Usar de los sonidos que articula tan bien ?

Para precisar, resumamos al poeta siguiendo una interpretación positiva. Concluyamos pues por él. ¿ Qué afirma por medio de su voz inmortal toda la escuela de la antigua sabiduría ?

1.° La analogía fundamental de los medios de expresión en el hombre y los animales;

2.° La adquisición y el desarrollo graduado y lento del lenguaje articulado por los esfuerzos espontáneos del hombre y la elaboración de las generaciones sucesivas; del mismo sello y muy claramente, la naturaleza expresiva de los primeros sonidos articulados.

Porque estas proposiciones son precisamente el único objetivo que puede proponerse la ciencia actual para llegar á una explicación real del origen del lenguaje. Con todo, esas proposiciones no fueron admitidas en la antigüedad sino por un corto número de hombres instruídos.

La inauguración de la era cristiana no cambió en nada el estado de las cosas. (1) La ciencia permaneció desprovista, é incoherentes las opiniones; aunque su misma inco-

(1) Aunque sí tuvo el mérito, según Mr. Federico Müller, de inaugurar el estudio de las lenguas extranjeras. *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje.* Página 32.

herencia pudiera haber protegido su audacia. En la antigüedad era cosa admitida que había pueblos que carecían de lenguaje. En la Edad Media se creía que ciertos animales y aun ciertas plantas hablaban.

M. Max Müller menciona el hecho de que Eunonius acusó á San Basilio de negar la Providencia porque no quería reconocer que Dios hubiera creado nombres á las cosas; y atribuía la invención del lenguaje á las facultades con que Dios había dotado al hombre. En su ortodogia de pura complacencia, M. Max Müller se cree feliz al añadir que San Gregorio, Obispo de Nisa en Capadocia (331-396), defendió á San Basilio.

Claro es, sinembargo, que la doctrina religiosa que se imponía presentando al hombre como creado en completo desarrollo, era un obstáculo insuperable contra toda explicación de la formación natural del lenguaje. La teoría de la adquisición lenta de Lucrecio era tan inconciliable con ella, como la tan bien establecida hoy sobre la barbarie originaria. (1)

Del mismo modo, los filósofos del siglo XVIII, que quisieron evitar la muy cómoda solución de la intervención de la Providencia, adoptaron, como ya se ha dicho, la antigua opinión de la creación artificial y del establecimiento puramente convencional del lenguaje. Tal fué Locke. Según Adam Smith, que sostiene y desenvuelve su opinión, "el hombre ha debido vivir por algún tiempo en un estado de mutismo, sin otros medios de comunicación que ciertos movimientos del cuerpo y ciertas expresiones de la fisonomía, hasta que al fin, multiplicadas las ideas, y no pudiendo ya indicarse sus objetos sino con el dedo, *se sintió la necesidad de inventar signos artificiales cuya significación se determinara de común acuerdo.*"

Semejante opinión debía conducir necesariamente á considerar los elementos del lenguaje, las palabras, como objetos de arte sin relación con ninguna ley natural y sin vínculo necesario con ninguno de los sentimientos que pueden expresar. Este modo de ver no ha sido comba-

(1) Véase nuestro *Hombre prehistórico* en la *Biblioteca útil.*

tido en su época sino por un solo filósofo de los más profundos, aunque acaso de los menos conocidos, el Presidente de Brosses. Ni Mr. Renan en su obra del *origen del lenguaje*, ni Mr. Max Müller, ni Mr. Maury lo han citado jamás; y ha sido necesario que muy recientemente Mr. B. Tylor nos lo revelase para que se le hiciera justicia. El primero, sinembargo, volviendo á tomar por punto de partida las proposiciones de Lucrecio, ha insistido en su examen y prueba científica, y es el primero que ha formulado una doctrina coherente sobre el origen del lenguaje (1). Apenas se ha encontrado un reproche que hacerle: el de ser demasiado sistemático. Pero él mismo ha dado las necesarias indicaciones para comprobar su doctrina según los más sanos métodos de las ciencias naturales. Citémoslo íntegramente; y habrá de admirarse el grado de precisión á que llega de un golpe. (2)

"El sistema de la primitiva fábrica del lenguaje humano y de la imposición de los nombres á las cosas, no es arbitrario y convencional, como se ha acostumbrado á figurárselo, sino un verdadero sistema de necesidad determinada por dos causas. Es la una, la construcción de los órganos vocales que no pueden dar sino ciertos sonidos análogos á su estructura. La otra es la naturaleza y la propiedad de las cosas reales que se quieren nombrar.

"Ella obliga á emplear en su nombre sonidos que las pintan, y establece entre la cosa y la palabra una relación por la que el vocablo pueda excitar una idea de la cosa.

"La primera fábrica del lenguaje humano no ha podido consistir, pues, como lo demuestran la experiencia y las observaciones, sino en una pintura más ó menos completa de las cosas nominadas; tal como era posible á los órganos vocales efectuarlo por un ruido imitativo de los objetos reales.

"Esta pintura imitativa se ha extendido de grado en

(1) Desde 1750 había dicho Turgot que las lenguas no son obra de una razón presente á sí misma; pero sin insistir y aun acaso sin apercibirse de todas las consecuencias de tan profunda reflexión.

(2) De Brosses, *Tratado de la formación mecánica de las lenguas*, 2 volumenes en 12, París, 1765, tomo I, Preliminares, XIII.

grado y de tiempo en tiempo por todos los medios posibles, buenos ó malos; desde los nombres de las cosas más susceptibles de ser imitadas por el sonido vocal, hasta los nombres de las cosas que lo son menos; y toda la propagación del lenguaje se ha hecho, de un modo ó de otro, sobre este primer plan de imitación trazado por la naturaleza, como lo comprueban aún la experiencia y la observación.

"Pasando así los hechos, existe una lengua primitiva orgánica, física y necesaria, común á todo el género humano, que ningún pueblo de la tierra conoce ni practica en su primitiva sencillez (1); que sin embargo, todos los hombres hablan, y constituye el fondo de las lenguas de todos los países; fondo que el inmenso tren de los accesorios de que está colmado, deja apenas sospechar."

Hé aquí el medio que él ha seguido y que cualquiera ha podido seguir después de él para comprobar esta teoría, tan perfectamente científica:

"Digo, pues, que si hay ciertas expresiones que se desarrollan regularmente las primeras, desde que la facultad de hablar comienza á ponerse en ejercicio; que si esas expresiones son esencialmente las mismas en todos los pueblos de los cuatro ángulos de la tierra, habrá que concluír de ello que son nativas al género humano; necesariamente resultantes de la estructura física del órgano vocal y del producto de su más simple ejercicio. El examen de las primeras palabras del lenguaje infantil nos dará la prueba de lo dicho." (2)

En efecto, numerosas observaciones están aún en pié. Otras demuestran quizá demasiada complacencia de su parte en ver por doquiera pruebas de su sistema; pero es verdaderamente sorprendente que tanta ciencia y precisión, miras tan justas, tan profundas y tan seriamente sostenidas, hayan tenido tan poca influencia en las discusiones sobre el origen del lenguaje y hayan caído en un completo olvido!

No podemos atribuir evidentemente este molesto resulta-

(1) Quizá no era esto cierto en absoluto. Pero apenas se ha llegado á saber esto en nuestros días.

(2) De Brosses, II, página 13.

do negativo, sino á las doctrinas de la ortodogia espiritualista y religiosa de que se hallaban penetrados los espíritus; á la metafísica racionalista, á las falsas ideas y á la ignorancia profesada respecto de la primitiva edad del hombre, que hasta en nuestro siglo se exhibía como en un estado de perfección. Es igualmente preciso hacer entrar en línea de cuenta la repugnancia de los naturalistas á mezclarse en una cuestión sustraída, en la opinión general, del método de la observación positiva, sin base material y sin vínculo con la realidad de los hechos tangibles.

No hallando la filología comparada los mismos obstáculos en su carácter y su papel de ciencia puramente histórica, no tardó felizmente en hacer rápidos progresos. Fuente desde luégo considerable de errores en la cuestión del origen del lenguaje, su trabajo no era menos que una indispensable preparación, y como una faz de la cuestión misma; por un camino mucho más largo, pero que permitía tomar las mayores seguridades y no debía dejar de conducir á la misma solución guiándonos á la lingüística de nuestros días.

CAPÍTULO II.

FASES DE LA CUESTIÓN.

(Continuación).

RESUMEN.

Descubrimiento del parentesco de las lenguas indo-europeas, por William Jones (1786)—Clasificación morfológica de las lenguas por Guillermo Schlegel (1818): lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión—Las raíces: naturaleza y papel que desde luégo les son atribuídos. Modo general de extracción de las raíces. Su sentido general y abstracto—Teoría metafísica de Mr. Renan—Teoría metafísica de Mr. Max Müller: sus incoherencias; sus veleidades científicas; su modo de tratar la cuestión del paso de las interjecciones y de los sonidos imitativos á las raíces verbales—Ideas subjetivas de M. Withney—Escuela de Augusto Schleicher: el transformismo en el lenguaje: la vida del lenguaje; Hovelacque, Withney, G. Darwin—Condiciones previas de todo estudio científico del origen del lenguaje aceptadas por la escuela de Schleicher—Darwin, Houxeau, Lubbock, Tylor—Mr. Miguel Bréal: las raíces abstractas no son de formación primitiva—Su derivación—Sus funciones—Su naturaleza.

Es del todo inútil para nuestro objeto entrar en el detalle de los primeros esfuerzos y de las primeras adquisiciones de la filología comparada. Los únicos resultados de esta ciencia que pudieran interesarnos, son de un orden más elevado. Tal es el descubrimiento del parentesco del origen común de las lenguas indo-europeas.

Comprendióse que lenguas hermanas como el francés, el italiano y el español, serían absolutamente inexplicables y, por decirlo así, desprovistas del principio de existencia, sin una lengua madre común, el latín.

Y desde 1786 William Jones descubrió entre el latín, el griego y el sanscrito (1) el mismo parentesco que el que existe entre el francés y el italiano ; concluyendo de ahí en cuanto á éstos, como respecto de los otros, que todos tenían un origen común.

"Ningún filólogo, decía, podría examinar el sanscrito, el griego y el latín, sin pensar que han tenido un origen común que acaso ya no existe. Hay una razón del mismo género, aunque menos evidente, para suponer que el gótico y el céltico han tenido el mismo origen que el sanscrito, y en esta familia podemos comprender el antiguo persa." Y en efecto, cuando siete ú ocho grupos de idiomas, al través de todas las variaciones de su desarrollo particular, han conservado, durante más de tres mil años, los rasgos fundamentales de un íntimo parentesco, el mismo plan y el mismo fondo, la identidad léxica y gramatical ; cuando entre ellos ninguno pudo dar cuenta de su estructura y de su formación, ¿cómo creer que hayan nacido espontánea y aisladamente en el lugar en que por primera vez se hayan revelado á la historia ?"(2)

Esta comprobación es importante para la investigación del origen del lenguaje, por cuanto ha conducido á probar, por hechos positivos, que todas nuestras lenguas literarias, tan complexas, se derivan de lenguas mucho más

(1) La introducción del sanscrito en Europa se debe á Leibnitz y á Herder. Colebrooke contribuyó con Jones al descubrimiento de sus entronques con las lenguas europeas.

(2) Andrés Lefévre, *Estudios de lingüística y de filología*, 1877. 1 vol. en 8.°

sencillas, y aun de idiomas sin literatura y muy pobres para satisfacer las necesidades de pueblos históricos.

En 1818 estableció Guillermo Schlegel una clasificación de las lenguas, basada en el estudio de la morfología de los vocablos, que es aun hoy la clasificación fundamental de todos los lingüistas. Según ella, todas las lenguas se han dividido en tres clases.

La primera comprende los idiomas sin ninguna estructura gramatical. La palabra de una sola sílaba es su misma raíz. Se las llama, por lo tanto, aisladoras ó monosilábicas.

La segunda comprende las lenguas formadas por aglutinación y polisintéticas. En ellas una parte de la palabra se forma de una raíz principal que indica la significación fundamental de esa palabra ; y la otra parte está formada por una ó muchas raíces accesorias, que indican las relaciones y modos de ser diversos de la raíz capital.

La tercera, en fin, comprende las lenguas por flexión. La flexión consiste en el hecho de que en una palabra que ya ha pasado por la aglutinación, puede experimentar una raíz, una modificación fónica capaz de indicar las distintas relaciones de esa raíz. (1)

Desde ese momento quedaba apercibida la idea, hoy familiar, de que todas nuestras palabras provienen de la combinación, de las alteraciones y de las modificaciones de algunas palabras de una sola sílaba. (2)

En efecto, después del descubrimiento de la ley de derivación de Grimm y el análisis por Bopp de las formas lingüísticas de las lenguas indo-europeas, que demuestran su evidente parentesco; Chavée, en 1849, emprendió la reconstrucción orgánica de las palabras de la lengua común indo-europea, "restableciendo el tipo original con la ayuda de sus mejor conservadas variedades." (3) Schleicher, to-

(1) A Hovelacke, *Revista de anth.* tom. VII, 1878.

(2) Véase á Max Müller, *La extratificación del lenguaje.* (*Biblioteca de los altos estudios*).

(3) Los señores Ewald, Federico Müller y Renan, han intentado de la misma manera la reconstitución de la lengua común que ha dado nacimiento al caldeo, al asirio, al hebreo, al fenicio, al árabe, al hemyarito y, en fin, á las lenguas semíticas.

mando por punto de partida las formas orgánicas reconstituídas, exponía "con el método más seguro y riguroso," (1) sus modos y transformaciones sucesivas y las leyes principales de su variabilidad; y en fin, en nuestros días se ha reducido todo el vocabulario indo-europeo á cuatrocientos monosílabos. Esos cuatrocientos ó quinientos monosílabos son lo que se llama las *raíces*. Es muy importante hacerlas conocer en su naturaleza y sus funciones, porque su extracción, que obliga á separar sucesivamente el sentido especial particular de cada una de las palabras en las cuales entran, les ha hecho atribuír inevitablemente un sentido general que abraza todos los sentidos particulares de esas palabras. Y muchos lingüistas, tomando ese sentido por ligado naturalmente á las raíces, y pasando éstas por el punto de partida del lenguajo, encontraban en el origen mismo de éste, concepciones generales expresadas por palabras sin relación natural y necesaria con ellas; palabras *significativas* y sin ningún valor expresivo. De aquí han nacido las teorías más vagas y erróneas que han tenido curso; las teorías de Mr. Renan y de M. Max Müller.

Demos, desde luégo, según este último, un ejemplo de extracción de una raíz:

Después de haber sacado cuanto es *formal, artificial* é *inteligible* en las palabras, queda siempre algo que no es simplemente formal, ni el producto del arte gramatical, ni inteligible; y eso algo lo llamamos por ahora, una raíz ó un elemento radical. Si tomamos una palabra tal, como *históricamente*, podemos suprimirle la terminación *mente*, y nos quedará *histórica*, del latín *históricus*. De aquí podemos aún suprimir la sílaba *cus*, subfijo de los adjetivos, mediante el cual, *históricus* se ha derivado de *histor* ó *historia*, derivada esta última palabra de *histor* con auxilio del subfijo femenino *ia*, que sirve para formar palabras abstractas. *Histor* es una corrupción de *istor*. El espíritu rudo que reemplaza al espíritu suave al principio de la palabra puede sin embargo atribuírse á una influencia dialéctica. En se-

(1) Hovelacke, *República francesa*, del 20 de Julio de 1877 *y Estudios*.

guida hay que dividir á *istor* en *is* y en *tor*, porque *tor* es el nominativo singular del subfijo derivativo *tar*, que tenemos en latín *dator*, sanscrito *datar*, griego *do-ter*, *dormidor*, cuyo elemento radical es *is*.

En *is* la *s* es una modificación de la *d*; porque en griego *d* seguida inmediatamente de una *t*, se cambia en *s*. De esta manera llegamos á la raíz *id*, que hallamos en el griego *oida*, en el sanscrito *veda*, perfecto, y no duplicado de la raíz *wid* que tenemos en inglés *to-wid*, "saber." *Histor* ha, pues, significado originariamente, "el que sabe ó halla;" é *historia* ha significado "conocimiento." Más allá de *vid* no es dable subir, ni tampoco decir por qué *vid* significa "ver," ó "encontrar" ó "conocer."

¿Por qué, se pregunta aún M. Max Müller, "gâ" significa *ir*; "stha," *mantenerse de pié*; "sad," *sentarse*, "dâ," *dar*; "mar," *morir*?

Delante de estas palabras de un sentido tan general y tan comprensivo, y que las reglas de derivación mejor establecidas hacían considerar como la fuente y elemento primordial y esencial de todas las otras palabras, el origen del lenguaje permanecía, por decirlo así, como algo misterioso y sobrenatural. Atribuyóse una maravillosa facultad de generalización al hombre primitivo; y ante la imposibilidad científica de detenerse un solo instante en la opinión resucitada por de Bonald sobre el divino origen de las palabras, se atrincheraron en vagas abstracciones metafísicas sobre un instinto casi divino que, desde *el origen*, había hecho expresar concepciones generales, por sonidos *significativos*. Este instinto era el atributo de su naturaleza superior, como el grito lo es de los animales.

Oigamos á M. Renan (1):

"El problema del origen del lenguaje parece que poco ha preocupado á la antigua filosofía. Platón, cierto es, vuelve más de una vez su atención hacia las palabras; pero hay que confesar sin trabajo, que los ensayos de etimología que se encuentran en el *Cratylo*, por ejemplo, casi no ofre-

(1) *Nuevas lecciones sobre la ciencia del lenguaje*, tom. II, pág. 1. París, 1866—68.

cen traza de un método científico. Aristóteles ha presentado el primer ensayo de una gramática general, pero la gramática general está tan lejos de una filología comparada, según el sentido moderno, cuanto lo está la dialéctica del análisis experimental de la razón. Lucrecio ha expresado sobre la formación del lenguaje opiniones notablemente ingeniosas, (1) pero falseadas por la *vana hipótesis* que preocupaba á toda la escuela epicúrea; la idea de una humanidad primitiva que vivió en un estado salvaje y casi bestial. Entre la solución, groseramente materialista, que hacía atravesar al lenguaje todas las fases de una invención lenta y progresiva, solución que parecía haber sido la de los sabios, y una creencia poco razonada sobre lo innato del lenguaje, creencia que parece haber sido la de las gentes de poca instrucción, la antigüedad casi no conoció términos medios: la extrema imperfección de la filología, y sobre todo de la filología comparada, no dejaba lugar á una teoría más próxima á la verdad."

En este pasaje, M. Renan trata de *vana hipótesis* la verdad científica mejor establecida hoy, y se priva así desde luégo, sin examen, *a priori*, de las condiciones previas de toda explicación científica y natural del origen del lenguaje. Adivínase, ya que no tendrá otro resultado que el de las generalidades metafísicas equivalentes á lo innato de que hace burla. Sin que intente dar siquiera la prueba de la falsedad de la solución "ingeniosa," de que acaba de prescindir, prosigue de esta manera:

"Si el lenguaje no es ya un don eterno, *ni una invención tardía y mecánica*, no nos queda sino una sola vía que adoptar: y es atribuír su creación á las facultades humanas que obran en conjunto y espontáneamente. La necesidad de expresar sus pensamientos y sentimientos es natural al hombre. Cuando él piensa, lo expresa interior y exteriormente. Nada hay tampoco arbitrario en el empleo de la articulación como signo de las ideas. No es por un propósito de decencia ó de comodidad, ni por imitación de los animales que el hombre ha escogido la palabra para formular y

(1) *De Natura rerum*. V. V. 1,027.

comunicar su pensamiento; sino porque la palabra le es natural, en cuanto á su producción orgánica y en cuanto á su valor expresivo. Si, en efecto, concedemos al animal la originalidad del grito, ¿ por qué rehusar al hombre la originalidad de la palabra ?"

Él considera las diferentes familias de lenguas como formadas "de un solo golpe" en sus elementos esenciales para todas las facultades del hombre, que obra en conjunto y espontáneamente, "como salidos instantáneamente del genio de cada raza."

Una teoría tan puramente metafísica y que prescinde así tan completamente del *cómo* de la formación del lenguaje, no es por cierto una solución; ni nos enseña cosa alguna, y ha perdido todo su valor científico.

M. Max Müller, que ha estado más al corriente del progreso de las ciencias naturales, y que viene además tras M. Renan, se ha acercado acaso más por eso á la realidad, al cometer, no obstante, el mismo error.

Leemos en sus *Primeros estudios sobre la ciencia del lenguaje :* "Las 400 ó 500 raíces que restan como elementos constitutivos de las diversas familias de lenguas, no son ni interjecciones ni imitaciones. El hombre en su estado primitivo y *perfecto,* tenía, no sólo como el animal, el poder de explicar sus sensaciones por interjecciones y sus percepciones por onomatopeyas. Él *poseía,* además, la facultad de dar una expresión más articulada á las concepciones naturales de su espíritu. *Esta facultad no era obra suya.* Era un instinto (como si un instinto, hábito hereditario, pudiera nacer de nada espontáneamente !) un instinto del espíritu, tan irresistible como todos los otros instintos. El lenguaje, en cuanto es la producción de este instinto, pertenece al reino de la naturaleza."

E insiste aún (página 400): "Todas las raíces expresan una idea general y son tipos fonéticos producidos instintivamente por una potencia inherente á la naturaleza humana."

En sus *Nuevos Estudios* desenvuelve la misma tesis, atenuándola por consideraciones accesorias:

"El hombre no ha podido nombrar un árbol, un animal, un río ó cualquiera otro objeto que le interesase, sino

después de haber descubierto alguna cualidad general que lo impresionara como el rasgo característico del objeto que quería denominar.

"*En el período rudimentario del lenguaje, la imitación del relincho habría bastado para designar el caballo. Los salvajes son excelentes mímicos y sobresalen en la reproducción de los gritos de los animales.* Pero esto no constituye su lenguaje. Hay kakatoes que al ver gallos y gallinas, se ponen á cacarear como para expresar lo que están mirando. No hay eco alguno del relincho en el nombre ariano del caballo. Fué su viveza la que hirió el ánimo de Arya primitivo, como que era su más natural cualidad. Por esto, de la raíz *as*, "ser agudo," ó "rápido," se ha derivado *asva*, "el corredor," "el caballo."

Más tarde, en sus *Conferencias sobre la filosofía del lenguaje según Darwin* (1), parece dar un paso más hacia una solución científica.

"Las raíces, dice, no son interjecciones ni sonidos imitativos. Interjecciones como *poeh!* sílabas imitativas como *bowwow*, son todo lo contrario de las raíces (!!) Son vagas y variadas de sonido, y particulares en cuanto al sentido; mientras que las raíces tienen un sonido definido y un sentido general. Las interjecciones, añade, sin embargo, y los sonidos imitativos son los únicos materiales posibles con los que se haya podido construír el lenguaje humano. El verdadero problema está, pues, en saber cómo *partiendo de las interjecciones y de los sonidos imitativos, podemos llegar á las raíces*..... El análisis de toda lengua nos conduce á las raíces; la experiencia nos dice que las interjecciones y los sonidos imitativos son los únicos principios del lenguaje que podamos concebir. Si podemos unir estos dos elementos, habremos resuelto el problema."

Sin demora cita muchos ejemplos de raíces íntimamente ligadas á interjecciones y á sonidos imitativos, y que aun no son otra cosa que onomatopeyas. Pero este lingüista de espíritu más brillante que sólido, y más amplioque riguroso, se atrinchera tras el sentido general que le ha sido

(1) *Revista literaria*, 1873, p. 486.

atribuído *ex post facto;* y de las concepciones que le corresponden *actualmente;* y cortando de un tajo su argumentación, nos pregunta sin transición y nos exige que le probemos "si los pensamientos del marrano *atraviesan los mismos canales de concepción* (!) que los suyos"; y nos pide que le mostremos para esto en el lenguaje de los animales una sola raíz, como la raíz AK, *agudo* y *rápido*, y dos derivados de esta raíz, como *asva*, el rápido, el caballo, y *acutus*, de espíritu vivo ó agudo." "Qué digo? exclama – mostradme un animal que tenga la facultad de formar raíces; que pueda añadir *uno* á *uno*, y realizar la concepción de *dos*, y yo diré que, por lo que mira al lenguaje, no hay objeción que hacer á la argumentación de M. Darwin; y que el hombre ha salido ó quizá salido de algún animal inferior."

Naturalmente, al exigirnos que le demostremos el animal formando raíces verbales, M. Max Müller desatiende completamente el observar que sus condiciones de existencia son muy diversas de las que nos crea nuestro estado social; que su organización física está en un grado de muy inferior desarrollo; y que en particular su capacidad craniocópica y la cantidad de su materia cerebral son muy inferiores á las nuéstras. El prosigue, sin embargo, así en su tono más solemne: "Es de nuestro deber poner en guardia á los discípulos de M. Darwin, para advertirles que antes de triunfar, antes de cantar victoria, antes de poder hablar del hombre, el descendiente de un animal mudo, tendrán que sitiar en regla una fortaleza que no se conmoverá por algunas demostraciones, ni se rendirá por algunos disparos de fusil—la fortaleza del lenguaje que, por ahora, se levanta inconmovible, inexpugnable en la frontera de los dos reinos—el del hombre y el de la bestia.

Algo después, y para terminar, refuerza la anhelada incoherencia, ó sea la complacencia con las preocupaciones de su público inglés hasta convertir en burlas su misma argumentación en pro de la transformación de los sones imitativos y las interjecciones en raíces verbales:

"Un hábil abogado, de los muchos que tenemos ante el tribunal de la ciencia, podría decir: La teoría misma que proponeis sobre el origen de las raíces ¿no prueba que M.

Darwin tiene razón? No habeis demostrado que el animal posee en la interjección los materiales del lenguaje; que imita el grito de los demás animales, que comunica con ellos y que les advierte por agudos gritos, que él conoce, el nombre y comprende las órdenes de su amo? ¿No nos habeis cautivado ahora mismo al mostrar que las interjecciones y los sonidos imitativos pueden dulcificarse, redondearse, perder sus puntas, sus asperezas, asumir un sentido general y convertirse en raíces? En presencia de los fenómenos que acabais de explicarnos, M. Darwin ¿no queda por ello autorizado, como jamás, para decir que el lenguaje del hombre es el resultado de un desarrollo, y que debe haber habido una ó muchas generaciones que aun no habían generalizado sus instituciones, ni aun redondeado sus interjecciones?"

M. Max Müller tendría una bien mediana idea del público ilustrado, si creyera que un abogado de raza, y sobre todo hábil, habría sido el único que hiciera tales observaciones, que se ocurren al primer venido. Pero sin duda él ha querido insinuar también que esas no son sino puras argucias. Y esa es su única respuesta. Esperamos por momentos la exposición de las razones decisivas que lo inducen á rechazar la teoría, la solución del problema cuyas condiciones ha determinado; y es en este instante mismo en que él se apercibe de que..... la hora se aproxima. Las chanzas á que está habituado bastan para satisfacer su amor propio de lingüista reconocido, y de expositor diestro á quien no desconcierta ninguna inconsecuencia. Pero no es imposible volver á hallar en él expresada cierta adhesión más ó menos directa á la teoría que esquiva con tanto aplomo. Después de haber expuesto la opinión de Epicuro que más antes hemos mencionado, dice en efecto en sus *Nuevos Estudios* (tom. II, p. 12): "A esta hipótesis de un concierto convencional, sustituyamos que no existía en tiempo de Epicuro y que nuestro siglo debe la completa elaboración al genio de M. Darwin: en vez de *concierto convencional* digamos *selección natural*; y creo que entonces llegaremos á entendernos con Epicuro y con algunos de sus modernos discípulos."

El lingüista que está hoy en posesión de la más famo-

sa reputación, después de Mr. Max Müller, Mr. Withney, espíritu infinitamente más exacto y más metódico, se mantiene en reserva respecto á la tesis del origen del lenguaje; y aun la evita, denegándose á afiliar la lingüística entre las ciencias naturales; al contrario de lo que hace, y con razón, Mr. Max Müller. Sin embargo, expresa algunas opiniones sobre el particular. Y esas opiniones nos parecen mucho más erróneas que las del último, como puede leerse en la obra importante que lo ha hecho conocer, sobre todo, en Francia. (1)

« En el estado actual toda sociedad humana tiene una lengua, mientras que ningún animal inferior posee medios de comunicación, por cuanto los de los animales son de un carácter tan diferente, que no tienen derecho al nombre de lenguaje.

« No es de la competencia del lingüista explicar el por qué de esta diferencia; como tampoco de la del historiador del arte y de la mecánica el explicar por qué los animales inferiores no son artistas ni mecánicos.

« La diferencia esencial que separa los medios de comunicación de los hombres entre sí, de los que poseen los animales, es que *entre los últimos son instintivos, mientras que entre los primeros son enteramente arbitrarios y convencionales.* Nuestra exposición sobre este objeto ha establecido suficientemente la verdad del último punto. Está demasiado probado, por el solo hecho de que *para cada objeto, cada acto, cada cualidad, existen otros tantos nombres, cuanto hay lenguas en el mundo*; y que todos los nombres valen, y pueden ser indiferentemente sustituídos los unos por los otros. *No hay una sola palabra en ninguna lengua conocida y que se pueda decir que existe por naturaleza*; pero que cada una llena su destino por atribución, y en virtud de las circunstancias, hábitos, preferencias y voluntades de los hombres. Aun allí en donde más se muestra el elemento imitativo, la onomatopeya, *no hay entre el nombre y la cosa vínculo necesario, sino vínculo de conveniencia.*

(1) *La vida del lenguaje*, Biblot. Científico-intern. 1 vol. en 8.° París, 1877, 2.ª edición.

Si hubiera necesidad, estas analogías de sentido se extenderían á los otros animales y á los otros sonidos; y esto, en todas las lenguas, cuando las mismas ideas se ven representadas, por otra parte, por palabras diferentes.

« Nadie puede hallarse en posesión de una lengua sin haberla aprendido ; *y ningún animal posee modos de exposición distintos de los que directamente ha recibido de la naturaleza.*»

Mr. Withney ha obedecido evidentemente al deseo de separar de la lingüística, por el mismo interés de su carácter positivo, una cuestión hasta ahora envuelta en las nubes de la metafísica. Acaso ha evitado así los falsos argumentos y las incoherencias de ciertos autores lingüistas. Pero si se ha abstenido de formular expresamente una teoría, sus opiniones sobre la naturaleza del lenguaje articulado del hombre, y sobre las diferencias que lo separan de los medios de expresión de los animales, generales, como lo son, no van á dar á otro resultado que á una solución del problema que nos ocupa, tan metafísico y subjetivo como el de los señores Renan y Max Müller; que no se aplican sino á la faz de la existencia del lenguaje que hoy se puede observar en todas sus fases.

Hemos subrayado los pasajes del trozo que acabamos de citar, que son contrarios á la explicación de la formación natural del lenguaje, alejados de una sana interpretación de los hechos y aun en cierto modo, inexactos. En los siguientes capítulos nos consagraremos á su refutación.

Al lado de esas personalidades, cuyas doctrinas más antiguas y conocidas están todas llenas de creencias y de opiniones preconcebidas y de preocupaciones metafísicas ó teológicas, se ha formado una escuela que ha abordado el estudio del lenguaje con el método y la independencia del espíritu del naturalista.

Mr. Girard de Rialle ha hecho conocer su origen y sus tendencias en un artículo muy importante para la historia de la ciencia. (1) Data ella de la aplicación de la teoría de

(1) *El transformismo en lingüística*. (*Revista científica* del 8 de Abril de 1876).

Darwin al estudio de la lingüística y sube hasta Augusto Schleicher.

Augusto Schleicher, muerto prematuramente en 1868, y cuyo valer es superior á su reputación, ha descubierto en efecto, sin conocer á Darwin y casi al mismo tiempo que él (1) y por decirlo así, todas las leyes darwinias en la evolución de las lenguas. Y cuando conoció la obra del gran naturalista inglés, pudo mostrar no sólo la aplicación maravillosamente exacta y completa de su teoría de la formación de las especies animales y vegetales en el estudio de las lenguas, sino probar aún que éstas son una brillante confirmación de su más clara demostración. (2) De aquí ha venido un método enteramente *naturalista* de considerar así el lenguaje como su origen.

"El lenguaje, ha dicho el mismo Schleicher (3) es la manifestación comprobante por el oído de la actividad de un conjunto de condiciones materiales en la conformación del cerebro y de los órganos de la palabra con sus nervios, sus huesos, músculos, &c. El principio material del lenguaje y de sus variedades no está aún demostrado sin duda; pero en mi concepto, un examen comparativo de los órganos de la palabra entre los diversos idiomas, tampoco se ha emprendido hasta ahora. Posible es quizá, y aun verosímil, que semejante investigación no condujese acaso á ningun resultado satisfactorio; sin embargo, la convicción de la existencia de las condiciones corporales y materiales del lenguaje, no podría en ningún caso sufrir en su firmeza.

....."Creo poder prescindir de refutar la teoría que supone el lenguaje inventado por un individuo, ó comunicado al hombre exteriormente. La lengua, que en el corto período de la vida histórica vemos entregada á una ince-

(1) Su obra (*Die deutsche Sprache*) de 1860 es del fin de 1859, y la obra de Darwin apareció en Inglaterra en 1859.

(2) Entre los primeros sabios que han estudiado las lenguas, bajo el punto de vista de la explicación y la demostración de la teoría darwinista, es necesario citar seguramente al ilustre geólogo Sir Carlos Leylle.

Véase en la *Biblioteca útil*, el *Darwinismo* por Em. Ferreire.

(3) *La linguística*. 1 vol. en 8.° de la *Biblioteca de las ciencias contemporáneas*. 1877, 2.ª edición.

sante modificación, no es, pues, para nosotros, sino el producto de un continuo "*aparecer*, (*devenir*) según ciertas leyes vitales que nos hallamos en estado de exponer en sus rasgos esenciales. *A la concepción del principio material del lenguaje en la constitución del cuerpo humano, se liga el del conocimiento y del desarrollo del lenguaje concurrentemente con el desarrollo del cerebro y de los órganos de la palabra.*"

Precedentemente (Die Darwinsche Theorie, &c. 1 foll. en 8.° Weimar, 1863) él había escrito:

"Las lenguas son organismos naturales, *que sin ser dependientes de la voluntad del hombre*, nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren, según leyes determinadas; porque también á ellas les es propia esa serie de fenómenos que se ha acostumbrado comprender bajo el nombre de "*vida*." La glótica, la ciencia del lenguaje, es, por consecuencia, una ciencia natural; y su método, en un todo y por todo, el mismo que el de las demás ciencias naturales.

—"Naturalmente que no se trata aquí de la filología, que es una ciencia histórica."

Uno de los representantes más distinguidos de la escuela que se inspira en estas ideas (escuela que tiene un órgano independiente en la *Revista de Lingüística* de Mr. Girard de Rialle), Mr. Abel Hovelacque, profesor en el instituto antropológico, ha establecido con mucha claridad y precisión en un tratado, que es el mejor resumen de la ciencia que poseemos, (1) esta distinción fundamental de la lingüística y la filología.

Y ha visto bien toda su importancia. "Lo que distingue la lingüística moderna de las especulaciones del pasado sobre el orígen y la naturaleza de las lenguas, dice en otra parte (2), es que esta ciencia, enteramente contemporánea, ha reconocido y proclamado que existía *una vida del lenguaje*; que cada lengua pasaba *inevitablemente* por tales ó cuales períodos biológicos; ó en otros términos,

(1) *La Lingüística*, 1 vol. en 8.° de la *Biblioteca de las ciencias contemporáneas*. 1877. 2.ª edición,

(2) *Biblioteca francesa* del 20 de Julio de 1877 y *Estudios de Lingüística*, p. 1.

que sufría la suerte común á todos los organismos y á todas las funciones naturales."

De Schleicher data, pues, en realidad el reconocimiento de la verdadera naturaleza de las bases esenciales de la ciencia del lenguaje. No es que los demás hayan desconocido enteramente esas bases. Hemos visto que Mr. Max Müller reconoce la lingüística como ciencia natural, porque, dice, el lenguaje es un producto del instinto del hombre; lo cual es permanecer muy distante de la concepción tan francamente naturalista de Schleicher.

M. Withney, tanto y más que cualquiera otro, ha contribuído á dar á conocer la *vida del lenguaje*; pero no es transformista. Tampoco hay para él, y esto se comprende fácilmente después de lo que se ha dicho de su doctrina sobre la naturaleza enteramente *arbitraria y convencional del lenguaje*, "sino una perversión de analogía con las ciencias naturales, que pudiera hacer clasificar la ciencia lingüística entre las ciencias físicas." Él define, sin embargo, muy exactamente ésta: "La lingüística, dice, (1) tiene por objeto hacer comprender el lenguaje, primero en su conjunto como medio de expresión; en seguida en sus variedades, tanto bajo el aspecto de los elementos constitutivos, como bajo el de la sintaxis. Propónese descubrir la causa de esas variedades, así como las relaciones del lenguaje con el pensamiento y el origen de sus relaciones. Investiga las razones de ser del lenguaje en el pasado y el presente, y cuanto es posible sus primeros pasos. Trata de determinar su valor como auxiliar del pensamiento y su influencia sobre el desarrollo de nuestra raza. En fin, prosigue indirectamente otro estudio: el de los progresos de la humanidad y el de la historia de las razas en sus relaciones y migraciones, cuanto puede descubrírseles por los hechos del lenguaje."

Tal es aún el rigor de su espíritu científico que, á despecho de sus creencias teológicas y de sus ideas preconcebidas, se le escapa decir: "no hay *saltus*; porque el lenguaje humano es un desarrollo histórico de principios infinitesi-

(1) Obra cit. p. 8.

males que puede haber sido aun de menor importancia que el lenguaje instintivo (?) de una bestia."

Se detiene ahí, es cierto; pero M. Jorge Darwin, el hijo del gran naturalista, se halla seguramente autorizando aquellas observaciones dificultosas que nos ha hecho conocer M. Girard de Rialle (1): "Ignoro los motivos con que M. Withney niega que sea posible un estado de transición en la formación del lenguaje. El no imagina que una lengua, por incompleta que sea, naciera toda envuelta en una sola generación de signos antropoides—"humanos."—Es ciertamente probable que muchas generaciones de cuasi-hombres que pasaron, se servían de un corto vocabulario de gritos convencionales; y que esos gritos se, hicieron más y más convencionales, (2) alejándose más y más de los sonidos ó exclamaciones de donde habían tomado origen. Imaginaría que el origen iniciativo de las cuasi-palabras (empleadas como verbos, adjetivos y sustantivos) ha sido en los primeros tiempos una especie mnemotechnia—"arte de la memoria"—de sus significados. Es evidente que un sistema de signos verbales hará mayor impresión en la memoria, cuando esos signos tengan una relación, aun débil, con los objetos que representan. Un niño aprende y recuerda las palabras *bé-cordero*, y llama una vaca *mú-vaca*, mucho antes de poder conservar en su memoria los simples signos *cordero* y *vaca*. Comienza frecuentemente por llamar los perros y las vacas *uá*, *uá* y *mú*, y continúa empleando estas palabras aun después de pronunciar aquellas sílabas de una manera enteramente convencional. ¿No ha sucedido seguramente algo de este género en la infancia de las razas humanas?" ¿Convendrá M. Withney en esto?

Del estado de las cosas resulta claramente de la exposición que acabamos de hacer, que la escuela que procede de Schleicher es la única capaz de abordar útilmente el problema del origen del lenguaje, como la única en posesión de llegar á una solución científica, á una explicación positiva, natural é inteligible.

(1) Art. citado.

(2) Se ha podido ver que el empleo de tales expresiones, aun en ese sentido limitado, no nos parece admisible.

Por qué?

Notémoslo bien. Sólo ella admite todas las conquistas que acaba de hacer la ciencia en el estudio del mundo y del hombre, y puede apoyarse en ellas, porque reconoce:

1.° Que el hombre hace parte integrante del mundo en que ha aparecido y se ha desarrollado; y que entre él y el animal no hay sino diferencias de más ó menos.

2.° Que lejos de ser nuevo sobre nuestro globo y nacido á la víspera de la historia y al tiempo en que se habían formado los elementos esenciales de las grandes familias lingüísticas que han sido los instrumentos y los órganos de nuestras civilizaciones, su pasado es inconmensurable, y se hunde aun en la oscuridad de los tiempos geológicos, durante los cuales carecía de la conciencia de sí mismo.

3.° Que todo prueba, en consecuencia, que sus comienzos fueron tan humildes como puede imaginarse; y que su estado primitivo fué muy inferior al de nuestros más degradados salvajes actuales.

Ni Mr. Renan ni Mr. Max Müller, ni aun el mismo Mr. Withney, etc. etc. admiten esas verdades que presintió Lucrecio y que implican el sistema del Presidente de Brosses; porque sólo admitiéndolas es posible prescindir de las raíces verbales cuya formación nos parece tan remota para punto de partida de la primera formación del lenguaje; y cuyo origen es permitido alejar hasta el grito del animal.

—" Por más que quisiéramos continuar como hasta aquí la versión del texto que traducimos, dejando al criterio del lector la distinción de sus ideas, en lo que acabamos de vertir hay hechos de suma gravedad ontológica, expresados de una manera, en nuestro sentir, inadmisible.

" Imposible nos es aceptar que *entre el hombre y el animal no haya sino diferencias de más ó menos.*

" Este error, que acaso es también de Darwin, procede de una omisión de observación de un hecho sumamente *distintivo* en nuestra especié, á saber:

" La noción personal del propio yo en el hombre, que es nada menos que el origen en él de la *idea del progreso.*

" Qué hay de esta idea en los animales? *Nihil!*

"Y como la noción del yo y la idea del progreso, su consecuencia, son en el hombre sustanciales y fundamentales, al no hallar ni rastro, ni sombra, ni un ápice de nada de eso en el animal, la frase de que entre el hombre y el animal no hay sino *diferencias de más ó menos*, no pasa de una superficialidad quizá más falsa que superficial.

"Citar al materialista Lucrecio como autoridad en punto á antropología, es cometer la candidez de creernos aun en los días del griego Epicuro, el hombre de los dioses semejantes á los reyes *holgazanes* (fainéants) de la Francia de la Edad Media."—

Los lingüistas de la escuela Schleicher están aún lejos de haber llenado su tarea de una manera siquiera incompleta para llegar á la certidumbre. La mayor parte de ellos, y en particular M. A. Hovelacke, han observado una extrema reserva en materia de la teoría de origen. Sin embargo, de todos los resultados, los que, sin ser lingüistas de profesión, han estudiado y comparado los medios de expresión que poseen el hombre y los animales, como naturalistas, tales como Darwin, Mr. Houzeau, (1) y los que estudian todas las fases de la evolución humana y las fuentes de su lento perfeccionamiento, han debido investigar como ethnologistas, de qué manera pudo él adquirir y desarrollar el maravilloso instrumento del lenguaje, tales como los señores Lubbock (2), R. Tylor (3), &c. Es en estos naturalistas ethnógrafos que iremos á buscar los elementos de una solución científica del problema.

No es esto decir que con los principios que hemos establecido como punto de partida, no se haya alcanzado nada en el mismo campo de la lingüística, en su estricto sentido, así como por el estudio de la estructura íntima de nuestras lenguas superiores. Al contrario, un lingüista cuya prudencia científica nadie podría poner en duda, Mr. Miguel Bréal, el eminente profesor del Colegio de Francia,

(1) *Estudio de las facultades mentales de los animales, comparadas con las del hombre*, 2 volumenes en 8.° Bruselas, 1872.

(2) *Los orígenes de la civilización*. 1 volumen gr. en 8.° París, Germer Baillière.

(3) *La civilización primitiva*. 1 volumen gr. en 8.° París, 1876.

ha aducido recientemente argumentos decisivos y precisamente en el sentido que hemos indicado. Se ha visto que son las raíces, residuo último del análisis de todas las palabras indo-europeas, con su sentido general, las que han dado nacimiento y proporcionado una apariencia de razón á todas las teorías metafísicas sobre el origen del lenguaje, según los señores Renan, Max Müller, &c. Mr. Bréal ha hecho al fin desaparecer esa fuente de errores, y restituído á las raíces su exacto valor, restableciéndolas en sus funciones y naturaleza. Inspirándose en las *concordantes observaciones de todos los ethnógrafos* sobre las lenguas inferiores, se ha preguntado si las pocas centenas de palabras restituídas á la lengua madre indo-europea, constituían realmente la forma primitiva y habían dado efectivamente su valor significativo á las palabras en las cuales entran como raíces; y de acuerdo con los ethnógrafos ha concluído por la negativa; sin negar la existencia de una lengua madre, ha caracterizado admirablemente la naturaleza y el papel de las formas simples restituídas, que dan cuenta de todas las alteraciones de un mismo tipo fonético. Reconstruídos así los términos por la comparación y la generalización, "están, dice, con las palabras griegas, latinas ó sanscritas, casi en la misma relación que las *ideas* platónicas con los objetos del mundo real."

Él no se deja engañar por la regularidad ideal de esa lengua madre. Como cualquiera otra, ella ha sufrido influencias y contraído préstamos de sus antecesoras y vecinas. La inducción comprueba en ello resquicios anteriores á la separación de los idiomas, de las formas gemelas que son la huella de los antiguos dialectos, gérmenes de dialectos nuevos. Ella misma ha nacido de un lenguaje aglutinado; y el padre de este abuelo, el monosilabismo primitivo, pudiera ser un hermano del chino. Las 400 ó 500 raíces monosilábicas, á las cuales bastan los afijos, prefijos y subfijos, que varían el verbo y crean los adjetivos sustantivados, y han permitido reducir todo el vocabulario, son muy posteriores al producto de la usura de un tema ya aglutinado ó polisílabo. Nacidos de apelativos concretos, han podido tomar un sen-

tido abstracto al pasar por la forma del verbo. Así, *sarp* era el nombre de serpiente antes de significar arrastrarse, &c.

El orden derivativo seguido hasta entonces, de raíces abstractas de sentido general á palabras de sentido particular y concreto, es pues precisamente el inverso del que ha debido ser.

Así, se ha intentado hacer derivar *avis*, la oveja (sanscrito y lituanio *avis*; latín *ovis*, irlandés *oi*), de *avi*, dulce, ó de *av*, caminar; *gaus*, buey (*bous*, *bos*, allem kuh), de *gam*, *ir*; *sú*, marrano, de *sú*, engendrar; *paku*, ganado (latín *pecu*, gótico *faihu*), de *pak*, amarrar, &c. Antes hemos visto á M. Max Müller afirmar con toda seguridad, que *asva*, caballo, venía de *as*, ser rápido; que este animal, que el hombre cuaternario cazaba en Francia para alimentarse, con un éxito de que tenemos pruebas, traía su nombre de un monosílabo que expresa, sin que sepamos cómo ni por qué, la cualidad general y abstracta de ser rápido.

Bien! El verdadero orden de derivación es precisamente lo inverso de eso. Es más que probable que la lengua madre de los idiomas indo-europeos no existía antes que tuviesen nombre todos esos animales (1). Y en tal caso, ó nuestras raíces abstractas no tienen sino un valor convencional, facticio, ó el Arya ha hecho de cada uno de nuestros nombres, ya antiguos de aquellos animales, una palabra para expresar una acción de inmediata relación con la cantidad ó el estado que más había impresionado en ellos. Comprén-dese fácilmente que la rapidez del caballo, cuando pudo estimarse, pudiera hacerle dar su nombre á la cualidad de ser rápido; que *sú* haya acabado por querer decir engendrar,

---

(1) No se puede negar que aun suponiendo que antes del aryano primitivo el hombre no hablase, lo cual es hoy enteramente absurdo, el aryano, cualquiera que sea su antigüedad, es infinitamente menos antiguo que el hombre.

Las lenguas, como se sabe, tienen una duración relativamente muy restringida con relación á la de las especies y aun al hombre mismo. Y esto aún, porque recorren más rápidamente todas las fases de su evolución y nos permiten adquirir sobre el hecho la acción de las leyes del transformismo.

porque el marrano *sú* es de muy gran fecundidad, &c. (1). Este proceder nos es aún familiar, mientras que la razón nos indica y las lenguas de los salvajes nos demuestran, que no se ha podido designar por palabras significativas, cualidades abstractas antes que los seres ó cosas (infinitamente más "susceptibles de ser imitados por el sonido vocal," según la expresión de de Brosses, más accesible á los sentidos y á la inteligencia), antes, digo, que los seres y las cosas provistas de esas cualidades hayan sido determinadas.

Posible es que una parte de las raíces sean en realidad el residuo de antiguas palabras que acabaron por tener un sentido abstracto por el procedimiento que acabamos de indicar; y que otra parte, producto de nuestro análisis, jamás haya tenido otra existencia que la de las ideas platónicas. Las sílabas indo-europeas más antiguas han pasado en su mayor parte por muchos organismos lingüísticos, y han sufrido ya demasiado uso y alteraciones, para que el conocimiento de esta verdad nos revele gran cosa sobre el modo primitivo de la formación del lenguaje. Mas trastorna del todo todas las teorías subjetivas. Las raíces, arrancadas de sus majestuosas nieblas, decaídas de las grandezas ideales con que se las rodeaba, ¿ no nos dejan ver claramente ahora, cómo se puede llegar hasta ellas, " no partiendo sino de interjecciones imitativas, "como lo quería Mr. Max Müller, para que quedara resuelto el problema ? Hé aquí sobre esto el fallo de un juez competente:

«Retrocediendo al origen del lenguaje más allá de todo período vecino á la historia; más allá de toda observación directa, M. Bréal se ha conformado con la teoría, ya ineludible, de las formaciones lentas; él ha proporcionado un argumento poderoso en favor de la antigüedad del hombre. Al despojar los monosílabos que han dado nacimiento á las raíces indo-europeas de su carácter abstracto, ha dado un gran golpe á las consideraciones de la pomposa nobleza del

(1) Del mismo modo la raíz *vid* es de nuestra creación y nos permite ó deriva su valor significativo de una palabra que quiere decir "alguien que sabe."

origen de la *inteligencia*; y *ha extirpado radicalmente* la metafísica de la ciencia del lenguaje (1).»

El campo está, pues, despejado; y hemos determinado de hecho, con qué condiciones y en qué sentido exclusivo debe abordarse y resolverse la tesis del origen del lenguaje. *Este es un gran paso dado á esa solución.*

CAPÍTULO III.

VALOR EXPRESIVO DE LOS MOVIMIENTOS DEL CUERPO Y SOBRE TODO DE LA FAZ EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES.

RESUMEN.

Una sola solución científica.—De la expresión de las emociones en los monos: sonrisas, risas, expansiones de la faz, llantos, movimientos de cólera y de mal humor, fruncimientos de cejas, gestos humanos, abrazos.—Comunicación de ideas por gestos entre los animales.—Conciencia del valor expresivo de su actitud en el elefante.—Lenguaje por gestos usado entre nosotros y muy desarrollado entre los salvajes.—Potencia del lenguaje mímico. Potencia particular de la expresión de la fisonomía. Estrecha correspondencia y vínculo natural entre los sentimientos y la expresión de la fisonomía, y entre la expresión de la fisonomía y los sonidos articulados.—Los movimientos del cuerpo y de la fisonomía como medio fundamental de expresión común al hombre y á los animales vecinos á él.

Si hemos logrado nuestro objeto en los dos capítulos precedentes, todas las teorías sobre el origen del lenguaje están, para nuestros lectores, sin base, sin resultado, sin valor científico; todas, excepto una sola, están separadas de la que sube hasta Lucrecio: la que ha formulado de Brosses con tanta fuerza, claridad y precisión; aquella hacia la cual tienden los *lingüistas* contemporáneos que se han libertado de las preocupaciones de la metafísica ó de la teología; aquella, en fin, que sostienen y demuestran moralistas tan eminentes como Darwin, ethnógrafos tan profundos como Tylor—"Darwin, padre, no es *moralista*, sino viajero y filósofo naturalista. Cada uno en su puesto.—"

(1) Andrés Lefèvre, *Republ. francesa*, del 31 de Octubre de 1878.

Sus primeros principios, su método, están establecidos; sus grandes líneas indicadas. Trátase, pues, para nosotros de saber hasta qué punto es susceptible su demostración, y qué género y qué número de pruebas reúnen á su favor.

Suponiendo conocidas y aceptadas las relaciones físicas del hombre y del animal y la antigüedad del primero, tales como los dejamos formulados, debo desde luégo proponer esta cuestión: ¿Cuáles son los medios de expresión de los animales y qué semejanzas ofrecen con los del hombre?

En su obra *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (1), Carlos Darwin ha encontrado poderosos argumentos en favor de su teoría de la descendencia, comparando la fisonomía, los movimientos de los músculos de la faz, el pelo de los miembros, bajo la impresión de las diversas emociones que pueden agitar al hombre y á los animales. Inútil es su reproducción en estos momentos. Toda persona atenta puede convencerse por sí misma de que análogos sentimientos se traducen exteriormente así en el uno como en los otros, por actitud y expresiones fisionómicas correspondientes, absolutamente análogas, por no decir idénticas; y hasta tal punto, que sin tener ninguna experiencia de los hábitos de un animal, sabemos reconocer desde luégo qué emociones lo agitan, desde que éstas llegan á cierto grado de energía.

Entre los animales más próximos al hombre, esta semejanza de las diversas expresiones de la fisonomía y de los movimientos del cuerpo es más completa. Y no es sólo en lo general, sino que se exhibe en detalles característicos; y hé aquí algunos ejemplos que tomamos de Darwin (2).

Cuando se cosquillea á un joven chimpanzé (sobre todo en el sobaco, en que la cosquilla, como en el niño, es más sensible), articula un sonido alegre y una risa bastante caracterizada; aunque á veces no es sino una risa muda. Los ángulos de la boca se ven entonces contraídos hacia atrás, lo que á veces pliega los párpados inferiores. Sin embargo, ese pliegue de los párpados, que es un rasgo característico

(1) París, 1 vol. en 8.° 1874.
(2) *De la expresión de las emociones*, pág. 143.

de la risa humana, se observa mejor en otros monos. Los dientes de la mandíbula superior no se descubren, lo cual distingue su risa de la nuéstra; pero sus ojos chispean con mayor brillantez.

Cuando se hace cosquilla á un joven orang, hace una mueca risueña análoga y produce un ruido de satisfacción. Inmediatamente que este ruido cesa, se ve pasar por su cara una expresión que, según observa M. Wallace, puede compararse á una sonrisa.

El *Cebus azaræ* (América del Sur) emite un sonido particular, una especie de mofa, para expresar el placer que experimenta al volver á ver á una persona amada. Otra especie de Cebus (Cebus hipoleucus) manifiesta su satisfacción lanzando una nota aguda, penetrante, repetida y trayendo hacia atrás las comisuras de sus labios, probablemente por la contracción de los mismos músculos que en el hombre.

He visto, dice Darwin, á un guardián provocar á un babuino anubis (Cynocephalus anubis) y traerlo así fácilmente á un estado de rabia violenta; hacer luégo las paces con él y tenderle la mano; momento en que el babuino removía con rapidez sus labios de arriba á abajo, con una expresión de satisfacción material.

Una mujer dueña de un mono que se suponía originario de Bornes, refirió, al venderlo á la Sociedad zoológica, que lloraba frecuentemente. Y en efecto, M. Bartlett y el guardia M. Sutton, han visto después varias veces á este animal derramar abundantes lágrimas, que corrían por sus mejillas cuando se hallaba apenado ó simplemente conmovido.

Las manifestaciones de los sentimientos de cólera son acaso más fáciles de observar.

"Ciertas especies adelantan los labios, fijan una mirada chispeante y feroz sobre su enemigo; dan pequeños brincos como para lanzarse hacia adelante y emiten un sonido gutural y ahogado. Otros se avanzan bruscamente, ejecutan saltos interrumpidos, abren la boca y contraen los labios como para expresar una desconfianza feroz. Otros, en fin, y principalmente los monos de larga cola, muestran los

dientes y acompañan sus muecas malignas con un grito agudo, entrecortado y repetido."

El babuino, algunos macacos y cercopithecos abren también ampliamente la boca como para bostezar. El babuino, según Brehm, expresa aún su cólera de otra manera: hiriendo el suelo con la mano, "á *modo* de un hombre irritado que golpea la mesa que tiene por delante."

Cuando el gorilla está furioso, yergue su cresta peluda, abaja el labio inferior, dilata las narices y lanza aullidos espantosos.

Un joven orang, celoso de la atención que su guardia concedía á otro mono, descubría ligeramente los dientes y, dejando oir en seguida un grito de mal humor análogo sl *tish-shist*, le volvía la espalda. Bajo el influjo de una cólera más intensa, los orangs y los chimpanzés adelantan fuertemente los labios y emiten como un ladrido ronco. Una joven chimpanzé ofrecía en un acceso de violenta cólera una curiosa semejanza con un niño en la misma situación de espíritu: lanzaba gritos estrepitosos con los labios retraídos y los dientes completamente descubiertos; lanzaba los brazos en todas direcciones y los reunía á veces sobre la cabeza; se revolcaba por el suelo, ya de espaldas, ya boca abajo, y mordía cuanto le caía á las manos. Un joven gibio, en un acceso de cólera, se portó de idéntica manera.

Gran número de especies de monos expresan el terror lanzando gritos penetrantes. Al mismo tiempo sus labios se contraen hacia atrás de manera de dejar los dientes descubiertos.

Esta similitud en la expresión no tiene nada de afectado ni de arbitrario. Reposa en la semejanza misma de los sentimientos y de los órganos; y entre todos los animales, como en el hombre, la relación entre los principales sentimientos y la expresión fisonómica correspondiente es tan estrecha como invariable.

"En la cólera, dice M. Houzeau (op. cit.) fruncimos el entrecejo. Esta demostración exterior está en tan natural correlación, y por decirlo así, tan automática y necesaria con la pasión que enuncia, que se la halla entre los monos

como entre nosotros. Sauvage dice que en la cólera, el gorilla frunce muy fuertemente las cejas.

"El mismo observador cita un hecho que demuestra, además, que los monos hacen naturalmente en el estado cerril una parte de los gestos y signos demostrativos que esperaríamos del hombre en situaciones análogas."

Trátase de una chimpanzé negra perseguida.

"Al verse descubierta, permaneció sobre el árbol con su hijo, siguiendo atentamente los movimientos del cazador. Cuando éste le apuntó, ella le hizo señas con la mano como para que desistiera y se retirase, exactamente como pudiera haberlo hecho una persona.

"Todos los signos demostrativos hablan por sí mismos, sin previo acuerdo.

"Los monos, los loros, los perros mismos, vienen y se colocan cerca de su camarada y se rozan con él, designando así el lugar en que está el insecto que los incomoda."

A cierto grado de complexidad, el juego de la fisonomía, de los miembros y de todo el cuerpo, no es otra cosa que un lenguaje mímico. Los gestos, tan humanos, por decirlo así, de la hembra del chimpanzé de que habla Sauvage, alcanzan ciertamente á este grado. Y esto no es un hecho aislado. Un cazador europeo que perseguía la hembra de un chimpanzé le mató el hijo; y se conmovió tanto por la naturaleza de sus quejas, de sus gestos y de su fisonomía después del golpe, que, según se expresó, le pareció haber cometido un homicidio. Desde entonces experimentó una repugnancia invencible por esa clase de cacería. "Al fin de la comida, escribe el Capitán Jonhson, tomé mi escopeta para ir á cazar monos; y tiré á uno que se escapó rápidamente por entre las ramas, en donde se sentó procurando contener con las manos y hacer coagular la sangre que corría de sus heridas. Este espectáculo me causó una grande emoción y me quitó toda idea de continuar cazando." "Cuando á la mímica, dice M. Espinas, (*Des societés animales.* 1 vol. en 8.° París, 1877, Bill. filosof.) se añade la voz desoladora del animal, el efecto es irresistible sobre el hombre. Shomburk, que había sacrificado seres vivos sin núme-

ro en sus largas escursiones de naturalista, experimenta una emoción semejante. "A la vista de aquellos animales, dice, quise naturalmente ensayar mi suerte de cazador. Maté un macho y una hembra; pero no pude dejar de sentirlo al oír los gemidos plañideros de la hembra, que sólo había herido gravemente. Esas quejas parecían las de un niño."

A propósito de un cercopitheco muy adherido á un monito que había adoptado y que acababa de morir: "sin cesar, dice Brehm, sin cesar se esforzaba en vano por reanimar el sér que acababa de perder, y volvía á comenzar sus quejas y sus gemidos. El dolor lo había ennoblecido y nos conmovió á todos profundamente." "M. Bartlett, dice Darwin, me ha referido la conducta de dos chimpanzés, algo más viejos que los que ordinariamente se traen á nuestro país. Cuando los reunieron por la primera vez, se sentaron uno frente á otro, pusieron en contacto sus labios fuertemente prolongados, y cada uno puso la mano en el hombro de su compañero. Después se estrecharon mutuamente entre sus brazos; y al fin se levantaron con los brazos sobre los hombros, alzando la cabeza, abriendo la boca y aullando de placer."

Es muy difícil establecer de una manera positiva que la mayor parte de los animales se comuniquen sus sentimientos; y, si es permitido emplear la palabra, sus ideas, con el auxilio del lenguaje mímico. Pero hay ejemplos infinitamente numerosos y muy incontestables de comunicaciones entre ellos. Y todo nos autoriza para creer, vista la ausencia ó la insuficiencia de los gritos, que es sobre todo por el lenguaje mímico que ellos lo verifican. Algunos insectos nos parecen aun bajo este aspecto enteramente extraordinarios; tan deshabituados estamos de la primitiva sencillez de los medios de expresión.

Las hormigas dan á cada paso pruebas de la comunicación de las ideas, nos dice M. Houzeau.

Basta, por ejemplo, que una sola haya encontrado un objeto comestible para que en poco tiempo se vea un gran número en un punto que nunca habían frecuentado. No

es sólo el ejemplo el que puede guiarlas, porque llegan en gran número antes que el autor del descubrimiento haya hecho muchos viajes al nido.

Un día Clarville examinaba un escarabajo enterrador, (Necophorus vespillo) que quería enterrar un ratón muerto y que se vió muy débil para hacerlo. El lo vió volar y volver algunos instantes después con otros cuatro escarabajos de su misma especie, que en el acto se pusieron á ayudarlo. La clase de los pájaros nos ofrece hechos análogos.

Un aguacero había reblandecido de tal manera la pasta de un nido de golondrinas, que la masa se había desprendido para caer al tejado de una ventana con cinco polluelos. Todo un enjambre de golondrinas vino á ayudar al padre y la madre á levantarle un techo y cubrir el nido antes que llegara la noche.

Un estudio atento, que aun no se ha hecho de una manera completa y seguida, mostraría con evidencia que los mamíferos superiores llegan á comunicarse ideas análogas en número mucho más grande y de una manera más complexa. Eso permitiría volver á hallar en ellos la conciencia exacta del sentido y del objeto de sus gestos y del juego de su fisonomía. Sobre esto no tenemos sino observaciones aisladas. Hay, no obstante, algunas bien conocidas. Se sabe por ejemplo, con qué consumada habilidad los viejos elefantes domésticos educados para la captura de sus semejantes, saben tomar un aire indiferente, y aun afectuoso, para acercarse á sus víctimas sin despertar desconfianza. Se los ve acercarse á cortos pasos, ladeándose á derecha é izquierda para reunir yerba, y haciendo caricias á los chicos que vienen á su encuentro. Después, cuando todo está pronto y en posición, á un movimiento del jefe, cambian bruscamente de actitud, tomándolos de la trompa y trayéndolos estrechamente entre sus flancos, ni más ni menos como lo hacemos nosotros con los prisioneros. Muchas páginas podrían llenarse con ejemplos de esta especie.

Los monos que viven en sociedad deben haber llevado muy lejos la facultad de comunicarse sus ideas por gestos y

movimientos fisonómicos. En esto, recoger pruebas positivas es de una extrema dificultad, se comprende; pero los hechos ya referidos bastan para convencernos.

Aunque esto pueda ser el objeto de una controversia, sin embargo, se puede sostener que es aun el hombre quien ha llevado más lejos el desarrollo del lenguaje mímico. La historia nos enseña que ciertos mímicos célebres de la antigua Roma expresaban con inaudita perfección las sensaciones y los sentimientos de los personajes de la fábula que representaban. Aun en nuestros días y de una manera muy perfecta, en ciertos países como Nápoles, representan pequeñas piezas cuyo sentido comprende perfectamente el público en todos sus detalles, sin que se pronuncie una sola palabra.

A tal grado el lenguaje mímico viene á ser un arte como la palabra en otros tiempos. Pero entonces no carece de interés el observar que no hay en esto nada absolutamente convencional; y que no es sino la perfección de los medios de expresión proporcionados por la naturaleza misma y que los demás animales poseen como nosotros.

Parece que en nuestras sociedades civilizadas el lenguaje articulado basta para todo; y que en todo caso, los gestos no son de un empleo indispensable. Y en efecto, entre los ingleses se reducen á nada; y la impasibilidad es entre nosotros una cualidad que se cultiva con esmero. Pero no se necesita de mucha atención para comprender que hay una multitud de matices en los sentimientos y en las ideas, que sin el gesto no podríamos expresarlos; y que éste es de un empleo diario, incesante, y tan estrechamente unido al lenguaje articulado, que le es un complemento indispensable. Los muchos ejemplos que podríamos exhibir nos dispensan de mayor insistencia.

En las sociedades inferiores, entre los salvajes, el empleo del gesto, infinitamente más frecuente, nos deja ver mejor su valor y su necesidad. Los testimonios sobreabundan en éste; y son consultables los viajeros G. Lubbock, B. Tylor y aun Max Müller.

Los tasmanianos, dice un viajero, Bonwick, emplean

los signos para completar la significación de sus expresiones monosilábicas, y dar fuerza, precisión y carácter á sus sonidos vocales.

Muchos otros viajeros nos refieren que en la jerga chinouk, dialecto singular y recientemente formado en Norte América, el empleo de los gestos sirve aun para modificar el sentido de las palabras.

Los groëlandeses, y sobre todo las mujeres, acompañan sus palabras con muecas y miradas; y se necesita de cierto hábito para comprenderlas. Así, cuando afirman algo, aspiran el aire con un ruido gutural; y cuando rechazan algo con desdén ú horror, alzan la nariz y hacen cierto són con ella. Cuando se les contraría, se les conoce antes por los gestos que por las palabras.

Según Spix y Martius, las tribus salvajes del Brasil suplen constantemente con signos la insuficiencia de sus frases. Así, si quieren decir que van al bosque, dicen simplemente "bosque ir," estirando la boca en la dirección que quieren indicar.

El R. J. L. Wilson, en su *Ojeada á la lengua de los Grebos*, que se habla en el África occidental, observa que tiene pronombres personales; pero que raramente se usan en la conversación; porque los que la hablan se contentan con gestos para indicar si un verbo debe tomarse en la 1.ª ó la 2.ª persona. Así, las palabras "*ni, ne,*" significan *yo lo hago*, ó *vos lo haceis*, según los diversos gestos del que habla.

Sir J. Lubbock cita gran número de hechos del mismo género; y entre otros, un ejemplo singular de lenguaje, por signos, muy complicado, y sin embargo, muy poco convencional, es decir, casi sin previa intención.

En su expedición á los Montes Rocallosos, James, hablando de los indios Riawa-Kaskaia, dice: "Bien que aquellas tribus tengan casi diarias relaciones y que casi todos tengan el mismo totem, un diente de oso, ignoran, sin embargo, completamente el lenguaje unas de otras; y no es raro ver dos individuos pertenecientes á distintas tribus, sentados por tierra conversando fácilmente por se-

ñales. Son muy hábiles para expresarse de este modo; y el juego de sus manos no se interrumpe sino por largos intervalos por una sonrisa, ó por una palabra en idioma de los indios Crow, el más esparcido aún entre ellos."

Fisher dice igualmente, hablando de los camanches y de las diferentes tribus vecinas: "Poseen, sin embargo, un lenguaje por signos que les permite comprender todo fácilmente. Cuando los hombres hablan reunidos en sus chozas, sentados sobre pieles y con las piernas cruzadas como los turcos, acompañan cada palabra con signos manuales, simple repetición de lo que dicen; en términos que un ciego ó un sordo que asistiera á la conversación la comprendería fácilmente. Por ejemplo, yo encontré á un indio y deseaba preguntarle si había visto seis carruajes tirados por bueyes y acompañados por seis conductores, tres mejicanos y tres americanos, y por un hombre á caballo. Hice los signos siguientes: indiqué primero la persona para decir *usted;* después los ojos para decir *ver;* extendí entonces los cinco dedos de la mano derecha y el índice de la mano izquierda para significar *seis* ; formé dos círculos reuniendo los extremos de mis dos pulgares y de mis dos índices ; después, extendiendo las manos hacia adelante, imprimí á mis puños un movimiento tal, que indicara las ruedas de carro girando por tierra y significara *carruaje* ; un signo hecho con las manos de cada lado de la cabeza, indica cuernos, y por consecuencia bueyes ; levanto entonces tres dedos, y colocando la mano derecha en mi labio inferior, lo bajo gradualmente hasta mediados del pecho para indicar la barba ó los mejicanos; después, levantando de nuevo tres dedos, paso mi mano de izquierda á derecha sobre mi frente, é indico así una "faz pálida ú hombres blancos." En fin, levanto un dedo para indicar un solo hombre; después, colocando el índice de mi mano izquierda entre el índice y el medio de la mano derecha, que representa así un hombre á caballo, imprimo á mi mano un movimiento que representa el galope de un caballo. Llego, pues, de esta manera á preguntar al indio : ¿ Usted, ver seis carruajes, bueyes, tres mejicanos, tres americanos, un hombre á caballo ? Si él levanta primero el índice y lo baja después rápidamente

como para indicar algo en el suelo, me contesta—*sí*. Si al contrario, después de haberlo levantado, lo agita de derecha á izquierda, como agitamos á veces la cabeza, me responde—*no*. No se emplea más tiempo en estos signos que el que se gasta en hablar.

Los bosjesmanes ó bushmanos aumentan también su lenguaje con tantos signos que no son inteligibles en la oscuridad ; y cuando quieren conversar de noche, lo hacen al rededor del fuego. Los arapachos de la América septentrional, según Burton, poseen un vocabulario tan incompleto, que apenas pueden comprenderse en la oscuridad ; y si desean hablar á un extranjero, tienen que hacerlo en derredor del fuego."

Imposible es decir evidentemente, ante estos hechos, que los medios de expresión de los animales ofrezcan diferencias esenciales con los nuéstros. Nos muestran, en efecto, al hombre, llegando, con ayuda de signos naturales directamente expresivos, á expresar ideas relativamente complicadas. Los más sencillos de esos signos son comprendidos por todos los animales vecinos ; porque todos se derivan de movimientos, de actitudes del cuerpo que son tan familiares á los animales como al hombre. La expresión de la fisonomía es la base del lenguaje mímico. Y bajo la impresión de los mismos sentimientos, los mismos músculos de la faz se agitan en el uno como en los otros. Entre los principales sentimientos y ciertos movimientos de esos músculos, hay aún en el uno, como en los otros, vínculos de necesidad. M. Tylor dice con razón : " La expresión de la fisonomía tiene una acción que va más allá de la ejercida por el simple gesto. Obra aún como elemento formal del lenguaje vocal, y puede adivinarse hasta en la oscuridad, según el tono que la acompaña ; porque el sonido que se articula, por violencia que nos hagamos, compulsa á la fisonomía á tomar una expresión correspondiente."

El hombre logra, sin duda, "componer su fisonomía," es decir, no dejar aparecer exteriormente los sentimientos que lo agitan; pero no es cierto que logre siempre esto de una manera completa, sobre todo en la expresión de los ojos. Las frases — " Véanselo en los ojos;" " los ojos

son el espejo del alma," corresponden perfectamente á la realidad. La cara acaba por fin por reflejar el carácter y aun los hábitos del individuo.

En la expresión de un sentimiento violento, la persona más impasible no logrará nunca conservar su fisonomía habitual. Los hay que bajo el golpe de una emoción penosa logran más ó menos conservar sereno el semblante; pero á cierto instante, y según los temperamentos, esas emociones se hacen demasiado poderosas, y se dice entonces que la faz se les descompone.

Hay más. Al oír expresar ciertos sentimientos, nuestra fisonomía toma el aspecto que le corresponde, sin que acaso los experimentemos. Esto es sobre todo notable cuando asistimos á la representación de un gran drama popular. Ante la expresión de sentimientos feroces, exentos de oportunidad y de exactitud, la dureza de la fisonomía del actor se refleja en la nuéstra casi al mismo tiempo que una sonrisa de burlesco escepticismo viene á rozar nuestros labios. Es el efecto de una acción refleja que no podemos dominar, del vínculo natural del movimiento de expresión con la palabra y el pensamiento y que subsiste aunque el pensamiento haya desaparecido. ¡Cuántas veces nos acontece sorprender sonriendo maquinalmente una sonrisa amable que no se nos dirige, y que, aun envuelta en pensamientos agradables, obedece al contagio de la tristeza y de las lágrimas! ¿Y quién no ha visto los rostros de un auditorio benévolo reflejar toda la mímica de un orador al cual oye sin convicción?

En nuestras relaciones con los animales se ofrecen también hechos abundantes que comprueban acaso de una manera más notable el poder de la expresión de la fisonomía y al mismo tiempo el carácter espontáneo, involuntario y casi inconsciente de sus movimientos. De ellos, M. Houzeau cita toda una gran serie. Los referiremos en otra parte, porque él no parece haberse apercibido del sentido que les damos, ó al menos se ha servido de ellos con otra mira, no queriendo ante todo sino dar pruebas de la inteligencia animal. Tomaremos, no obstante, uno de los más sorprendentes, cuyo alcance se verá claramente.

Un naturalista, Francisco Buckland, refiere el siguiente incidente, consecuencia de la fuga de una mona que poseía: "La perseguí sin poder acercármele, por encima de los techos de muchas otras casas. Sucedió que su cadena, que aun tenía al cuello, quedó pendiente delante de una ventana. Sin hacer el menor gesto, dijo á una mujer que miraba por la ventana: *tenga la bondad de extender el brazo y coger esa cadena.* Quiso ella hacerlo; pero Jenny, que la ganaba en viveza, la recogió á brazadas, como un marino que recoge el cable; y héla ahí prófuga de nuevo. Esta circunstancia es curiosa, porque yo había cuidado de no revelar por el gesto ni por signo alguno mis instancias. Me había limitado á la palabra pura y simplemente; y se habría podido decir que el animal la había comprendido, pues que recogió la cadena antes que la mujer hubiera pasado la mano por la ventana abierta ya para cogerla."

Es claro que examinando las circunstancias en que se encontraban las personas y los lugares, y viendo la actitud de M. de Buckland, que de súbito se había detenido en su persecución, la mona adivinó, como se dice, el pensamiento y la intención de aquél.

Los animales que más de cerca nos rodean, son muy capaces de comprender los menores incidentes de expresión de la actitud y del cuerpo y del juego de la fisonomía. Basta fruncir las cejas para irritar y hacer ladrar á un perro é inquietar á un gran número de animales que no tienen con el hombre relaciones habituales.

Tengamos, pues, por cosa averiguada:

Que el hombre hace el mayor empleo de un medio de expresión que le es enteramente común con los animales;

Que este modo de expresión, juego de la fisonomía y actitud del cuerpo, le permite comunicar con los animales sin ninguna preparación de una parte ni de otra;

Y que, en fin, imponiéndoseles como base y fundamento, complemento fatal y necesario de todos los otros medios de expresión, se halla en la más íntima relación, en un vínculo natural, y por decirlo así, forzado, con sus sentimientos, sus pensamientos y secundariamente con su palabra, que él matiza, modifica y aun puede suplir.

Las razones anatómicas de la asociación de estas tres cosas, los sentimientos, los gestos y la palabra, se hallan, además, como lo indicamos en el último capítulo, en las relaciones estrechas de las diversas partes del cerebro, que las arreglan; y las de la identidad del valor expresivo de los gestos y de la voz del hombre y del mono, en la identidad misma de los atributos funcionales de las partes correlativas de su cerebro.

—" No puede el traductor de este libro pasar en silencio en este lugar un hecho de experiencia personal que viene en apoyo de los hechos que se acaban de referir.

" En 1859 tenía yo dos perros en mi patio interior, Sultán y Alí. El primero se manifestó siempre de una índole casi incorregible, mientras que el segundo, Alí, se distinguía por una admirable docilidad.

" Cierto día entró al patio interior de mi casa una señorita con una de mis hijas; y el huraño Sultán, no obstante las voces de mi hija, se lanzó sobre la joven y alcanzó á rasgarle el vestido antes que ocurrieran otras personas y le impusieron respeto.

" Inmediatamente dispuse del perro, como era racional.

" Por la noche, el otro perro, tan notable por su mansedumbre, al verse solo, prorumpió en tan tristes y tenaces aullidos, que al cabo hube de pasar al patio en que estaba y lo regañé en tono duro. Entonces, ese perro tan manso y dócil siempre, se me arrojó encima con la furia de una pantera y me tomó entre los dientes el brazo derecho. Era una noche de luna, y el animal no pudo haberme desconocido. A mis voces, acudió el mayor de mis hijos y tomó al perro por la garganta con ambas manos como para extrangularlo. Entonces el perro soltó mi brazo, en el cual clavó sus colmillos, no obstante un vestido de paño de castor que me lo defendió en parte de ser destrozado. Suelto yo, le descargué un tremendo garrotazo sobre el espinazo, que lo hizo arrastrarse de barriga, lanzando un aullido de profundo dolor y escapándose hacia un matorral del extremo de la huerta.

" Me retiré admirado y sumamente irritado. Me curé

el mordisco y tomé á precaución unas dósis de belladona; pues temí que la rabia hubiera invadido al animal.

"Al siguiente día tomé una espada, la desenvainé y me dirigí al sitio de la escena de la noche anterior, con la firme resolución de pasar con ella cien veces el cuerpo del perro.

"Abrí la puerta y penetré en el solar y llamé al animal con tono firme. Entonces el perro, meneando la cola como en señal de cariño y con una mirada tan llena de humildad como de tristeza muy notable, se me llegó con aire sumiso y cariñoso á la vez, y tirándose de espaldas á mis piés, me presentó el pecho á la punta de la espada, como un reo confeso que desea expiar su crimen.

"¿Por qué avergonzarme de un gran sentimiento de sensibilidad, que ha sido siempre el tipo de mi corazón? Miré conmovido al animal, envainé la espada y me alejé con los ojos nublados de lágrimas.

"Hé ahí algo para pensar mucho. El bruto había desarmado al hombre con una conducta tan elocuente como inesperada.

"Imposible me fué volver á pensar en castigar al animal; pero ya no pude confiar en su fidelidad; lo regalé á un amigo del campo, y desde entonces creo que es prudente no confiar jamás demasiado, ni aun en la fidelidad de los perros."

CAPÍTULO IV.

DE LAS EMISIONES DE VOZ, COMO MEDIO DE EXPRESIÓN DEL HOMBRE Y DE LOS ANIMALES.

RESUMEN.

La voz dependiente del estado de emoción; de la misma manera en el hombre que en el animal.—Nacimiento y desarrollo de la voz.—Sonidos articulados de los pájaros; del ximio, del gorilla.—Pobreza de ciertos alfabetos.—Los sonidos articulados son, sobre todo, imitaciones.—Los pájaros y los perros pierden el uso de sus cantos y de sus ladridos si no los enseñan.—Uso extendido de los sonidos entre los animales, tan no-innato en ellos como en el hombre.—Comunicación de ideas y de sentimientos por el sonido entre animales de una misma especie, entre animales de especies diferentes, entre el hombre y los animales.—Inteligencia y uso de las palabras articuladas entre los animales. Cómo debe interpretarse este hecho.—Conclusión: que el valor expresivo de las emisiones de la voz es el mismo en el animal y en el hombre.—Imitación consciente y calculada por un animal de los gritos de otros animales: procedimiento fundamental de la formación del lenguaje humano.

¿Se comprenderá toda la importancia del hecho de que el hombre traduce exteriormente un gran número de sus sentimientos de la misma manera que los animales que lo avecinan? Ella es considerable. Tanto más considerable, cuanto que la expresión de la fisonomía y la actitud del cuerpo no son sólo componentes indispensables del lenguaje articulado, sino que son también sus determinantes.

Es una ley general la de que todo sentimiento es, según Herbert Spencer, un estímulo incitante de una acción muscular. De aquí los gestos según los movimientos de la faz. De aquí igualmente la emisión de la voz, pero como prolongación y contra-golpe de éstos. Una violenta emoción provoca los primeros. La emisión de la voz no viene sino en seguida; y son también, aunque secundariamente, las emociones vivas que uno transmite y que la han revelado á los seres como medio de expresión. Ya hemos visto á los monos emitir sonidos y gritos después de una violenta agitación corporal provocada por la cólera, el terror ó la alegría. Los bruscos movimientos del terror hacen lanzar al

hombre gritos cuando la misma emoción no lo priva de la voz.

La contracción de la faz que se produce, siempre precede así y lleva consigo la contracción de la *garganta* por consecuencia de la íntima relación de los centros psychomotores del uno y del otro en el cerebro. El cambio de fisonomía hace modificar de esa manera y, por decirlo así, por asociación, la entonación de la voz; y puede alterarla profundamente.

Refiérese que en el naufragio del *Antilope*, cuando el Capitán Wilson llamó en la oscuridad con la vocina á los que buscaban la playa en una balsa, de ésta le contestaron con alegría, pero con un grito tan raro y tan extraordinario, que Wilson, tomándolos por salvajes, se apresuró á alejarse.

Cualquiera puede ponerse en estado de hacer esta clase de observaciones.

Fácilmente se comprende que cuando todo el cuerpo se halla agitado por una emoción extraordinaria, la voz se forma en condiciones físicas enteramente diversas; pues se altera y toma entonaciones de la misma manera y con el mismo tipo. Y en esto, es fácil comprender la exacta naturaleza de la distinción que acabamos de establecer.

La expresión de la fisonomía y la actitud del cuerpo es, por decirlo así, el estado muscular mismo visible, tangible, y, como se dice, parlante. La voz no es sino un reflejo, un resultado de esa situación.

Creo que á nadie se le ocurrirá sostener que á despecho de esta dependencia, la voz humana sea de un origen y de una naturaleza distinta de la de los animales, cuando el estado muscular del cual depende, es sensiblemente el mismo en el uno como en los otros. (1)

Nadie pretenderá que el hombre, al expresar aun muscularmente todas sus impresiones de una manera análoga ó semejante á la de los animales, la voz, que desde luégo no fué en él sino un medio secundario y derivado de expre-

(1) Sobre todo, después de los ejemplos referidos de monos que acompañan sus gestos verdaderamente humanos con gritos y gemidos de la misma naturaleza.

sión, haga de él un sér extra-natural y lo separe por un abismo impasable de los demás animales que también saben articular sonidos.

Desde luégo, y si puedo decirlo *a priori*, uno está autorizado para averiguar si los animales, y sobre todo los que tienen los mismos gestos y juego de fisonomía que el hombre, expresan también sus ideas por las inflexiones de la voz. Esta es, sin duda, una tarea muy delicada y por hacer con órden y método ; pero que es necesario abordar por doquiera, si se quiere resolver científicamente la cuestión del origen del lenguaje. M. Houzeau lo ha tentado de una manera muy acertada por haberlo hecho con bastante orden y precisión. En tal virtud, sus indicaciones nos serán de gran provecho.

Los animales más inferiores son aphonos – "sin voz."– El señor doctor Bordier ha señalado recientemente (1) y desenvuelto el hecho de que en las primeras épocas geológicas, la enorme presión de la atmósfera era un obstáculo á la emisión de los sonidos. De las experiencias hechas cuando se construía el puente de Kehl, resulta que por la presión de tres atmósferas se siente una verdadera molestia en articular. Los animales phonéticos empiezan á predominar, á partir de la época jurásica.

Sin embargo, se atribuye recientemente aun á algunos peces la facultad de emitir sonidos. La alosa musical de Chile *(Alosa música)* pasaba por dejar oír un pequeño són cantante, y la anguila sirena (Muræna siren) de los pantanos de Georgia (Estados Unidos) por lanzar una especie de ladrido, cuando el macho se ve separado de la hembra.

Con los reptiles, la voz aparece ciertamente ; y recientemente (2) se han descubierto algunos en los terrenos permianos de Autun, que son anteriores á los terrenos jurásicos, y que aun están separados de ellos por el trías. Sin embargo, en nuestros dias los ophidios no producen sino

(1) *Memorias de la Sociedad antropológica*, tom. II. de la 2.ª serie, paj. 382, París, 1878.

(2) Gaudry, *Informe á la Academia de las ciencias*, 16 de Diciembre 1878.

una especie de silbo ; los claelonios y los saurios tienen una voz débil, sin modulación ; y muchos casi no emiten sonido alguno. Los batracios tienen una voz chillona y discordante que no está enteramente apropiada á la atmósfera. Las ranas gritan aun bajo del agua. Los marsupiales, los edentados y los roedores carecen de una voz fácil y extensa.

Los rumiantes y los carnívoros no emiten aún sino sonidos poco numerosos ; aunque ya en ellos esos sonidos varían muy distintamente según sus impresiones y su estado mental. Se sirven de ellos con un objeto determinado de expresión. Más adelante lo veremos.

Abordemos ya la clase de los pájaros.

Entre los pájaros es que la voz se desarrolla en toda su riqueza y melodía. No se puede negar un solo instante, que un gran número de ellos no emitan sonidos articulados, dice M. Houzeau.

Enséñase á hablar al cuervo, al grajo, á la urraca, al mirlo, al estornino, al tordo americano, al mirlo (*Gracula religiosa*) de las islas de la Sonda. La facilidad de estas aves en variar las articulaciones es tal, que varias de ellas, el mirlo, por ejemplo, hacen, de ciertas frases aprendidas, el *tema de sus cantos habituales ;* y que con frecuencia imitan la voz humana por sí mismos, ó los gritos de los demás animales.

El pájaro burlón (*Tordus polyglottus*) de la América, imita, por ejemplo, a la gallina que llama á sus polluelos ó al gato que maulla. Nuestro estornino común remeda la voz humana, los gritos de los cuadrúpedos y el canto de los otros pájaros.

Por otra parte, muchos pájaros emplean verdaderos sonidos articulados en sus cantos naturales. Un autor ha trascrito el canto del ruiseñor guiado por una serie de sílabas articuladas que lo reproducen con bastante fidelidad. Tomamos esta trascripción de M. Houzeau:

"Tiú, tiú, tiú, tiú ! Spe, tiú, scua !—Tió, tió, tió, tió, tió, tió, tió, tix !—Cució, cució, cució, cució !—Scuó, scuó, scuó, scuó !—Zu, zu, zu, zu, zu, zu, zu, zu, zu, zi !—Corror, tiú, scuá, pipiqui, zozozozozozozozozo, zirrhadigng ! Sisisí, &c. &c."

En fin, ciertos pájaros emiten sones articulados cuyas trascripciones silábicas tienen un sentido para nosotros. Así es como imitan los niños poco más ó menos el canto de la oropéndola (oriulus galbula) diciendo: "oropéndola, oropéndola, para ti las nueces." Un pájaro nocturno en la Guayana grita en los bosques á los que pasan: "Who are you? Who, who are yo?" (Quién eres? quién eres?) Otro vocifera: "Work away! work away! work away!"—(Vete! vete!) — Un tercero dice tristemente: "Willy come go! Willy, Willy, Willy, come go." (Ven Guillot Waterton).

En las soledades del oeste de los Estados Unidos, el viajero sentado al fuego del vivac, se ve saludado de repente por una voz que grita de encima de un árbol: "Wagh ho, wagh ho, who cooks por you all?" (Tunantes, ¿quién cocina para todos ustedes?)—El *cafirimulgus vociferus* de América, es llamado vulgarmente por los sonidos articulados que pronuncia.—"Whip, poor will."—(Azota al pobre Guillermo.)—El *C. carolinensis:* "Chuck wills, widow."—(Acaricia Guillermo á la viuda.) — El *Parus bicolor:* "Whip, Tom, Relly."—(Azota á Tomás Relly.)

Shakespeare ha escrito el canto nocturno del buho (*Rubo Maximus*) con una veracidad admirable. Se expresaría su entonación con los sonidos franceses: Tou-eu, tou wit tou ou—El expresa el canto del gallo por: *Cok à dudel du.*

Los habitantes de Tahití designan por una palabra imitada del canto del gallo las horas matinas que preceden á la vuelta del día. Se limitan á hacer uso de las vocales —a—a—a—â.

Se ha podido traducir bastante fielmente, con el auxilio de sílabas articuladas, el grito de otros animales inferiores á los pájaros. Se conoce, por ejemplo, muy bien la traducción griega del canto de las ranas.

Hé aquí ejemplos de articulación de los animales superiores. La ardilla roja de la América del Norte (*Sciurus Hudsonius*) es extremamente verbosa. Cuando se ve observada por un perro ó un gato, corre de rama en rama profiriendo lo que llaman los habitantes sus injurias. Las fra-

ses que pronuncia con más frecuencia son *Chicari, chicarí, Ruilch, Ruilch, chicari, chicarí.*

Salomón Müller refiere que el grito del simio siamong (*Hylobates syndactitus*) se oye á más de un kilómetro. En él hallamos, por lo menos, dos sílabas articuladas, sin contar las formadas por una simple vocal, más ó menos aspirada. Según el autor citado, este grito es : *Goek, goek, goek, goek, goek, ha, ha, haàà á.* Y según Savage, el gorilla profiere un grito *Kha-ha, kha-ha,* agudo y prolongado.

Sin duda que acaso estas articulaciones se verán como muy imperfectas ; pero dice M. Houzeau, que de la falta de varias letras ó de varias combinaciones ó sílabas entre los pájaros, por ejemplo, no se deduce la ausencia total de sonidos articulados entre ellos. Nosotros mismos no agotamos todas las combinaciones de las consonantes finales después de una vocal. Muchos pueblos no hacen uso de todas las letras, ni logran pronunciar siempre las que faltan á su alfabeto. Muchas lenguas del Africa carecen de la *r*. Los chinos no sólo carecen de esta sonora consonante, sino de otras sencillas, como *b, d, v,* y *z*. Por Holanda pronuncian *Colankí,* y por Francia *Fulantzú.* Los polinesios carecen de la sibilante *s*; no articulan las consonantes después de las vocales en una misma sílaba, en términos que todas sus palabras terminan por vocal. Los hurones carecen de todas las labiales (*b, f, m, n, p, v*;) y aun de la vocal *u,* que se pronuncia con los labios. Garcilaso dice no sólo que los peruanos no tienen las letras *b, d, f, g, s, x,* sino que no forman una consonante compuesta. Los Fidjianos carecen de la *c,* los Somo-somo, de la *k,* y los habitantes de Raki-raki de la *t*. Los australios no tienen la *s*. Los indios de Port-aux-Français, en la Colombia británica, carecen de las letras *b, d, f, s, g, j, l, r, s, v* y *z*. Pero el pueblo más pobre en sonidos de lenguaje es aparentemente el de Nueva-Zelandia, cuyo alfabeto está desprovisto de las doce letras siguientes : *b, c, d, j, g, p, l, k, s, v,* y *z* y de la letra doble *x* (Houzeau).

Cuando los extranjeros intentaron enseñar á los Mahaiks, que no tienen labiales como todos los hurones, á pronunciar las palabras que contenían las letras *p* y *b,* protes-

taron diciendo que era muy ridículo exigir de un pueblo que cerrase la boca para hablar (Tylor).

En la misma Francia, en que, por otra parte, carecemos del sonido que nuestros vecinos los ingleses dan á *th* en *thin* y *that*, una clase de la juventud había perdido voluntariamente al fin del último siglo el uso de la *r* por efecto de una simple moda.—"Los *incroyables*, fatuos ridículos del tiempo del Directorio."—

La variedad y riqueza de nuestras articulaciones depende así del uso como del ejercicio habitual de nuestros órganos. Por el ejemplo que nos dan todos los pueblos, en lenguas diferentes, vemos diariamente palabras articuladas, idénticas en cuanto al sentido, convertirse en diversas radicalmente en cuanto al sonido, por consecuencia de la sola diversidad de hábitos vocales. ¿Quién podría reconocer á Francia en *Fulantzú* sin estar previamente advertido? El sonido *Fulantzú* no es sino una grosera imitación del sonido Francia, con el auxilio de los medios de que puede disponer el órgano del chino y de los elementos silábicos de su lengua. De la misma manera los sonidos articulados de los animales son imitaciones más ó menos perfectas, según el estado de su garganta ó el ejercicio que su especie ó ellos mismos han practicado; de los ruidos que oyen, de los gritos de los otros animales, de sus propios gritos, &c.

Si los pájaros tienen mayor potencia de articulación, es porque su órgano está más ejercido y de más largo tiempo; y entre las causas que más han contribuído á este desarrollo superior, debe comprenderse seguramente el vuelo, que ha aumentado prodigiosamente la potencia de los músculos inspiradores.

Aquí, empero, van á reclamar. Estamos habituados, en general, á mirar los gritos y todas las emisiones de voz de los animales, como puramente instintivos. Sobre este pretendido carácter hemos visto que se apoya Withney para establecer una diferencia natural entre los medios de comunicación del hombre y los de los animales.

Sin embargo, acabamos de decir que no sólo ciertos pájaros aprenden del hombre frases articuladas, sino que aun llegan á formar de esas frases el tema habitual de su canto.

Hemos tenido así en nuestro poder un mirlo que á tarde y á mañana cantaba una serie de tres ó cuatro frases que su primer dueño le había enseñado, y que no oía repetir hacía ya algunas semanas. La principal de estas frases, que repetía con más frecuencia, era ésta: *Tomad armas, tomad armas ! ran, plan, plan, plan, plan.* No daba gritos sino á intervalos y como estribillos de su canto. "—Entre nosotros sucede cosa idéntica con los turpiales. Aprenden ciertas frases de los toques militares de la corneta, y constantemente repiten esas notas aprendidas, adicionándolas con algo de su canto natural. Esto es muy conocido en nuestro país.—"

Lo más decisivo es que los pájaros y los demás animales no cantan ni gritan siempre espontáneamente. Como nosotros, necesitan aprender los cantos ó gritos que nosotros miramos en ellos como un dón natural.

" Cada primavera podemos ver los inauditos esfuerzos hechos por ciertos pájaros cantores, los ruiseñores, por ejemplo, para superar y sobrepasar á sus rivales. No es posible que esta ardiente competencia no perfeccione las facultades músicas de estos pájaros. Brehm demuestra que en el otoño los nuevos ruiseñores entregados á sí mismos, son inhábiles; y que es en la siguiente primavera en que, inspirados por la pasión y rodeados de hábiles modelos, procuran vencer y alcanzan la perfección de que son capaces."

Hay algunas observaciones positivas de animales separados de los otros animales de su especie, que no sólo pierden el uso, en párte, no obstante, hereditario de sus gritos naturales, sino que aun toman el de otras especies con las cuales se hallan.

Los jilgueros (*Carduelis communis*), educados lejos de sus padres, en un cuarto en donde no oyen sino á un régulo (*Regulus cristatus*), no conservan una sola nota propia de su especie y cantan únicamente como el régulo. Puede parangonarse ese hecho con este otro, tomado de la especie humana y que nos es más familiar.

Erasmo Darwin habla de un sordo que hacía treinta años que no oía. Se expresaba por signos y por gestos. Veía á sus conocidos hablar con él en ese lenguaje mímico. Por

más que leyese mucho, había perdido el hábito del lenguaje vocal; y cuando intentaba hablar, ya no articulaba de una manera comprensible ni distinta.

"Parece, dice Prichard, hablando del perro, que la facultad de ladrar sea en ellos un instinto hereditario adquirido. Eso ha venido á ser natural á los perros domésticos, cuyos cachorros ladran, aunque estén separados de sus padres, desde el nacimiento. Se ha aventurado la conjetura de que los ladridos eran el resultado de un esfuerzo para imitar la voz humana. Pero sea de esto lo que se quiera, los perros salvajes no ladran. Hay grandes tropas de estos animales en la América meridional, principalmente en las pampas. Los hay también en las Antillas y en las islas de la costa de Chile. Al recobrar su libertad han perdido el hábito de ladrar; y, como los otros perros abandonados, se limitan á aullar. Se sabe que los dos perros traídos á Inglaterra por Mackenzie de la extremidad oriental de la América, jamás han ladrado. No han abandonado su aullido habitual; pero el cachorro que han criado en Europa ha aprendido á ladrar.

"El perro Dingo de la Australia, traído á Inglaterra, jamás ha sabido sino aullar."

Los perros de la isla de Juan Fernández, que provenían de los llevados allí por los españoles, antes de la época de Ansón, para custodiar las cabras, no ladraban. Según una curiosa observación, los gatos de Sur-América han perdido igualmente esos incómodos maullos que dejan oír tan frecuentemente en Europa.

Dirigida la atención de este lado, podrían hacerse otras observaciones de este género. Bastan éstas para derribar enteramente la insuperable barrera que se ha pretendido levantar entre el hombre y los animales con respecto á la expresión de los sentimientos por la voz. Bastan, aun para demostrarnos que el lenguaje de los animales es de la misma naturaleza que el del hombre; y ni mucho más instintivo, ni mucho menos convencional. Infinitamente más rudimentario en todo; y asunto concluído.

¿Puede verse acaso en el conjunto de los gritos de una

especie animal un lenguaje equivalente á nuestras lenguas ? Eso dirán ; y no es permitido ponerlo en duda. Tienen el mismo origen que nuestro lenguaje, y provienen, *como él*, de la necesidad de traducir al exterior los sentimientos que se experimentan. Como él, se han desarrollado bajo los esfuerzos aunados de la especie, y se conservan por la educación individual. Sólo que los animales tienen menos ideas que expresar que nosotros. Los sonidos que emiten han permanecido expresivos ; es decir, más estrechamente ligados á su sentido natural. Síguese de aquí que son más fácil y generalmente comprendidos. Así, dice aun M. Houzeau, bien que cada lenguaje sea esencialmente particular, y limitado á una especie, hay animales de especie diversa que, hasta cierto punto, se comprenden entre sí. El perro comprende muchos de los gritos ó advertencias del gallo y de la gallina doméstica. Corre á tomar su parte en el hallazgo cuando la gallina ha encontrado algo comible. Sale ladrando cuando el gallo ha anunciado una visita desconocida.

El cuello-rojo, cuando ha visto el pájaro de presa, lanza un silbido quejoso, cuyo significado es bien comprendido por los otros gorriones, que en su mayoría se alarman y se ocultan ; &c, &c, &c.

Los ejemplos de la comunicación de las ideas por las variadas emisiones de la voz en el seno de una misma especie, son tan numerosos, que renunciamos á su enumeración.

Los gritos de muchos pájaros varían, dice Bechstein, según sus condiciones ó sus necesidades. El pinzón emite en sus migraciones la sílaba *yack, yack.* En la alegría grita *fink.* En la cólera repite con rapidez : *fink, fink, fink.* Para expresar la ternura ó el pesar, dice : *trif, trif*; y tiene así expresiones diferentes para los diversos estados del alma ó sus sentimientos.

En la especie de la gallina y del gallo doméstico, se observa, por lo menos, una docena de exclamaciones distintas, susceptibles en su mayor parte de tomar diversas gradaciones significativas. M. Houzeau nos da de ellas un estudio detallado, al cual nos vemos en el caso de referirnos.

« ¿ Quién no verá la expresión de una idea por el so-

nido en la escena que refiere Federico Cuvier entre el uistitf jaco (*Hepale jacchus*) y su hembra ? Esta acababa de parir en el jardín zoológico de París. Cuando se sentía cansada del chico, se levantaba dando un agudo grito. Al instante el macho, como si le hubieran dicho : « toma el monillo,» extendía los brazos y cargaba con su progenitura.» (Houzeau).

Rengger ha comprobado que los monos que poseía en el Paraguay (*Cebus Asaræ*) expresaban : el asombro por un ruído que era un medio entre el silbo y el gruñido ; la cólera ó la impaciencia, por la repetición del sonido *hu, hu*, en un tono más bajo, rezongando ; y en fin, el miedo ó el dolor por gritos penetrantes.

En otra parte, leemos en Darwin (*Descend.* I, 56): « El *Cebus Asaræ* del Paraguay, cuando se halla excitado, deja oír, por lo menos, seis distintos sonidos, que *provocan en los otros monos de su especie emociones semejantes.*»

« De tiempo en tiempo, dice Brehm, entre los cercopithecos, el jefe de la banda, guía prudente, sube á la cima de un árbol, y de lo alto de este observatorio examina cada objeto de los alrededores : cuando el resultado del examen es satisfactorio, lo expresa á sus súbditos dejando oír sonidos guturales particulares. En caso de peligro, se lo advierte por un grito especial.»

El lenguaje de los animales difiere tan poco por su naturaleza del de el hombre, que hay comunicaciones de ideas entre ellos ; y aun cabalmente, por el lenguaje del último, aquí, es cierto, completado más indispensablemente que nunca por los gestos y el juego de la fisonomía.

M. Houzeau refiere con este motivo la anécdota siguiente : (1) « Un campesino de los alrededores había venido á visitarme un día á la cabaña que yo habitaba en Tejas. Uno de mis perros, de raza india cruzada, estaba echado á mis piés y dormitaba. Mi conversación con mi visitante duraba ya hacía una hora. De repente vi que el perro levantó la cabeza como si hubiera despertado por un sobre-

(1) *Estudios sobre las facultades mentales de los animales, comparadas con las del hombre.* Tomo II, página 304.

salto, y me miró con aire interrogativo. Creí por el momento que acababa de soñar; pero al reflexionar en las últimas palabras que dirigí á mi interlocutor, descubrí que la sílaba final de una palabra, unida á la sílaba primera de la siguiente, componía el nombre del animal. Esta coincidencia, que no me había impresionado en la conversación, había bastado para atraer la atención del perro.»

Hearme ha tenido castores amansados que ocurrían cada uno al oír su nombre. Cuando se habla de loros en su presencia, mencionando sus nombres familiares, es raro que estos pájaros no nos hagan conocer que han distinguido su nombre en nuestras palabras.

Los chinos de la provincia de Quan-Tong conducen á la playa en la baja mar sus patos domésticos á fin de que se alimenten de moluscos; y cuando un dueño quiere llamar los suyos, golpea con una especie de tam-tam, cuyo timbre común conocen sus patos y que les sirve de señal de llamada. Las diversas bandas distinguen perfectamente la señal con que se llama á cada una.

En la perrera en que la aristocracia inglesa cría sus perros de caza, cada animal se presenta á su vez para recibir su comida al oír su nombre. Terminada la comida, se retira á la orden de hacerlo.

Sin duda que no hay necesidad de referir la variada serie de órdenes á que el perro de caza, el perro «sabio» es capaz de atender inteligentemente. Los elefantes de Asia son quizá más curiosos en este punto. Los del Emperador de la China braman cuando se les ordena. Se arrodillan cuando se les exige. Echan con su trompa agua á la multitud. Y además el conductor que los monta les indica hacia qué punto deben dirigir la rociada; y el animal obedece con la mayor precisión.

Pero para que todos los animales, el loro, el mono, el caballo ó el perro comprendiesen el valor *significativo* de los sonidos articulados, sería necesario que con palabras que les fueran conocidas, se les pudiera hacer comprender frases nuevas, con las cuales no estuvieran familiarizados, y de las cuales jamás se les hubiera indicado por el gesto, la fisono-

mía ó la entonación, materialmente y en cierto modo, el sentido concreto.

Y hé aquí lo que dice M. Houzeau sobre el particular: «He hecho experimentos sobre todo en el más inteligente de mis caballos y el más inteligente de mis perros, hablándoles como lo hubiera hecho con unos niños. Pero aparte de las frases ó expresiones convencionales repetidas con frecuencia, que trasmiten las ideas como lo harían los geroglíficos, no he podido adquirirme una sola circunstancia ó una frase nueva, aunque fuera muy sencilla y compuesta de palabras conocidas, con las cuales comunicarles un pensamiento. Sin embargo, este resultado negativo no debe desalentar á los experimentadores. No es imposible que una enseñanza mejor calculada y más graduada, no conduzca á algunas manifestaciones.»

« Los ejemplos siguientes que cita para demostrar cuán legítima es la duda á este respecto, no nos parecen tan decisivos como á él en el sentido determinado que comprendemos.

« Los loros colocan ciertas palabras con suma oportunidad. Esas coincidencias son, en parte accidentales, y en parte provocadas por reminiscencias de sonidos ó de recuerdos directos. Cierto es que llaman por sus nombres á los que los visitan familiarmente. También lo es que saben aplicar ciertas palabras ó frases con exactitud. Dicen cuando es el caso : « Entrad » y « salid;» y cuando se les ha enseñado: " Eso es bueno ;" y comprenden su aplicación y no la emplean sino cuando están satisfechos. Los hay que, enseñados á prodigar elogios ó á manifestar diversos sentimientos, se mezclan en las conversaciones tenidas en su presencia, soltando palabras oportunas. Suponiendo que el tono de lo que se habla los haya determinado en la elección de sus observaciones, sin comprender lo que exponen, este hecho comprobaría un trabajo inicial de *diferenciación*."

Aquí vemos pruebas de inteligencia más bien que pruebas de comunicación por sonidos articulados.

El mirlo de que antes se ha hablado, nos ha proporcionado un notable ejemplo de la exactitud con que ciertos ani-

males pueden hacer uso de palabras articuladas imitadas del hombre, ó aprendidas. Él vino por sí mismo á entregársenos entrando por una ventana abierta. Alguna persona quiso un instante después amarrarle una pata. Ignorábamos aún sus talentos orales, cuando, bruscamente irritado al verse encadenado, dirigió el pico contra la mano que lo tenía de la pata, profiriendo una injuria grosera propia sólo y muy común entre los muchachos de la calle. No pudimos dejar de prorumpir en carcajadas ; y todos nos sorprendimos con la oportunidad con que se sirvió de semejante expresión, manifestando con el movimiento de sus alas y de su pico un sentimiento que les correspondía tan exactamente. Pero el pobre pájaro no comprendió seguramente el valor *significativo*. Habría oídola repetir y aun dirigírsela á él mismo, con gestos y una fisonomía que se la hizo asociar á un movimiento de cólera ; y no tenía para él, con toda evidencia, sino un valor enteramente secundario, accesorio, y, por decirlo así, accidental, en la expresión de aquel sentimiento.

En el mismo orden de ideas, cita un autor una cotorra que cuando oía hacer en su presencia el relato de algún suceso desagradable ó penoso, exclamaba espontáneamente: "Eso es espantoso." Habla de un loro que vivía en una casa colocada en una pendiente por donde pasaban ó se detenian varios carruajes. Este loro, imitando los gritos de los arrieros, se complacía en hacer detener los caballos en marcha, ó hacer partir á los que se habían detenido ; y cuando lo lograba, daba todos los signos del mayor contento. Menciona por fin un loro que había perdido una pata. Cada vez que una persona notaba el accidente acaecido y preguntaba la causa, se ponía á decir en el acto : "He perdido la pierna en servicio del mercader, por piedad, no olvideis al inválido." El pájaro ignoraba sin duda el sentido detallado de esta frase. Pero el aparente discernimiento con el cual aprovechaba la oportunidad de colocarla, ¿no revelaba cierto conocimiento del tono, del gesto y de la mirada del visitante, y, dice M. Houzeau, quizá también alguna inteligencia de ciertas palabras colocadas en el discurso?

Walter Scott refiere de su perro Camp, que conocía el sentido de tantas palabras, que podía servir de ejemplo para demostrar hasta qué punto pudieran extenderse nuestras relaciones con los mudos animales. Sucedióle un día el recibo de una corrección infamante, por haber mordido al panadero. Y no oía hablar jamás de ese suceso sin manifestarse avergonzado, retirándose á un rincón. Conocía el objeto, dice su ilustre amo, cualquiera que fuese el tono en que se expresase.

Convenimos de buena voluntad en que Walter Scott, ó cualquiera otro, exagere en ese sentido que por la interpretación de esos actos de los animales, se les dé un aspecto de conciencia reflexiva que no tienen tan desarrollada. Acabamos de decir varias veces cómo, en nuestro concepto, debe interpretárseles. Las frases articuladas que comprenden los animales, no son, sin duda, en realidad para ellos sino el complemento del sentido expresivo de los gestos y del juego de la fisonomía, cuya asociación con la palabra no es siempre, ni aun en el hombre, como lo hemos visto, ni muy voluntaria ni muy consciente. Desde luego que son esas actitudes, esos movimientos del cuerpo y de la fisonomía, los que despiertan en ellos los sentimientos y las ideas rudimentarias que deseamos comunicarles; y en seguida, es la entonación de la voz unida á esos movimientos, la sílaba articulada que nada ó casi nada puede comunicar por sí misma y no hace sino precisar y reforzar los sentimientos ó las ideas ya suscitadas. De hombre á hombre, el examen de la fisonomía nos ayuda mucho á comprender el pensamiento que se quiere expresar. Sobre todo, al mirar atentamente á su dueño, trata el perro de adivinarle las intenciones. La expresión vocal quizá no hace sino determinar su acción en el sentido que el examen del gesto y de la fisonomía le ha hecho sospechar. La palabra da al impulso su última forma. Ella tiene, sobre todo, el valor de un signo de precisión y de mando. Su valor expresivo, aunque real, es ya muy delicado y sutil para ser seguido por el animal, que no está habituado á verlo en una constante y estrecha relación con tal sentimiento de-

terminado, ó tal acción al alcance de sus medios. Si, como no es dudoso, (1) ciertos animales superiores pueden adivinar, poco más ó menos, el sentido de una frase y seguir el movimiento general de una conversación, es, gracias sobre todo á una educación por el gesto; á esa casi innata inteligencia de la entonación de la voz y del movimiento de la fisonomía. Pero nuestros tiernos niños no lo hacen mejor ni de otra manera. Al tomar un semblante indiferente y una voz tranquila pueden decírseles las más duras cosas sin conmoverlos; mientras que el menor ceño acompañado solamente de palabras indiferentes dichas en un tono seco, puede hacerles derramar abundantes lágrimas.

Todos los hechos que hemos citado tienen, pues, para nosotros aquel sentido de que, diverso en gran manera del animal por la inteligencia, es *en nuestra superioridad intelectual que reside la principal dificultad de nuestras comunicaciones con él, y nó en la naturaleza de nuestros medios de expresión.* Y si aun debiéramos resumar al fin de este capítulo lo que se deduce de esencial, diríamos:

1.° Que el animal emite sonidos, y aun sonidos articulados, como el hombre;

2.° Que esos sonidos no son más innatos en él que en el hombre; que por ejemplo, los pájaros aprenden sus cantos como nosotros aprendemos nuestras lenguas (2) y frases articuladas de que hacen un uso habitual;

3.° Que por esos sonidos logra expresar sus sentimientos y comunicarlos, no sólo á los individuos de su misma especie, sino á otros de especie diferente;

4.° Que el hombre llega á comprender fácilmente los sentimientos que el pájaro expresa, y que él mismo comprende cierto número de sentimientos é ideas rudimentarias que el hombre no comunica íntegramente sino con ayuda del lenguaje articulado;

5.° Que así el valor expresivo de las emisiones de voz

(1) Los monos, dice Darwin, comprenden perfectamente lo que el hombre les dice, y dan diversos gritos para advertir de un peligro, &c. (Desc, I, 58).

(2) Después de Darwin, ha sido M. Daines Barrington quien ha sostenido esta idea.

es sensiblemente el mismo en él que en el hombre: en otros términos, que no hay diferencia insuperable, diferencia esencial, sino sólo una diferencia de grado, entre la expresión de sus sentimientos por un corto número de sonidos y el lenguaje humano.

Acaso no hemos insistido bastante en la manera como ha podido adquirir y variar esos sonidos, tan poco numerosos como lo son. Las indicaciones dadas á este respecto serán completadas en el siguiente capítulo. Hemos dicho que era sobre todo al buscar la reproducción ó imitación de los ruidos naturales, los gritos de los demás animales y sus propios gritos. Todos los hechos referidos lo confirman: la necesidad en que se ve el pájaro de aprender su canto; la facilidad que tienen algunos de reemplazar su canto por el de pájaros de especie diferente; la facultad común á muchos de reproducir frases articuladas; la tendencia flagrante de los que tienen el órgano mejor ejercido para imitar cuanto oyen, &c.

Pero sería particularmente útil averiguar los casos de imitación constante por un animal, de los gritos de los otros animales con un objeto determinado, perfectamente querido y calculado.

No tenemos que citar en este género sino el caso de la hiena, según M. Houzeau.

"Se cree, dice, que la hiena manchada imita el grito de diversos animales con el objeto de engañarlos y hacer presa en ellos. Sparrman (1775) afirma haberle oído remedar el balido del cordero."

Si tales hechos se confirman, tendremos en el animal ejemplos de un procedimiento que es fundamental en el hombre; y que es casi característico del modo de formación del lenguaje humano.

"No parece imposible, dice en efecto Darwin, que algún animal semejante al mono, pero más hábil, haya tenido la idea de imitar el aullido de un animal feroz, para advertir á sus semejantes del género de peligro que los amenazaba. En un hecho de tal naturaleza habría un primer paso dado hacia la formación del lenguaje." (*Descendencia*, I, 58).

CAPÍTULO V.

RUIDOS Y SONIDOS ARTICULADOS DEL HOMBRE.

RESUMEN.

Cómo ha adquirido el hombre su poder de articulación.—Del mecanismo de la formación de las vocales y de las consonantes, estudiado con el auxilio de máquinas parlantes.—Clasificación anatómico-fisiológica de los ruidos y sonidos articulados, por el doctor Coudereau.—De la naturaleza del mecanismo de la producción de las vocales. Su número.—De la naturaleza del mecanismo de la producción de las consonantes.—Pobreza originaria de todos los alfabetos y aun del alfabeto ariano—El hombre ha adquirido hablando la mayor parte de su potencia de articulación.—El hombre ha adquirido las cualidades fundamentales de su voz, emitiendo primitivamente sonidos musicales.—Valor é importancia de la entonación musical en el lenguaje.—Del deseo y de la necesidad de imitar los ruidos y los gritos como causa impulsiva de la adquisición del perfeccionamiento de los primeros sonidos y ruidos articulados.

No es muy difícil figurarse cómo han podido los animales adquirir el poder de emitir sonidos. Ellos nos parecen, y son en efecto, por relación del número y de la variedad de esos sonidos, muy inferiores al hombre. Pero al hombre mismo ¿de dónde le viene esta maravillosa flexibilidad de la garganta, esta potencia de articulación que nos ha dado el cambio de la naturaleza de los sonidos hasta hacernos creer en algún dón maravilloso? ¿Cómo ha podido adquirir el poder de imitar tantos ruidos y de expresar tantas cosas, reemplazando por grados la extensión de la voz y la complicación de los gestos por la complicación de los sonidos?

Este poder, tan grande como pueda ser, tiene sus límites. Lo hemos visto en el capítulo precedente. El alfabeto de cada pueblo es más ó menos completo; y ciertos alfabetos son muy defectuosos. Esas diferencias de los alfabetos no son un hecho natural en el sentido de que son el resultado del desarrollo del estado social; de las tradiciones que han impuesto ciertas reglas con frecuencia muy arbitrarias (cosa que salta á la vista) de pronunciación, de costumbres y de usos, en fin, porque los caprichos de la moda pueden

amenazar la existencia de ciertas letras. Según una sugestión de Schleicher, estas diferencias pudieran, sin embargo, depender igualmente de condiciones físicas diferentes del órgano vocal entre los diferentes pueblos. Pero es permitido suponer que en nuestras sociedades, un mismo individuo podría llegar muy bien, después de un ejercicio más ó menos prolongado, á pronunciar todos los sonidos en uso entre los hombres. De manera que al lado del alfabeto de cada lengua, que podría calificarse de histórico, existe, y podría formarse un alfabeto universal de todos los sonidos articulables. Varias veces se ha tentado esto con un objeto práctico; y los alfabetos de Lepsius y de los misioneros ingleses son dos tentativas de este género. El objeto práctico es éste: Estando nuestros signos alfabéticos muy lejos de traducir todos los sonidos articulados, carecen de valor absoluto; no están ligados á sonidos exactamente determinados, de manera que los mismos signos tienen en distintas lenguas valores fonéticos enteramente diversos. Este es uno de los grandes obstáculos que nos impiden aprender y pronunciar convenientemente cualquier lengua extranjera y que nos hace imposible la *trascripción* de las palabras de idiomas inferiores en los que están en uso; sonidos de cuyos equivalentes carecemos. Formando cuadros de los sonidos articulados ó articulables, y clasificando cada uno bajo un signo especial, se elimina este obstáculo; se llega á formar un alfabeto *antropológico*, en que cada carácter tiene un valor absoluto, independiente de la raza ó de la nacionalidad del que lo oye ó del que lo pronuncia."

La tentativa más completa, más metódica y más rigurosa que con tal mira se haya hecho, es la que se ha presentado recientemente por el Doctor Coudereau á la sociedad de antropología de París. Es indispensable que demos aquí una idea de su contenido.

No es sino al partir de las investigaciones de Kratzenstein (1) que se ha comenzado á entrever la naturaleza de las diferencias que producen las diversas letras. Este

(1) *Memoria de premio de la Academia de San Petersburgo. 1779.*

físico obtuvo las cinco vocales soplando por un tubo de canícula en otro de amplitud, cuya abertura y los ensanches eran variables. En los amplios de diversas formas que había que cambiar para cada vocal, Kempelen sustituía una concha fija que representaba la boca, en la que le bastaba arreglar la abertura por medio de un diafragma movible. Obtuvo así, no sólo las diversas vocales, sino las consonantes *p* y *l*. Añadiendo á la concha ć boca un tubo de comunicación que representaba la nariz, produjo la *n* cerrando la concha y abriendo el tubo; y la *m*, abriendo el tubo y la concha simultáneamente. Willis halló, en fin, que empleando el opérculo de colisa para dar el sonido de las diversas consonantes que se logran producir, se producen las vocales tirando el tubo de canícula, en el orden de *i, e, a, o, u*. Si se continúa alargando el tubo más allá de esta última vocal, los sonidos se reproducen en el orden inverso, *u, o, a, e, i*; y luego aun en el orden directo *i, e, a, o, u*." (Houzeau).

Estas experiencias no nos dan aún suficiente idea de la producción de los ruidos y sonidos.

En nuestros días se ha llegado á construír máquinas parlantes; pero aun no tenemos un conocimiento del mecanismo de la que se ha hecho en París hace dos ó tres años. (1) M. R. Tylor nos lo proporciona sobre la máquina de Sir Carlos Weatstone (1837), según el mismo autor. "Uno de los mejores medios, dice, de estudiar los fenómenos difíciles de comprender, es el de verlos imitados artificialmente."

Hé aquí, pues, qué idea se forma de la naturaleza de las vocales según los trabajos de Helmholtz y el estudio de M. Max Müller (*Nuevas lecciones sobre la ciencia del lenguaje*). Para él, "son tonos musicales compuestos que, como en el juego del órgano llamado *voz humana*, se producen

(1) Esta aserción ha venido á ser enteramente inexacta, desde que por la intervención de M. Pablo Bert, esta máquina, inventada por Mr. Faber y justamente dejada en olvido, ha sido representada de nuevo ante un público más numeroso en Febrero último. Su importancia le merece una nota aparte que se hallará al fin de este libro.

por lengüetas vibrantes adaptadas á tubos de construcción particular.

"Las cuerdas vocales de la laringe pueden, en efecto, representarse toscamente por una lámina de caucho que se tendería, como dos semi-opérculos á la extremidad de un tubo abierto; como el parche de un tambor hendido por en medio.

"En la voz humana el efecto músico de las cuerdas vibrantes está aumentado por la cavidad vocal, que obra como *resonador* ó caja sonora, y modifica después continuamente por su forma la cualidad musical ó timbre. (1)

"A la variación del timbre se debe la formación de las vocales. Afírmasele con el auxilio de la guimbarda, de la que se saca el sonido de las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, teniendo cuidado de colocar la boca en la disposición que toma al pronunciarlas. La voz del que se entrega á esta experiencia no emite sonido, pero la lengüeta vibrante de la guimbarda aplicada delante de la boca, obra á manera de cuerdas vocales; y los sonidos vocales se producen por las diversas posiciones de la cavidad vocal, que modifica el timbre de la nota, formando con diferentes grados de intensidad la serie de notas armónicas de que se compone."

En cuanto á las consonantes, no son sonidos vibrantes como las vocales, sino ruidos que acompañan á éstas. M. Max Müller ha demostrado con el auxilio de diagramas anatómicos (*Nuevas Lecciones*) la posición y los movimientos afectados por los órganos vocales en su producción (2). Sobre todo, es por la inteligencia de su producción que las máquinas parlantes ofrecen algún interés.

La máquina Weatstone, que podía decir: "Os amo con toda el alma;—Leopoldus secundus, romanorum imperator, &c." pero difícilmente otras palabras que no fueran latín, francés ó italiano; esa máquina producía los sonidos vocales por tubos y lengüetas. Para modificarla por medio

(1) El timbre es el resultado de lo alto de los sonidos accesorios que se añaden á un *mismo sonido fundamental*.

(2) Más recientemente (1878) M. León Vaïsse ha demostrado los mismos movimientos de una manera más completa, reduciéndolos á la pronunciación de las lenguas de la Europa.

de las consonantes, todo se combinaba con el objeto de obrar á la manera de los órganos humanos.—"Así *p* se producía cuando la mano del operador se retiraba repentinamente de la boca de la figura; y *b* de la misma manera; á no ser que la boca no estuviera enteramente abierta; mientras que una abertura como la de las narices se necesitaba para formar la *m*, *F* y *x*, se obtenían modificando la forma de la boca con la mano. El aire podía pasar por pequeños tubos para producir las sibilantes *s* y *sh*. Las líquidas *l* y *r* se pronunciaban por la acción de lengüetas de acento trémulo."

Estas experiencias no nos dan aún sino idea incompleta del mecanismo de la producción de los sonidos y ruidos principales.

En experiencias directas y repetidas en el hombre mismo es que M. Coudereau se ha apoyado; y es así como ha podido llegar á una clasificación anatómico-fisiológica de los ruidos y de los sonidos, por incompleta que la supongamos.

Hé aquí sus tres proposiciones preliminares, de las cuales, dos tienen su demostración en su misma teoría. Ellas nos conducen al corazón de la cuestión con mucha precisión y exactitud.

"La voz es el soplo reforzado por la vibración musical de las cuerdas de la boca.

"Se ha dicho y repetido que la palabra es "la voz articulada"—No: la palabra es "el soplo artículado." Hay palabra afónica—que no suena—Hablar en voz baja es hablar."

La palabra articulada (casi siempre voz articulada, porque jamás la palabra es completamente afónica) se compone de dos elementos: el sonido y el ruido, que pasan del uno al otro por transiciones insensibles.

El sonido constituye las vocales.

M. Coudereau lo divide, en atención á su punto de producción, de esta manera:

Son	Labial.	Labial *propiamente dicha.*	
	Palatal.	Prolabial ó amphórico.	
	Staphilino ó gutural.	Labiada ó amphórico.	Recogido.
		Nasal.	Nasal.
	Glotal.	Labiado amphórico.	Recogido.
	Nasal.	Nasal.	Nasal.

« Los dos sonidos de los labios corresponden á los soplos de los labios *v* y *w* y se pronuncian *iu* y *u*. Pueden considerarse aun como los sonidos glotal y staphilino labiados y recogidos, sin sensible modificación por el nasalismo.

« El sonido palatal es el soplo, reforzado por la voz. En la palabra *pays*, la *y* es á la vez consonante y vocal: (en francés) *pé-yí*. Soplo al principio, reforzado en sonido al fin de su pronunciación. En la palabra aphónica, permanece en estado de puro soplo.

« El soplo staphilino ó gutural *ch* duro de los alemanes, reforzado por la voz, da el sonido *e*. Si se deja pasar el soplo á la vez por la boca y por las narices, pronunciando *e*, se obtiene el sonido *in* (*en*, en francés).

« Si mientras se pronuncia *e* se acercan los labios de manera de interceptar entre las dos vías recogidas, gutural y labial, un espacio vacío más considerable, *dilatado en ánfora*, se obtiene la *e* amphórica ó *eu*. Este sonido, á su turno, puede, pronunciado nasalmente, expresar *un*. Si después de haber producido *eu*, se acercan aún los labios, se obtiene el *eu* recogido ó el sonido *u*.

" El sonido glotal *a* se pronuncia con la boca abierta y la lengua baja sobre el plan de la boca. Gangueándole se torna en *an*, vuelto amphórico por la aproximación de los labios, se transforma en *o* ó en *au* (o francesa). Este último da el nasal *on*. Si al pronunciar *o* se recoge la abertura labial de manera que la corriente de aire haga vibrar los labios, se obtiene la prolabial *ou* (u).

" Lo que llamo sonido *nasal*, dice M. Coudereau, es la *a* pronunciada con la vía nasal abierta y la *boca cerrada*. Existe en la mayor parte de las lenguas y no se escribe en parte alguna."

Hemos transcrito íntegramente este pasaje de su expo-

sición ; y no es posible exponer el mecanismo de la formación de las vocales en términos más breves.

En seguida sostiene que en realidad no hay vocales largas y breves ; sino sonidos distintos, muy vecinos unos de otros. Y aun para una misma vocal, no son dos, sino tres sonidos ó matices de sonido lo que hay que distinguir.

Así para E tenemos *fée*, *effet* y *fête* (hada, efecto y fiesta).

Para A, *classe*, *eclat*, *declare* (clase, brillo, declara).

Para O, *propos*, *pôt*, *port* (frase, pote, puerto).

Para EU *queue*, que y *cœur* (rabo ó cola, que y corazón).

A fin de aclarar, M. Coudereau designa provisoriamente estas variaciones de sonido por las cifras 1 2 3. Y para justificar el orden en que ha clasificado así las vocales y sus alteraciones, exige que se consideren en las modificaciones subsistentes de *adelante* para *atrás* los sonidos de las dos series principales, gutural y glotal.

"Pronunciado, dice, con un soplo continuo y persistente el sonido *ou* (u), y sin interrumpir el soplo, abrid los labios gradualmente separando simultáneamente las mandíbulas y pronunciareis sucesiva é inevitablemente u^1, u^2, u^3, o^1, o^2, o^3, a^1, a^2, a^3.

"Haced lo mismo con la otra serie, y obtendreis sucesivamente los sonidos u^1, u^2, u^3, eu^1, eu^2, eu^3, e^1, e^2, e^3,... a^1.

"Entre los sonidos e^3 y a^1, hay un sonido intermedio que hallamos en las palabras *croire* (creer), *boire* (beber), &c.

"Procediendo de adelante para atrás y alejando más y más las paredes del tubo vocal, se llega al sonido *a*, cualquiera que haya sido el punto de partida."

De esas observaciones resulta la lista general siguiente de los sonidos ó vocales :

a^1, a^2, a^3, glotales;
an, glotal nasal ;
o^1, o^2, o^3, glotales labiales ó amphóricos;
on, glotal amphóxico nasal;
œ, intermedio entre *á* y *ê* ; (en *croire*, creer).
e^1, e^2, e^3, guturales ó staphilinos ;
in, gutural, nasal ;

eu^1, *eu*^{2}, *eu*, guturales labiales ó amphóricos ;
un, gutural amphórico nasal ;
i^1, *i*^{2}, *i*^{3}, palatales ;
u^1, *u*^{2}, *u*^{3}, labiales (*u* francesa).
ou^1, *ou*^{2}, *ou*^{3}, prolabiales ó labiales amphóricos (*u* castellana).

A nasal pronunciada cerrando la vía bucal.

M. Coudereau une á esta lista tres sonidos familiares al dialecto del Berri y á otros dialectos, que son la *r*, la *l*, la *s*, pronunciadas con el fondo de la garganta. (La *s* se cambia entonces en *ch* alemán). En todos son treinta sonidos ó vocales; que en todas las lenguas son más ó menos modificados por los ruidos articulados que los acompañan. En ciertas lenguas, como el inglés, en que los ruidos articulados desempeñan un papel muy preponderante en la pronunciación, son extremamente variables, y se alteran y se transforman sustituyéndose uno á otro.

M. Coudereau cree poder establecer las reglas siguientes para esas mutaciones:

1.° Un sonido primitivo es reemplazado por otro primitivo; un sonido primitivo nasal, por un sonido primitivo nasal; uno amphórico por otro amphórico, &c.

2.° Un sonido primitivo es reemplazado por cualquiera de sus modificaciones (nasal, amphórica ó labial). Lo mismo cualquiera de esas modificaciones puede ser reemplazada por otra modificación del mismo sonido primitivo, ó por el sonido primitivo mismo.

El cuadro siguiente indica el sentido exacto de estas dos reglas:

Sonidos.	Primitivo.	Nasal.	Amphórico	Amphórico nasal.	Amphórico labial.
Glotal.....	A.	*an*	*o*	*on*	*ou* (u castellana)
Staphilino.	E.	*in*	*eu*	*un*	*u* (francesa)
Palatal.....	Y.	...	...	...	*u* (francesa)

M. Coudereau nos parece haber comprendido y caracterizado perfectamente la naturaleza de las consonantes, al decir que todas se derivan de un ruido explosivo, y que todas pasan á las vocales por los ruidos de soplo ó soplantes, que son de una naturaleza mixta.

Trascribamos aún íntegramente aquí la teoría que da de su producción.

Él la hace preceder de los dos cuadros que siguen:

CUADRO NÚMERO 1.°

CLASIFICACIÓN ANATÓMICA DE LOS RUIDOS, SEGÚN EL SITIO EN QUE SE PRODUCEN.

El ruido es:

- Labial
  - 1. Prolabial.
  - 2. Labial (puro)
  - 3. Dental (labio dental).
  - 4. Lingual (labio-lingual).
- Lingual
  - Prolingual (punta de la lengua)
    - 5. Dental (prolinguo-dental).
    - 6. Gingival (prolinguo-gingival)
    - 7. Propalatal (prolinguo propalatal).
    - 8. Medio palatal (prolinguo medio palatal).
  - Medio lingual
    - 9. Dental (medio-linguo-dental).
    - 10. Propalatal. (medio linguo-propalatal).
    - 11. Medio palatal. (medio linguo-medio palatal.
  - Post lingual
    - 12. Post palatal. (post linguo-post palatal).
    - 13. Staphilino. (post linguo-staphilino).
  - Staphilino.
    - 14. Faringeo (staphilino faringeo)
- Glótico ..... 15.
- Nasal ..... 16.

CUADRO NÚMERO 2.°

CLASIFICACIÓN FISIOLÓGICA DE LOS RUIDOS.

El ruido tipo es explosivo.

- Explosivo puro.
  - vocal.
    - fuerte ..... 1.
    - débil ..... 2.
  - pneumático ..... 3.
- Explosivo alterado por un
  - ruido de soplo:
    - nasal ..... 4.
    - bucal.
      - debido á una insuf.
        - explosivo insuflado ..... 5.
        - soplo puro.
          - fuerte ..... 6.
          - débil ..... 7.
      - debido á un recogimiento ..... 8.
  - ruido rudo.
    - fuerte ó áspero ..... 9.
    - débil ó burbujoso ..... 10.

"Cada uno de los sonidos indicados en el cuadro número 2.°, puede producirse en cada uno de los puntos anatómicos indicados en el cuadro número 1.°

"El ruido tipo es *explosivo fuerte:* las dos superficies que concurren á su producción están fuertemente aplicadas una á otra y bruscamente separadas por el paso de una columna de aire.

"2.° El *explosivo débil* se produce por el mismo mecanismo, con la simple diferencia de que las superficies están menos fuertemente aplicadas una á otra.

"3.° Que la aplicación sea muy débil, el ruido no será enteramente explosivo; pero tendrá á la vez el término medio entre el explosivo y el soplante; es decir—la *insuficiencia.*

"4.° Un grado más; si las superficies están muy aproximadas pero no aplicadas una á otra. Pasa el aire frotando á través de una parte estrecha y se produce el *soplo fuerte.*

"5.° Que la separación sea más considerable y se obtendrá el *soplo débil.*

"6.° Si las superficies, en vez de permanecer rígidas, se prestan á movimientos vibratorios bastante extensos, en vez de un ruido de soplo, se tendrá un ruido sacudido ó *tembloroso,* que no es sino el producto rápido de un ruido explosivo.

"7.° Si al pronunciar el explosivo, en vez de ahorrar la provisión de aire, se le da libre salida por las narices, se pronuncia el *explosivo nasal.*

"8.° Si se aplican las superficies una á otra con bastante fuerza, de manera que entre ellas resulte el vacío, y se las separa bruscamente sin emitir una corriente de aire, se determina un ruido de chasquido que se llama *explosivo pneumático.*

"Dado el explosivo de cualquiera de los puntos de producción indicados en el cuadro número 1, se le puede hacer sufrir todos los cambios indicados en el cuadro número 2, aplicándole la teoría que va indicada."

No podemos ya seguir aquí á M. Coudereau en su estudio de las alteraciones de los ruidos; y aun menos reproducir los cuadros complicados que nos da de esos ruidos. Pero sería interesante el señalar algunas de sus observaciones sobre las sustituciones y las mutaciones. Nada podría demostrar mejor hasta dónde su precisa determinación de las condiciones anatómicas aclara y hace naturales aquellas á que los filólogos no habían podido quitar cierto carácter arbitrario ó de convención; y que en todo caso, no parecían hallar en los hechos del orden físico y necesario el indispensable fundamento de su invariabilidad.

Así, tenemos sustituciones, primero por *ley de atracción.* En virtud de esta ley, una explosiva labial, ó dental, ó palatal, colocada delante una nasal, se reemplaza en la pronunciación por una explosiva nasal (stapilo-pharingea). Ejemplo: campamento se pronuncia camp' mento; encantamiento, encant' miento.—"Esto es en francés más cierto que en castellano."—

Si no se fijara la atención en el vínculo anatómico de la producción de la *p*, por ejemplo, no veríamos que sustituyéndole una explosiva nasal, hacemos una economía real de movimiento; que simplificamos la pronunciación y que así, obedecemos á una tendencia natural y fatal de nuestro organismo. En tan sencillos fenómenos reposan las leyes que, después de haber unido las sílabas, las han alterado y reducido hasta no dejar en una palabra otras huellas de las sílabas aglutinadas que una letra aislada.

Los niños pronuncian con frecuencia *t* por *k*, *s* por *sh*, *z* por *j*, *l* por *r*. Son *sustituciones de orden fonético ó efectos de impotencia.* Se dejan llevar por la necesidad de simplificar, á la necesidad de modificar las pronunciaciones difíciles. Hay, lo hemos visto, pueblos enteros que por hábitos arraigados no pueden pronunciar ya ciertas consonantes que nos son familiares.

Los hay también entre los cuales esto no es resultado del hábito, sino de una incapacidad originaria é innata.

Si en efecto, puede decirse que el hombre civilizado llegaría en nuestros días á pronunciar por el ejercicio todos los ruidos y todos los sonidos articulables, puede asegurarse aun con más seguridad, que no siempre ha gozado de esta aptitud ; que su organismo no ha gozado siempre de esa flexibilidad ; que su articulación no ha sido siempre tan clara y que los ruidos y sonidos que emitía no han sido siempre tan distintos.

Los lingüistas han demostrado que el alfabeto primitivo de nuestras lenguas más pulidas hoy, el alfabeto ario mismo, era casi tan pobre como el de los salvajes actuales.

No contenía sino diez y siete ó diez y nueve letras. De las treinta vocales anotadas por M. Coudereau, no se encuentra sino a^1, a^3, i^1 i^3, *au* (ó) *ai* (e) y acaso la *r* prolongada.

¿ No estamos aún en nuestros días bastante lejos de poseer un alfabeto que abrace todos los ruidos y sonidos articulados ? ¿ No nos sería extremadamente difícil pronunciar, por lo menos, todos los sonidos, ruidos articulables ?

Al hablar es, y esto durante millares de años, que el hombre ha llegado á la potencia relativa de articulación que hoy posee, y esto nos indica demasiado que hubo un tiempo en que su alfabeto estaba aun más reducido que cualquiera de los que hoy existen. Hubo aún un tiempo en que su alfabeto, ó para emplear un término más propio, los sonidos y ruidos que articulaba, eran muy poco numerosos para alcanzar á la formación de las palabras de las lenguas más pobres que conocíamos.

Según el estado de las cosas, no es dudoso que originariamente las emisiones de voz del ente humano eran menos ricas y menos variadas que las de los pájaros actuales.

—" Los dos acápites precedentes encierran un dogmatismo tan desnudo de pruebas, que ningún hombre de ciencia podrá admitirlos como hechos demostrados.—"

No disponía sino de gritos cuya articulación era oscura y confusa, y casi nula la distinción entre los sonidos y los ruidos. La energía del soplo y la potencia de la voz confundían en un pequeño número de emisiones todas las gradaciones delicadas y los accidentes desapercibidos.

¿Cómo ha llegado el hombre á hallar y á desarrollar esas gradaciones y sus accidentes para la formación de sus primeras palabras articuladas?

Carlos Darwin lo atribuye al canto.

El ejemplo que nos dan los pájaros sugiere realmente esta hipótesis. Además, entre gran número de especies animales, los sexos se llaman continuamente uno á otro. El macho procura encantar y excitar á la hembra; y para todo esto se sirven naturalmente de emisiones de ruidos y de sonidos, de gritos y de cantos. El mismo Carlos Darwin ha estudiado estos hechos en su obra sobre la descendencia del hombre. Fácilmente se comprende que su generalidad haya hecho buscar en ellos el motivo incitador de la producción de la voz humana y el origen de su desarrollo. Véase cómo ese autor se explica. (1)

« En una interesante obra sobre la música, M. Herbert Spencer ha estudiado los caracteres que toma la voz humana bajo el influjo de diversas emociones. Ha demostrado claramente que la voz se modifica mucho, según las circunstancias, con relación á la fuerza y cualidad, es decir, á la intensidad y al timbre, así como á la altura y extensión.

« Curioso es ver cuán expresiva se hace la entonación de la voz humana desde temprano. En uno de mis hijos, cuando apenas tenía dos años, podía yo distinguir perfectamente en el balbuceo apenas articulado que componía todo su lenguaje, el timbre muy afirmativo con que decía sí, de

(1) Carlos Darwin, *De la expresión de las emociones*, 1877, pág. 93.

la especie de queja con que expresaba un rechazo obstinado. M. Spencer ha demostrado, además, que el lenguaje apasionado tiene íntimos enlaces bajo los puntos de vista que acabo de indicar, con la música vocal, y por consecuencia, con la música instrumental.

« Sus observaciones aun son exactas, cualquiera que sea la opinión que se adopte; sea que las diversas cualidades de la voz hayan tenido origen hablando en la excitación de sentimientos violentos, y se hayan transmitido ulteriormente á la música vocal; ó sea (como lo creo) que el hábito de emitir sonidos musicales se haya desarrollado desde el principio como medio de seducción entre los primitivos antepasados del hombre, y se haya asociado así á las más enérgicas emociones que pudiera experimentar; es decir, al amor, á la rivalidad, á la victoria. Ciertos animales emiten sonidos musicales; hecho muy conocido y del cual es una prueba el canto de los pájaros, tan común como familiar para todo el mundo. Y cosa aun más notable: un mono, una especie de simio, produce una octava completa de sonidos músicos, bajando y subiendo en la escala por semitonos; por lo que puede decirse de él que "de todos los mamíferos es el único que canta." (1)

« Este hecho y la analogía, me han inducido á creer que los antepasados del hombre han comenzado probablemente por emitir sonidos musicales; de donde deduzco que cuando la voz humana se pone en juego por alguna violenta emoción, debe tender á revestir, en virtud del principio de asociación, un carácter músico.»

No nos es dado apoyar de otro modo esta opinión del gran naturalista. Además, á cualquiera sería fácil aplicarla y reunir hechos que la confirman plenamente.

La entonación musical y la modulación son aun para nosotros medios de expresión de un gran poder. El estreno de un actor ejercido lo comprueba abundantemente. La declamación de los versos reside enteramente, por decirlo así, en su empleo; y es también por un empleo hábil que un

(1) Sin embargo, recientemente se ha observado que ciertos roedores son capaces de producir sones musicales definidos.

orador llega, más fácilmente, á impresionar á su auditorio. Un discurso perorado en un tono enteramente igual perdería la mitad de su valor expresivo. Aunque contuviera las mejores ideas del mundo, quedaría sin efecto por falta *de comunicación*. El tierno lenguaje de una madre y de una amante toma un carácter evidentemente musical. Este hecho es de una notoria universalidad.

M. B. Tylor cita pruebas, acaso más materiales, del valor expresivo de la entonación música.

« En ciertas regiones, dice, la modulación se emplea no sólo para dar más fuerza á las palabras de una frase, sino que sirve aun para hacer cambiar la significación de ciertas palabras. Así, en siamés, las tres palabras *hâ*, buscar; *hâ*, peste, y *hâ*, cinco, de sentido tan diferente, no difieren, sin embargo, en sí mismas sino por el tono en que se pronuncian y por el acento (cantar una canción siamesa á la manera europea, altera la significación de las sílabas).

« El mismo proceder se encuentra en el Africa occidental. En Dahomey, la misma palabra *so*, bastón, quiere decir caballo, con sólo un acento agudo (*só*) y rayo con un acento grave (*sò*).

« Entre nosotros, el acento músico nos sirve para hacer resaltar una sílaba ó una palabra particular en una frase, elevándola ó bajándola medio semitono ó más. Mas si no puede cambiar el valor significativo de una palabra, modifica, sin embargo, el sentido de una frase. De esta manera, el profesor Helmholtz, ha expresado, con el auxilio de notas de música, la manera con que un alemán podría decir, en baja voz y en tono de sí bemol: " Ich bin spatzieren gegangen: fuí á pasearme." "¿ Bist du spatzieren gegangen ? Has ido á pasearte ?" Baja una cuarta (fa) al fin de la frase afirmativa; y sube una quinta (fa) al dirigir la pregunta, recorriendo así toda la octava. ¿ No había dicho ya Ciceron: (*de Orat.*) " Accentus est etiam in dicendo cantus obscurior: El acento es en el discurso como un canto menos franco, un aire ahogado." El canto llano, las salmodias de las reuniones religiosas, el recitado dramático nos muestran aún la entonación música desenvuelta y sistematizada en reglas

exactas de melodía para dar solemnidad y énfasis al lenguaje; y éstos son grados intermedios entre el canto propiamente dicho y la prosa hablada."

Pero ¿qué cosa es el canto? Nada menos que la vibración musical de las cuerdas vocales, más intensa, más variada, y ligada sobre todo. El canto primitivo, por poco que la emulación interviniese, como entre los pájaros, era pues una constante inquisición de sonidos nuevos, un esfuerzo incesante para variar los sonidos conocidos. De aquí debería resultar una *diferenciación* gradual más y más grande de sonidos primitivos, y luégo una distinción formal de sus gradaciones.

El proceder siamés, citado antes, es aún idéntico á éste. De la vocal primitiva *a* los siameses han formado tres palabras con el auxilio de la entonación música. Luégo, la entonación musical de esta sola vocal ha hecho de ella tres palabras; porque son realmente tres vocales diferentes las que tenemos en *á*, *â* y *à*, las tres glotales de M. Coudereau. Sin embargo, no disimularemos la repugnancia que nos causa el considerar nuestros sonidos articulados como derivados de sonidos puramente musicales de naturaleza sentimental. El canto ha sido un medio de expresión primitivo; y el valor, como tal, de la entonación música, es aun hoy día considerable; y tanto más considerable, cuanto que las articulaciones son menos numerosas. Por él es, aun si se quiere, que el órgano humano ha adquirido la necesaria flexibilidad en la fijación de los primeros sonidos articulados, y esos mismos sonidos articulados. Pero ¿ha bastado eso solo?

El deseo y la necesidad de imitación se manifiestan en un gran número de animales; aun en los pájaros, y sobre todo entre los monos. Ellos deben haber obrado en el hombre, al menos con tanta fuerza como en los últimos. Como ellos y como ciertos pájaros, un animal en medio de tantos otros, ha debido tratar de reproducir los ruidos y los gritos que oía. Después, su estado social y su inteligencia al desenvolverse, ha tenido más método en sus esfuerzos para ello. Las cualidades de su voz se han desarrollado. El repetido uso de los mismos gritos con determinado fin ha hecho más

completa y precisa su reproducción; mientras que la aglomeración de los individuos en un espacio más estrecho, hacía más desagradable que útil la extensión de la voz, y hacía sustituír al poder del soplo una mímica más complicada, un juego más sutil de la fisonomía y una más variada articulación.

CAPÍTULO VI.

INTERJECCIONES Y PALABRAS IMITATIVAS COMO MATERIAL DEL LENGUAJE.

RESUMEN.

Origen y naturaleza de las interjecciones.—Expresión de las ideas por las interjecciones y los gestos.—El tono sentimental, vínculo natural del pensamiento y de la articulación.—De Brosses. Su método para descubrir las leyes de la formación mecánica del lenguaje.—Tylor. Sus pruebas en favor de la teoría de De Brosses.—Ejemplos de interjecciones comunes á pueblos de lenguas absolutamente diferentes.—Formación por imitación de palabras expresivas, y por analogía de palabras significativas con el auxilio de las interjecciones.—Introducción de interjecciones puras en el lenguaje con un valor significativo.—Origen interjectivo y valor significativo de las palabras *si* y *no*.—Método de investigación de las palabras imitativas que han conservado su sentido original.—Algunos ejemplos de palabras imitativas.—Ejemplos de la manera como una palabra imitativa puede perder su sentido natural ó expresivo, ó tomar, por consecuencia de aplicaciones análogas, un sentido puramente significativo ó tradicional.—Otros ejemplos de palabras imitativas.

Que las explicaciones del precedente capítulo sean juzgadas suficientes ó nó, no es menos cierto que el hombre no ha adquirido sino lentamente y por consecuencia de numerosas circunstancias y de multiplicados esfuerzos, los sonidos y ruidos articulados necesarios al lenguaje. Esta es una facultad que se desarrolla, como las demás, por la acción del medio; y aquí ya, del medio social, y por las reacciones espontáneas del individuo. Su punto de partida ha sido el mismo que el del animal.

Como el animal, como el *Cebus Azaræ*, por ejemplo, que citamos á falta de observaciones sobre otros monos su-

periores, el hombre emitía primitivamente simples gritos, para traducir sus emociones con ayuda de los movimientos de la fisonomía y de los miembros de que aun se sirve; y que encontramos indénticamente en el chimpanzé, para comunicarlas á sus semejantes.

Acentuado luégo su estado social, extendido el grupo de los individuos, la comunicación de las ideas se hizo más necesaria y frecuente, y multiplicó sus gestos y sus gritos de emoción. Al mismo tiempo, ya queriendo atraer y encantar al otro sexo, por la variedad y la melodía de las emisiones de su voz, ya procurando reproducir exacta y completamente todos los ruidos y gritos que oía; ó más probablemente, de uno y otro modo, su voz tomó gradaciones más delicadas y más variadas entonaciones. Porque ¿ cuáles son los gritos que han perdido su violencia y su acento de salvajismo bestial, mejor articulados (1) y acompañados de más variados tonos ? Interjecciones.

Las interjecciones y los sonidos y ruidos imitativos han sido las primeras palabras, la primera trama del lenguaje.

Que no se nos tache de establecer meras ó vagas hipótesis basadas en lejanas inducciones ! Lo ocurrido en lo pasado, ocurre aún en nuestros días. Las comunicaciones entre el francés y el inglés en Crimea, han consistido principalmente en gritos interjectivos, repetidos con expresiva énfasis y un considerable número de gestos. M. B. Tylor no hace sino resumir observaciones de tiempo atrás conocidas al asentar que " los salvajes poseen en alto grado la facultad de expresar directamente sus ideas por tonos sentimentales é interjecciones; facultad que implica la de reproducir los sonidos que ciertas emociones les sugieren espontáneamente. Esos tonos sensitivos y esas interjecciones les sirven para expresar ideas; y se introducen en forma de palabras en la lengua gramatical. Ellos poseen, pues, eminentemente el medio y la facultad de crear el lenguaje."

(1) ¿No decimos aún gritos extremadamente violentos, no obstante el no ser articulados ?

Esta observación nos conduce á verificar la solución de la tesis que nos ocupa, abordándola por su lado opuesto.

Hemos tomado el lenguaje en su punto extremo de partida; y comprobado desde luégo que los gestos y los movimientos de la fisonomía eran los medios de expresión natural y fundamental de todos los seres; que éstos medios, desarrollados entre los salvajes, sobre todo, se ofrecen en las mismas condiciones y bajo el mismo aspecto en el hombre y en los animales vecinos; y que el producto espontáneo de emociones, de la naturaleza de las cosas que obran sobre el individuo, y del estado reactivo del organismo, se halla en un vínculo de necesidad con los sentimientos y las ideas que traduce exteriormente. Hemos probado en seguida que la expresión por la emisión de la voz, común al hombre y á los animales, depende de esa actitud de todo el cuerpo que deja ver, casi forzosamente, los sentimientos y las ideas que lo agitan. Esta dependencia es lo que constituye el tono de la emoción. Las interjecciones *ah! oh! hi!* cambian de sentido según ese tono, y ese tono se armoniza con la expresión de la actitud de donde él mismo procede. Esta dependencia es sorprendente sobre todo en la risa. "La risa acompañada de una fisonomía grave, desdeñosa ó sarcástica, es del todo diferente de la que expresa una cara jovial." (Tylor).

Hemos demostrado á la vez, que había signos evidentes de comunicación de ideas por la voz entre el hombre y los animales; y que el valor expresivo de los primeros sonidos y ruidos emitidos por el uno y los otros, era análogo en el fondo. Seguíase, que los gritos sentimentales é imitativos eran también, por el intermedio, en cierto modo del tono sentimental, medios del órgano vocal y de la actitud del cuerpo en cierta relación de necesidad, con los sentimientos y las ideas que transmitían. Hemos visto, en fin, al hombre perfeccionando su voz, transformar sus gritos en variadas interjecciones y crear al cabo el lenguaje, desde el día en que su estado social y su inteligencia, suficientemente desarrollados, reprodujeron sus propios gritos é interjecciones; y sus gritos imitativos, los ruidos y so-

nidos que oía, con la mira consciente de comunicar á sus semejantes los sentimientos de que los primeros habían sido la traducción espontánea, y que los segundos habían despertado en él mismo.

Es en efecto, y sobre todo, por la reproducción calculada de los gritos imitativos, que, como lo hemos dicho, se ha revelado el primer esfuerzo de una inteligencia y de una conciencia verdaderamente humanas. Se volverían á encontrar probablemente por donde quiera, vestigios de esfuerzos semejantes en algunos animales vecinos.

Ahora, vamos á tomar el lenguaje en su punto de arribo; y á averiguar qué testimonios lleva aún en sí mismo de este ínfimo origen. Por este lado es que, además de los naturalistas, todo el mundo ha abordado la cuestión; por más que no siempre se haya hecho con el mismo método. El único que se ha aplicado con fruto en estos últimos años, es el que formulaba ya el Presidente de Brosses en el pasaje reproducido en nuestro capítulo primero. El había comprendido, desde luégo, y sin las pruebas que hemos producido al abordar la cuestión de otra manera, que el lenguaje no podía ser la obra de una "razón presente á sí misma" y el resultado de un propósito entre seres que aun carecían de medios para comunicarse sus ideas. El había comprendido que, en consecuencia, se había formado, en cierta manera, mecánicamente, por un efecto necesario y forzado de las relaciones que se trataba de descubrir.

"El uso de las palabras, dice al principiar su obra, consiste en expresar por la voz lo que el alma humana ha recibido por los sentidos; en representar de nuevo hacia fuera lo que está dentro, y que de afuera había venido: el objeto exterior y físico; la impresión que su imagen trae y deja al cerebro; la expresión de esta imagen por un sonido vocal, que se le refiere real ó convencionalmente; la pintura de ese mismo sonido, fijada por caracteres que le dan permanencia, que muestran á la vez el objeto, la idea del objeto, y la expresión vocal de la idea, al mismo tiempo en que todo esto está ausente. ¡Qué de cosas lejanas, incoherentes, inconciliables según parece, y reunidas, sin embargo, en muy

reducido punto y por medios muy pequeños en apariencia! ¡Qué de maravillas, que por haberse hecho comunes, no impresionan ya sino á los que se aplican á considerar de cerca el juego admirable de los resortes de una mecánica tan completa en sus efectos, tan sencilla en sus principios, tan extensa en sus progresos y tan natural en su operación! ¿Cómo han podido tantas líneas tan divergentes entre sí encontrarse en un mismo centro? ¿Cómo el sér real, la idea, el sonido y la letra, cuatro cosas de tan opuesta naturaleza, y que parecen tan poco conciliables, han podido acercarse tánto? Dejo á un lado la transmisión al alma de los objetos corporales, porque eso pertenece á una metafísica más elevada que la que aquí nos ocupa. Pero ¿qué relación entre la idea y el sonido vocal, tan diferente de la idea, tan diferente del objeto, producido por el movimiento material de los órganos situados en la boca? ¿Qué relación entre el sonido invisible, móvil, aéreo, y la pintura literal, fija y visible?

"Su reunión en un mismo punto prueba que á pesar de su desemejanza, se tocan por un vínculo secreto, principio necesario de la fábrica de las palabras y que se trata de descubrir."

El se ha asegurado de que no se engañaba, al comprobar en las diversas familias sonidos semejantes para expresar ideas semejantes ó análogas. Porque esos sonidos, primitivo material de la palabra, conducen justamente á asignar como origen al lenguaje las interjecciones, los sonidos y los ruidos imitativos.

M. B. Tylor se expresa así sobre eso:

"Demuéstrase que toda lengua contiene sonidos naturales, articulados y directamente inteligibles. Esos sonidos presentan un carácter interjectivo ó imitativo, y su significación no proviene de herencia ni de importación, sino que se debe á un paso directo del mundo de los sonidos al mundo de las ideas. Como los gestos mímicos en sí mismos llevan su significación, independiente del lenguaje particular de que se use. La observación de ese hecho ha dado origen á la teoría que considera los so-

nidos expresivos de esa especie como los principios constitutivos y fundamentales del lenguaje. La gran masa de las palabras, según esta teoría, la gran masa de todas las palabras de toda lengua, sería el resultado de las adopciones y variaciones que han sufrido esos sonidos primitivos en el curso de los siglos; lo que explicaría que ya no es posible conocer el vínculo que ata al sonido con la idea que expresa. Y esta teoría es la que, formulada desde la antigüedad clásica, ha adquirido la amplitud de un sistema en un poderoso pensador del siglo XVIII, el Presidente Carlos de Brosses. Y ha sido agrandada y fortificada en nuestros días por toda una escuela de lingüistas y en particular por Hensleigh Wedgwood."

M. B. Tylor mismo, aun vacilando en creer que esa teoría pueda explicarlo todo, reúne en su favor "nuevas pruebas prestadas á las lenguas de las razas salvajes y bárbaras." Se puede demostrar, dice, de la manera más rigurosa, que la teoría del origen del lenguaje, formado por sonidos naturales y directamente expresivos, explica un número considerable de los vocablos existentes; y es probable que si pudiéramos seguir con más exactitud la historia de las palabras, ella aun nos explicaría mucho más.

Y reproduce el argumento del Presidente de Brosses: "Si muchas lenguas que no sería posible alinear en la misma familia, se entienden para expresar alguna noción por un sonido particular que puede mirarse como de naturaleza interjectiva ó imitativa, y tan diferentes lenguas han adoptado, cada una por su parte, las mismas palabras para expresar las mismas ideas, ¿no tenemos razón para creer que esas palabras eran perfectamente apropiadas al sentido que se les había atribuído?"

Vamos á seguir en este género de investigaciones al mismo M. B. Tylor. Los hechos reunidos por de Brosses y la mayor parte de los otros, tomados con frecuencia de las lenguas literarias, no son quizá siempre los mejor escogidos.

Las lista de los sonidos y de los ruidos comunes á las razas que hablan las más diversas lenguas, no es cosa fácil

de hacer de una manera completa y aun sería interminable. Es demostrado que en su mayor parte son de naturaleza interjectiva ó imitativa, por el mismo hecho de su semejanza.

El suspiro de los yolofos, que se escribe *hhihhe*, se halla en inglés bajo la forma *heigho*! y en griego y en latín *ἐἐ! ἐἐ! heu! heu!* El *wah! wah!* de asombro de los orientales, aparece en la América en el *hwah, hwah-wa* de la jerga chinuk.— " Lo mismo en las clases populares de Venezuela, con la modificación ortográfica de *guah*!"—Cuando, por otra parte, las interjecciones que sirven para expresar los mismos sentimientos no son idénticas en las diferentes lenguas, no por eso dejamos de comprenderlas ; lo cual proviene de la entonación y de la expresión de la fisonomía con que se las pronuncia.

El sonido *m'm, m' n* producido con los labios cerrados, es la expresión evidente del hombre que quiere en vano hablar. De aquí las palabras *mum* y *motus*, que sirven para imponer silencio en inglés y en francés, lo mismo que una serie entera de palabras imitativas. (1) *Mamú* quiere decir en Otatiano *guardar silencio.* Rochefort describe á los caribes, oyendo el discurso de su jefe en un respetuoso silencio y demostrando su aprobación por un *hun-hun*! exactamente como en la misma época (siglo XVII) una congregación inglesa saludó á un predicador popular.

El gesto de soplar es aún una expresión familiar de desprecio y de disgusto; y cuando se vocaliza, produce interjecciones labiales que se escriben: *pah, bah, pugh, pooh*; en galo *pow!* en bajo latín *puppup*, y entre los salvajes de Australia *paoh!* A estas interjecciones corresponden numerosas palabras imitativas, tales como el malayo *puput*, soplar. Se transforman en el movimiento que acompaña la acción de gargajear, y este movimiento da origen á las interjecciones dentales t,' t,' t,' en inglés *tut-tut*, de

(1) Zulú, *momata*, remover los labios ; chileno, *nomú*, hacer silencio ; quiché *mem*, silencioso, de donde se deriva *memer*, volverse mudo ; &c, &c.

donde proviene de nuevo una serie de verbos imitativos como el taitiano *lutuá*, gargajear, y el chileno *tuvcutun*.

Hé aquí, pues, emisiones interjectivas que tienen por doquiera el mismo sentido, y cuyo valor no es convencional bajo ningún aspecto. Todas las palabras que de ahí se derivan por simple imitación más ó menos afortunada, y más ó menos alterada por el tiempo, no ofrecen, al contrario, por doquiera, igual similitud en el sentido ni en el sonido; y no son ya, como ellas, de formación primordial y espontánea. Su vínculo con el pensamiento es menos estrecho, y, por decirlo así, menos natural y necesario; y vienen á ser más susceptibles de aplicaciones analógicas. De expresivas como aun lo son, por el origen imitativo y por sus elementos sentimentales, tienden á convertirse en puramente significativas. Un grado más, y la tradición va á ser indispensable para conservar y transmitir el sentido y la forma.

Tomamos aún de M. B. Tylor toda una serie de hechos del mismo género.

El grito de angustia de las mujeres fidjianas *oilé*, ha dado origen al verbo *oile*, lamentarse. Y este verbo no carece de analogía con el *ululare* del latín y el inglés *to wail*, gemir. El galla *iya*, llorar, gritar, lanzar el grito de guerra, tiene sus análogos en el griego ἰά, ἰή, un grito ἰηϊος, un grito de dolor... En la jerga chinuck del noroeste de la América, cuyo estudio es tan fecundo para el objeto que nos ocupa, encontramos el verbo *kish, kish*, dos gritos del dialecto indio, empleados en el sentido de conducir ganado; y sobre todo, caballos. La imitación articulada de reir, *heehee*, viene á ser allí un término distinto y significa alegría ó diversión; como en *mamook heehee*, divertirse, es decir, *make heehee*, hacer *heehee;* y en *heehee huose*, una taberna, un sitio de placer. En las islas Tonga *ui*! posee á la vez el sentido de la exclamación *fi*! y del verbo gritar contra alguno. En la Nueva Zelandia *hé*, tiene primero el valor de una interjección que denota la sorpresa causada por un error; luego, por imitación de un nombre que significa *error, engaño*, y de un verbo que significa *errar, andar al revés*.

No es posible dejar de asegurar un origen interjectivo á la palabra copta *eiôiô*, tener un aspecto apenado, cuando entre los Carajas del Brasil, el diptongo *ei* tiene el sentido del adjetivo *penoso*. Lo mismo acontece en cuanto al verbo *hai-hai*, huirse, que está compuesto evidentemente de dos sonidos expresivos.

En la lengua quichua del Perú, *alalau*! es una interjección para quejarse del frío. De aquí ha venido el verbo *alalaulini*, quejarse de frío. Al fin de cada estrofa de los himnos peruanos al sol, se deja oir la triunfante exclamación *hayllì*. Dos verbos se derivan de ahí: *hayllini*, cantar, y *hayllicuni*, celebrar una victoria. Es realmente singular hallar el nombre de *hill* aplicado en los Pirineos á un grito particular muy prolongado, que está ciertamente en relación con un muy antiguo culto del fuego ó del sol. El grito de alegría de los Zulús, *halalá*, dar gritos de gozo, tiene de otra parte sus analogías con el *alalá* de alegría de los Thibitanos, en griego *αλαλα*, de donde ha venido el verbo *αλαλαζω*, dar el grito de guerra; y en el hebreo *hillel*, cantar alabanzas, de donde proviene nuestro *alleluya*. El Zulú, abrumado de calor, exclama: *hi-le-hi-lah*! *ha*! y por analogía expresa que el tiempo está ardoroso, con el auxilio de esta fórmula: *el tiempo dice ha-ha*. Lo mismo, de la expresión interjectiva *bá bá!* semejante al ruido de los labios, provocado por un gusto amargo, forma una raíz verbal que tiene el sentido de *ser amargo*, *picar*, *quemar*. En lengua galla *birr-djeda* tiene al mismo tiempo el sentido expresivo de *decir brr!* y el valor significativo de *estar espantado*.

Hay simples interjecciones que en ciertas lenguas toman, por un artificio gramatical, un valor general significativo y abstracto. Tal es la interjección *o*! en la gramática japonesa. Tiene el valor expresivo de un sentimiento de admiración ; y se la emplea delante de los sustantivos como prefijo de honor. Cuando alguno habla á sus superiores, coloca la *o* ante los nombres de todas las cosas que le pertenecen ; y la urbanidad exige que se coloque la *o* delante de los nombres de todas las mujeres ; y que

los niños bien educados la coloquen delante de los nombres de padre y madre, *ó toto, ó caca*, papá, mamá. Empléase también en las conjugaciones de los verbos ; y es más oportuno decir *ominahai matse*, ved, si os place, que el simple *minahai matse* plebeyo.

Es probable que por una extensión analógica del mismo sentido *oo* (colocado habitualmente delante del nombre de la capital *oo Yeddo*) ha venido á significar *grande*.

Entre los indios de la América del Norte, el *io* de admiración desempeña un papel del todo semejante. Así en mohawk, *garonta* significa árbol, y *garontio*, un árbol muy hermoso. *Ohio*, de la misma manera significa río magnífico; y *ontario*, bella colina.

A la ocupación del Canadá por los franceses, se nombró para Gobernador general de la Nueva-Francia á M. de Montmagny. Los iroqueses traducían su nombre por *ononte*, montaña; y añadiendo á esta palabra su subfijo admirativo *io*, formaron *onontio*, que, como el nombre de César, sirvió de título para cada Gobernador; mientras que al Rey de Francia se le reservaba el título aun más elevado de gran *Onontio*.

De Brosses había sostenido ya que el sonido primitivo de la palabra *no*, es una interjección nasal de duda y de disentimiento. B. Tylor demuestra, en efecto, que "existe una tendencia notable entre las lenguas más lejanas unas de otras y las más variadas, á emplear de una parte consonantes nasales para expresar *no*; y de otra parte sonidos vocales, con una pronunciación suave ó fuerte, para expresar *sí*. La fórmula afirmativa es en Australia occidental *i-i*, entre los darienes *e-e*; los clallams *a-ah*, en la Polinesia y la América meridional *ii! é!, ia! aio! io!*, etc., *h! heh! hü! hoeah!* El *sí* de los abipones de la América del Sur es *hee*, para los hombres; *haa* para las mujeres, mientras que su *no* único es *yna*, que se pronuncia con más fuerza. Entre las tribus brasileras, *sí* y *no*, se dicen en tupí *ayé!–aan! aaní;* en guato *ii–mau!* en jumana *aeae! maïu*, etc. El quichua del Perú afirma por *y! hu!* y expresa *no, nada*, por *ama! manan!* derivando de este último el verbo *manamni*, negar.

En África la lengua galla da *ee* por *si*; *hu*, *hin*, *hm* por *no*; el fernandino *ee* por *sí* y *n't* por *no;* el copto *eie ie* por *sí*, y por *no*, toda una serie de sonidos nasales *an*, *emmen*, *en*, *mmu*, etc. En fin, hasta en sanscrito (hi! sí, *na*, no) y en nuestras lenguas indo-europeas se puede verificar esta regla, casi sin excepción, que nos muestra un vínculo natural y forzoso entre sonidos articulados y su valor significativo, y nos da una prueba de la naturaleza primitivamente expresiva de todo el lenguaje.

Idénticas observaciones pueden hacerse con motivo de las sibilantes *s! sh! h'*, *sh!* Por doquiera la *s* interjectiva se emplea para imponer silencio ó impedir pasar adelante; y por doquiera entra en la composición de las palabras destinadas á expresar sentidos derivados. Así, se la emplea para impedir hablar, ó para silbar, ó para impedir adelantar, *hushsh* entre los indios Siux; *hushst! wisht! hist!* en inglés; *ust* en galo, *tyst* en sueco, *st* en ruso, *sûsa* en turco, *ss!* y *sos!* en oseta, *stop* en francés, *iss* entre los veddahs de Ceilán, etc. De estas interjecciones han provenido ciertamente el verbo hebreo *sharak*, silbar, y el verbo inglés *to hush*, que ha tomado el sentido de calmar; el griego σιγάω, imponer silencio; el latín *silere*; el gótico *silan*, estar silencioso. El sonido *pu* tiene igualmente un sonido uniforme entre las razas inferiores. Los Zulús llaman carne *pu* la que tiene un mal olor. La lengua de Timor tiene *poop* por pútrido; la lengua quiché *puh*, *poh*, corrupción, de *pus; pohir*, dañarse, echado á perder; *puz*, podredumbre; la lengua tupí, *puxi*, sucio. Estas palabras pueden aproximarse al latín *putridus*, al francés *puer*, *puant*, etc., y la palabra *o-pun-pun*, nombre de la mofeta entre los pueblos de Colombia, y nombres semejantes de animales que huelen mal; el sanscrito *putikâ*, gato algalia; el francés *putois*. Nuestros niñitos pronuncian espontáneamente el sonido *pu*, ó su equivalente *pf*, y aun el sonido *ba-ba*, *babak* y les dan el mismo sentido que los *Zulús*. Expresan así su disgusto por tales cosas, que al mismo tiempo designan con el dedo, ó que estas cosas son malas ó sucias. Esta es una prueba de más, y no de las menos decisivas, del hecho que, además, nadie pone en duda, de que las

interjecciones son gritos naturales dulcificados en relación directa con las impresiones. Bien ! son esos gritos, esas interjecciones que el hombre se ha limitado á imitar para expresar los sentimientos derivados y más complejos, cuando no introducía directamente estas mismas interjecciones en su lenguaje, con un sonido que, de analogía en analogía, acababa como la *o* de los japoneses, por hacerse general y abstracta. Las observaciones que acabamos de referir son bastante numerosas para no dejar duda á este respecto en el espíritu de nadie.

Sin embargo, esas observaciones se refieren exclusivamente á la imitación por el hombre de sus gritos sentimentales. Él ha imitado de una manera idéntica y con el mismo objeto los ruidos producidos por él mismo, y todos los ruidos que oía, tales como las aclamaciones, aullidos, choques, desgarramientos, fracturas, frotamientos, &c., y en fin, los gritos de los animales.

Los gritos que sirven para llamar los animales domésticos tienen una forma interjectiva; y algunos apenas son puras interjecciones. Tal es el viejo grito alemán *schû ! schú* para espantar los pájaros, y nuestro *sch !* que tiene el mismo sentido, bien que más extenso. Tales son también las voces de los carreteros á los caballos, en inglés *gee*, en francés *hue et diá hue*. Es curioso observar que en los dos países los niñitos se sirven de esas interjecciones para designar los caballos. Los inglesitos dicen *gee ! gee !* y los francesitos *diá* y después *dadá*.

Con frecuencia estos llamamientos á los animales son alteraciones de palabras significativas; nombres antiguos ó nombres actuales de los mismos animales.

Tal es el *gös ! gös !* alemán, para llamar los gansos; el *ps ! ps !* tcheco, para llamar los perros, que viene de *pes*, que significa perro. Tal es también el *puss ! puss !* inglés, para los gatos, que han debido traer consigo este nombre á Europa, porque se le encuentra en irlandés *pus*; en gaélico, *puis*; en afghan, *pusha*; en persa, *pushak*. De la misma manera se ha introducido recientemente en los países en que los ingleses han introducido el gato; en las islas Tonga, *boosi*;

entre los indios del noroeste de la América *push, pish, pish.* En la jerga chinuk el cuguar se llama *hyas, puss—puss,* gran gato.

Pero entre esos gritos, los hay que son una imitación transparente de los gritos mismos de los animales. Tal es el *pipi! tiet tiet!* de los Australios para los polluelos; el *kauter-kaut,* de suabia, para los pavos; el *baaing,* de los pastores indus, para las ovejas. En este género de palabras la imitación es, por decirlo así, flagrante. Una enorme masa de nombres de animales está absolutamente en este caso. Por ejemplo, *rol-rol,* alondra en yakama; *ecio,* asno en copto; *maú,* gato en chino; *peewit,* avefría en inglés; *grolle,* urraca y cuervo en dialecto Poitou; *cucu, cuckoo,* en inglés, &c.

Pero en general, para asegurarse del origen imitativo de la mayor parte de las palabras sin que pueda oponerse cosa alguna en contrario, se sigue el mismo método que respecto de aquellas de que suponemos el origen interjectivo ó sentimental. Nada se deja á las apreciaciones individuales, demasiado sujetas á error; y aun menos á las complacencias de un oído prevenido. Se averigua si los hechos se cumplen en las condiciones que deben determinar invariablemente su naturaleza. Se compara cierto número de lenguas completamente distintas en su sistema general como en sus materiales; y en esas lenguas, las palabras de una naturaleza imitativa. Si algunas de esas palabras, bien que aparentemente en diversas lenguas, se ven concordar, esa concordancia no podrá atribuírse sino á la uniformidad del principio de su formación similar bajo la impresión de sonidos semejantes que el hombre ha venido al fin á imitar con elementos vocales casi idénticos á ruidos análogos. Y así encontramos toda una serie de palabras, cuyo carácter imitativo no es posible poner en duda. Pero son naturalmente las palabras imitativas más simples las que se hallan más directamente en relación con los sonidos de donde provienen; ó las que provienen de los sonidos más fáciles de imitar y menos variables.

El mauchú *pata-pata,* el francés *patatra,* el australio *badbadin,* el indostani *bhadbhad,* palabras todas que expre-

san la acción de caer, asignan un origen imitativo á la raíz sanscrita *pat*, caer. Si se reúnen las palabras que tienen el valor significativo de *soplar* y de *soplante*, tenemos: en dialecto Poitou, *buffer*, y de ahí en francés *bouffée*, en inglés *puffing* y *fuffing*, en malayo *puput*, en tongano *buhi*, en mahorí *pupui*, en australio *bobun*, en galla *bufá*, en zulú *futá*, *pupuzá*, en quiché *pubá*, en fines *puhkiá*, en hebreo *puach*, en danés *puste*, en lituanio *púciu*, en caribe *phombäe*, &c. (Wedgwood, orig. of lang. pág. 33).

Todas encierran una sílaba imitativa; y todas estas sílabas son equivalentes (*pu*, *puf*, *bu*, *buf*, *fu*, *fuf*). ¿Cómo dudar de su origen imitativo? Ellas nos dan, además, un ejemplo notable de la manera con que las palabras, desde luégo indirectamente expresivas, se han hecho significativas á consecuencia de aplicaciones por analogía y por la manera con que pierden por la mayor parte su sentido natural para tomar un sentido hereditario y tradicional. Así, los salvajes al ver los fusiles europeos, que en apariencia no lanzaban sino humo, los nombraron con el sonido *pu*. Los insulares de las islas de la Sociedad supusieron que se les soplaba interiormente; y los llamaron *pupuhi*, del verbo *puhi*. Los Neo-zelandeses los llamaron simplemente *pu*; los Amaxosas del sur del Africa *um-pu*, &c. La jerga chinuk emplea *mamuk-pu* (hacer pu) para tirar; y *tohum-pu* (seis pu) para un revólver de seis tiros.

Hé aquí otras aplicaciones analógicas de la sílaba *pu*, imitativa del movimiento de soplar. En australio, *pu-yu pu-yu* significa humo. El quichua da por encender fuego, *puhucuní*, por inflar *punquiní*, por una nube, *puyú*, *puhuyú*; en mahorí, por inflar *pukú*, por jadear, *pukú*, &c. En zulú, *pukú*, *pukupú* significa espumoso, espuma; y de ahí, *pukupukú* es decir, un individuo vacío é inflado; *pupumá*, hervir; *fu*, una nube; *fumfú*, balanceado como las altas yerbas por el viento, y de ahí *funfutá*, hallarse conturbado, en desorden; *futó* soplete; *fubá*, el soplo, el pecho, y figuradamente el seno y aun la conciencia. (1) Este último ejem-

(1) El zulú nos da aún las curiosas palabras imitativas siguientes: *bibizá*, babear; *bebá*, charlar; *bululá*, zumbar; *lubulelá*, enjambre de abejas, y por analogía, multitud excitada, &c.

plo es tanto más curioso, cuanto entre nosotros es también el soplo el que ha servido para denominar el espíritu, el alma. Hé ahí cómo de analogía en analogía caminan las palabras de más sencillo origen; cómo una sílaba enteramente desnuda, un grito imitativo, puede llegar lentamente á imitar las cosas abstractas del orden más elevado.

La jerga chinuk formada de préstamos hechos á los indios y á consecuencia de esfuerzos de indios y de blancos para entenderse, nos muestra el proceder imitativo bajo una forma totalmente primitiva: *ho'h-hoh*, tronar, *Kwa-lal Kwalal*, galopar *momuk tsich*, amolar, aguzar, &c.

En algunas palabras imitativas muy sencillas y de un origen incontestable encontramos diferencias, bien que sean imitaciones de ruidos idénticos. Estas diferencias dependen del desarrollo del órgano y del material de los sonidos articulados. Así, el ruido del cañón, que imitamos por la palabra *buum*, los australios lo imitan por la palabra *tup*. Los Karenos imitan el murmurio de los espíritus en el soplo del viento por *re, re, ro, ro*. Ciertos herejes budhistas han imitado el ruido del agua que hierve por los sonidos siguientes: *chichitá, chití-chitá*; y ese ruido les ha parecido un signo de vitalidad. De aquí una gran controversia teológica para saber si debería beberse el agua fría ó caliente. El canto del gallo es imitado en yuruba por *kokló*; en ibo por *okokó*, en zulú por *kukú*; en finés por *kukkó*; en sanscrito por *kukkutá*, &c.

A pesar de diferencias secundarias, la analogía ó la semejanza aún subsistente, de un gran número de palabras de origen imitativo en diferentes lenguas, no es contestable. Es de la imitación del ruido de gargajear que viene el verbo gargajear; porque el sanscrito *t'hût-hû*, el persa *thu kerdam*, hacer *thu*, gargajear, el griego πτυω, pueden compararse al chinuk *mamuk toh-tuh*, hacer *toh-tuk*; al chileno *tuvcutun*, hacer *tuv*, al taitiano *tutuá*, al galla *tcu*, al yarubo *tu*; palabras todas que tienen el mismo sentido. De la misma manera de la raíz verbal sanscrita *kchu*, estornudar, se ha formado el chileno *echiun*, el quichua *achhiní*, el *terha-ai*,

el *haits-chu*, el *achian*, el *natschuné*, el *aritischuné* de las tribus brasileras.

Nuestro verbo comer, que parece tan poco susceptible, tiene, sinembargo, un origen imitativo. Nuestros niñitos dicen espontáneamemte *mem'*, *mem*, *mum'*, *mum'* y aun *niam*; los niños chinos dicen *nam*, los ingleses *nim*. Y comer, se dice entre los negros de Surinan *nyam*; en australio *g'nam ang*; en susú (Africa) *nim-nim*. En zulú, *nambitá* significa imitar el palmoteo con los labios, después de haber comido; gustar, ser de buen sabor; y por analogía, ser grato al espíritu. En sueco un pedazo delicado se llama *namnam*.

La simple imitación del ruido de *romper* ha venido á ser el verbo inglés *to crack;* y se habla de una taza *cracker*, de una reputación *cracker*, sin pensar en imitar un sonido. El francés *craquer*, el aleman *krachen*, tienen además el mismo origen. En sanscrito, sierra se llama *kra-kra* y *kra-cachá*; que grita *kra*. El mismo sentido ha dado nacimiento á *kra-krá*, carraca de un guarda en Dahomey; en *grika*, sierra, en grebo, *chachá*, sierra; en aïno, en *karat*; crugir los dientes en malayo, &c. Toda una familia de palabras peruanas vienen de la imitación del ruido de romper, por el sonido gutural *cca*, *ccatatani*, crugir los dientes; *ccalani*, romper; *ccaeniy*, rayo; *ccaccaccahay*, tempestad.

No se creería que el nombre sanscrito del cuervo, *káka*, es una simple imitación de su grito. Y sin embargo, se encuentra idénticamente el mismo nombre *káh-kak*, aplicado á un pájaro análogo en la Colombia inglesa. Lo mismo, el nombre australio del abejón, *bumberú*, es en todo semejante al nombre sanscrito *bumbharáli*, al griego *Βομβυλιος* y al inglés *humble-bee*.

Pero debemos detenernos.

Por lo demás, está harto demostrado que por efecto de un hábito ya familiar á los animales vecinos, ha formado el hombre los elementos de su lengua, é introducido en ella sus gritos naturales é interjecciones, imitándolos é imitando los gritos de los otros animales, sus propios ruidos, y todos los ruidos de la naturaleza, con el auxilio de su aparato vocal, más ó menos flexible y más ó menos rico en variadas

entonaciones. Antes de terminar, señalaremos únicamente el proceder imitativo, que consiste en la reduplicación de las mismas palabras para dar la idea de la intensidad de la duración ó de la repetición (botocudo : *hu-hu-hu-gichá*, chupar ; *Kiaka-këck-këck*, mariposa ; quichua, *chiuiuiuinichí*, viento que sopla á través de los árboles ; tamil, *murumurú*, murmurar ; australio, *wirriritĭ*, tronar, *pitapitatá*, golpear, etc.) después, el proceder imitativo que consiste en graduar los sonidos vocales para expresar las distancias : (javanés, *iki*, esto (muy cerca), *iká*, eso (á alguna distancia); *iká*, aquello (más lejos); japonés, *ko*, aquí; *ka*, allá ; magyar, *ez*, esto ; *az*, aquello, etc.)

CAPÍTULO VII.

ALTERACIÓN Y DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA EXPRESIVA DE LAS PALABRAS ; EXTENSIÓN DE SU SENTIDO ; Y CRECIMIENTO DEL LENGUAJE POR LA LEY DE LAS NOMENCLATURAS ANALÓGICAS.

RESUMEN.

Riqueza relativa de los vocabularios.—Su pobreza primitiva y pobreza de las lenguas actuales de los salvajes.—De la imitación como origen del lenguaje y de las aplicaciones analógicas como modo de sus divergencias y de su crecimiento.—Observación de M. Taine.—Otra observación de la aplicación analógica hecha espontáneamente por una niñita.—Conclusión de M. Taine sobre el modo de la formación del lenguaje.—Que en el origen no ha habido concepciones generales.—Naturaleza puramente concreta del lenguaje primitivo y de las lenguas inferiores actuales.—Ilusión de los filósofos para quienes las raíces verbales abstractas son el punto de partida del lenguaje.—Naturaleza de las analogías, superficiales, fugitivas, falsas y absurdas que han presidido y que presiden á la alteración y á la extensión del sentido natural de las palabras.—Que la separación primitiva á la multiplicidad original tiene su razón en la ausencia de toda tradición propia para entrabar esas rápidas alteraciones.

La imitación de los gritos naturales de los sonidos y de los ruidos del hombre mismo y de todos los seres y de

todos los objetos de la naturaleza ¿ ha bastado para constituir el primer material del lenguaje ? ¿ Y por qué proceder, y con el auxilio de ese principio tan simple y rudimentario, al cual los animales vecinos, como el perro, los pájaros, los monos sobre todo, obedecen instintivamente, ha llegado á expresar el hombre todas las ideas que abraza ? Ya lo hemos indicado incidentalmente varias veces. Pero, antes de estudiarlo más cumplidamente, nos importa hacer observar que la dificultad es mucho menor de lo que parece, porque no tenemos que darnos cuenta de la formación de nuestras lenguas, tan complicadas y ricas. El filólogo ha estudiado largo tiempo su modo de crecimiento ; y se sabe, y hemos insistido sobre ese punto, que él deriva con certidumbre todas sus palabras de un corto número de raíces. Ellas se han aumentado, por decirlo así, á la luz de la historia ; se han multiplicado por las combinaciones de un pequeño número de sílabas primitivas.

Se han contado en el chino de 48,000 á 70,000 palabras, que se pueden reducir á 450. Todas las palabras hebreas se derivan de 500 raíces. Y sucede otro tanto, según lo hemos observado, con todas las palabras de las lenguas indo-europeas.

Según la estimación de algunos observadores, la mayor parte de los aldeanos de la Europa no conocen casi más de 300 palabras.

El niño, antes de la edad de diez años, expresa sus sentimientos y pensamientos en esa forma cándida y franca que posée tantas gracias, con el auxilio de sólo unas 300 palabras. Max Müller dice que un inglés bien educado, que ha estado en la Universidad, que lee la Biblia, á Shakspeare, el *Times* y los 19 vigésimos de todos los libros publicados en Inglaterra, se sirve raramente en la conversación de más de tres ó cuatro mil palabras.

Shakspeare, que se distingue entre todos los escritores por la gran variedad de sus expresiones, ha escrito todas sus piezas teatrales con sólo unas quince mil palabras. Voltaire y Gœthe, en sus voluminosas producciones, no han tenido que recurrir á más de veinte mil palabras. Las obras de

Milton no contienen sino ocho mil; "y el Antiguo Testamento nos dice cuanto hay que saber en sólo 5,642 palabras."

No son éstos realmente números muy importantes; y si se compara á esos vocabularios los vocabularios de los salvajes, no podrá menos de asombrarse uno de su extremada pobreza.

Los Hos de la India central, según el Coronel Dalton, no conocen los términos afectuosos. El lenguaje de los Alonquinos, uno de los más ricos de la América Septentrional, no contenía el verbo "*amar*;" y cuando Elliot, en 1661, tradujo la Biblia en aquel idioma, se vió obligado á inventar su equivalente. Los indios Chinné del otro lado de los Montes rocallosos, no tenían término equivalente á "querido" ó "bien amado." Quise, dice el General Lefroy, hacer esto inteligible á Nanette, suponiendo una expresión semejante á "mi querida esposa," "mi querida hija." Cuando por fin me comprendió, me respondió con mucha énfasis: "Jamás dicen eso, dicen: mi esposa, mi hija." (Lubbock)

Lichtenstein cita, como notable ejemplo de ausencia total de civilización entre los Bojesmanes, el hecho de que "no tienen nombres propios; y que no parecen comprender que les falte algo para distinguir á un individuo de otro." Las tribus brasileras, según Spix y Martius, tienen palabras para indicar las diversas partes del cuerpo, y los animales y las plantas que conocen bien; pero los términos "calor, tono, sexo, género, espíritu, etc.," les faltan absolutamente.

El lenguaje de los Veddhas de Ceilán es muy pobre. No contiene sino los términos absolutamente necesarios para la descripción de los objetos más notables, que entran en el curso de la vida diaria del mismo pueblo. "Su dialecto es tan grosero y primitivo, que se necesita el empleo de perífrasis muy singulares para describir las acciones y los objetos más ordinarios de la vida."

En las lenguas de la América del Norte, entre los Tasmanios, etc., no existía término bastante general para indicar un árbol. No hay entre los primeros palabra que indique encina; bien que cada especie de encina, la negra, la blanca, esté allí indicada por un término particular.

Tales ejemplos tienden á demostrar, sobre todo, la ausencia de términos elevados, generales ó abstractos en las lenguas de los salvajes; y de los términos de aquel género que nos son aún los más familiares. Su vocabulario, como su espíritu, no se eleva más allá de las impresiones y de las necesidades más sencillas; y permanecen extraños á la expresión de los sentimientos delicados. Pero todo esto no es sino la misma prueba, así de la pobreza del vocablo como de la pobreza del entendimiento. Mostrado hemos ya ciertamente las más concluyentes pruebas de esto, presentando á los salvajes incapaces de expresar sus ideas de una manera siquiera continua sin el socorro de una multitud de gestos. Sobre el particular podrían llenarse aún sendas páginas; pero sería inútil. La extrema pobreza del lenguaje de los salvajes se ha reconocido siempre. Sin embargo, aun citaremos hechos referentes á su impotencia para concebir los nombres, y á su desnudez mayor aun en punto á nombres, para los pocos nombres que conciben con el auxilio de representaciones mímicas.

Según Lichtenstein, los Bojesmanes no pueden contar arriba de dos. Spix y Martius comprueban el mismo hecho entre los indios del Brasil. En el vocabulario purú no se hallan sino los tres nombres de numeración siguiente: 1, *omí;* dos *curirí*; tres ó mucho *pricá;* en el vocabulario botomdo: 1, *mokenam*; 2 ó mucho, *uruhú*. Sucede lo mismo entre los Tasmanios: 1, *parmery*; 2, *calabawa*; más de 2 ó mucho, *cardia*, etc.

Los habitantes del cabo York, Australia, cuentan así: uno, *netat*; dos, *naes*; tres, *naes-netat*; cuatro, *naes-naes*; cinco, *naes-nacs-netat*; seis, *naes-naes-naes*, etc.; nada más, porque así, no pueden ir muy lejos.

M. Beveridge dice, hablando de las tribus que habitan el curso inferior del Murray: "No tienen sino dos adjetivos numerales "*ryup*" y "*polití*." *Ryup* significa uno, *polití* dos. Para expresar cinco, dicen: "*ryup murnangin*" ó una mano; y para expresar diez, *polití murnangin*" ó dos manos (—"por el número de los dedos."—)

No es en el origen, y aun hoy mismo por la re-

presentación mental de los dedos, de los piés y de las manos, es que entre los salvajes se ha formado y se forma la concepción de los números más allá del dos. Hay sistemas de numeración en gran número que dan aún testimonio de este hecho. Así, los indios Zamacás y Muiscas, dicen por cinco "*mano completa*"; por seis, "*uno de la otra mano*," es decir, tomando un dedo de la mano; para expresar diez, dicen: "*dos manos completas*"; ó algunas veces, *quichua*, pie. Once se expresa por "*pie-uno*," etc; veinte, "*pies completos*," ó algunas veces: "*hombre*."

Esos medios primitivos de expresión; esa pobreza de recurso en la expresión articulada; esa ausencia de toda idea abstracta y de toda concepción general, absolutamente contrarias ya á todas las falsas declamaciones sobre el ejercicio maravilloso de las facultades del hombre en la creación del lenguaje, bastarían ya para probarnos, si cuanto hemos dicho no hiciera superflua esta prueba, que es, por decirlo así, en su misma sencillez que debemos hallar una garantía de la exactitud y de la legitimidad en los procedimientos de la formación del lenguaje; porque ¿qué procederes más sencillos que los que hemos expuesto? El hombre imita sus propios gritos; imita los de los otros seres de la naturaleza por una tendencia imitativa que tiene sus raíces en la misma animalidad inferior. Después reproduce sus imitaciones más ó menos adecuadas con determinado objeto de expresión, y así se ha formado el material del lenguaje.

Después, en fin, sus necesidades de expresión, extendiéndose con el desarrollo de su estado social y de su inteligencia, las menores analogías de sentido ó de sonido le hacen aplicar las palabras ya proporcionadas por la imitación á objetos de naturaleza frecuentemente diversa; ó se las hacen modificar para imitar ruidos sin conexión con los que les habían dado origen.

Estas aplicaciones analógicas son las que han dado significación á las palabras antes expresivas apenas; que han introducido la convención inconsciente en la formación del lenguaje y creado la tradición para su conservación y

desarrollo. La necesidad de comparar y la facultad de tomar las analogías que son la fuente de los progresos de las ideas, han sido la causa de la extensión del sentido de las palabras y del vocabulario.

M. Taine parece haber comprendido particularmente bien la importancia de su papel; y esto, á consecuencia de la siguiente observación, hecha en una niñita y publicada en la *Revista Filosófica* (Enero 1876).

"Ella ha formado espontáneamente *mm*, soplando con ruido con los labios cerrados; esto la divertía y era para ella un descubrimiento. Lo mismo para el sonido *Kraaau* (Krooo), pronunciado con la garganta y con profundas guturales. La misma observación, para el sonido *papá, papá*, que ha emitido muchas veces al acaso y de sí misma; que se le ha repetido cien veces para fijárselo en la memoria y que concluyó por decirlo voluntariamente con una ejecución fácil y segura, siempre sin comprender el sentido, como un simple gorjeo que la complace. En suma, el ejemplo y la educación no han servido sino apenas para llamar su atención sobre otros sonidos que ya ensayaba ó inventaba por sí misma, á provocar su repetición ó su complemento y hacerlas surgir y sobrenadar en la multitud de otros sonidos semejantes. Pero la iniciativa era de ella enteramente. Durante muchos meses ha ensayado todos los movimientos de los brazos, la flexión de la mano en el puño, la aproximación de las manos, &c. Después y tras enseñanzas y ensayos ha logrado batir las manos como se le ha enseñado, exclamando *bravo*, &c.

El ejemplo, la enseñanza, la educación, no son sino canales que dirigen: la fuente está más arriba. Para convencerse de ello, basta oír su gorjeo durante una hora, que es de una asombrosa flexibilidad; y estoy persuadido de que todos los grados de emoción, asombro, alegría, contrariedad y tristeza, se traducen allí por variedad de tonos; y que en esto, imita y aun supera á una persona adulta. Si la comparo á los animales, aun á los más bien dotados, en este sentido (perro, loro, pájaros cantores), hallo que

con una suma de sonidos menos extensa, (1) los supera también en mucho por la finura y la abundancia de sus entonaciones expresivas. Delicadeza de impresiones y delicadeza de expresiones, tal es, en efecto, entre los animales, el carácter distintivo del hombre; y tal es en él la fuente del lenguaje y de las ideas generales; y hay entre ellos lo que sería un grande y fino poeta como Heine, ó Shakspeare entre obreros y aldeanos. En una palabra, es sensible á una multitud de matices; y aun á todo un orden de variedades que se les escapan.

"..... Ella ve diariamente á su abuelo, cuyo retrato en lápiz se le ha enseñado con frecuencia, mucho más pequeño que el natural, pero muy semejante. Há casi dos meses (diez meses) que cuando se le dice vivamente: "¿ dónde está el abuelo ?" se vuelve hacia el retrato y le sonríe. Delante del retrato de su abuela, menos parecido, ningún gesto semejante, ningún signo de inteligencia.

Desde hace un mes, cuando se le pregunta: "¿ dónde está mamá ?" se vuelve hacia su madre. Lo mismo hace respecto de su padre. No podría afirmar que estas tres acciones fuesen superiores á la inteligencia animal. Un perrillo que está aquí, comprende de igual modo cuando se le grita la palabra *azúcar*; vuela desde el fondo del jardín para atrapar su pedazo; y esto no es sino una sensación para el perro, entre un sonido y cierta sensación de sabor; para la niña, entre un sonido y la forma percibida de una faz individual; el objeto designado por el sonido no tiene aún carácter *general*. (!!) Sin embargo, creo que se ha dado el paso (doce meses). Hé aquí un hecho decisivo á mis ojos. En este invierno se la conducía diariamente á donde su abuela, que le mostraba con frecuencia una copia de un cuadro de Luini en donde está un niño Jesús enteramente desnudo. Se lo decía al mostrárselo, "mira el nene." Ocho días después, cuando se le dijo en otro aposento dirigiéndole la palabra: ¿ á dónde está el nene ? "se volvió hacia los cuadros indistintamente, hacia los grabados cualesquiera que fuesen. ¿ Nene significa para ella algo general, (?) lo

(1) Esto pudiera disputarse.

que halla de común entre todos los cuadros y grabados de figuras y de paisajes; es decir, *si no me equivoco, algo de pintorreado en un cuadro relumbrante.*"

Este último hecho ha inspirado a M. Taine la reflexión de que todo progreso lingüístico pudiera deberse simplemente á la facultad de usar de las *analogías*. Sin duda que él no ignora que es poco filosófico el deducir una consecuencia general de una observación aislada. Pero en compensación, por la importancia que le asigna, parece ignorar totalmente que nada tiene, ni de particularmente original, ni de particularmente nuevo. No es necesaria la menor alusión á las observaciones que tantos otros han hecho y que oportunamente se han publicado. Algunas hemos tenido ocasión de citar. Y hé aquí otra más notable acaso. Se trata también de una niñita. Despertóse una noche bastante tarde, y por una causa cualquiera, no quiso volverse á dormir. Después de muchas griterías, se puso á pronunciar y á repetir con instancia: "*Suque nar, suque nar!*" Ni su padre ni su aya, que era su nodriza, pudieron comprender nada de esas palabras, que no le habían dicho y que jamás habían oído en sus labios. Para calmarla, se le presentó cuanto se puede imaginar, hasta azúcar morena. A cada objeto presentado se irritaba y gritaba con más fuerza: *Suque nar, suque nar!* Estaba algo indispuesta. Todos estaban atormentados buscando el sentido de las palabras. En fin, por casualidad, paseándola y bailándola, pasó su aya cerca de una alacena. Mostróla ella en el acto con el dedo, reiterando su exigencia en medio de sus gritos y sus lloros. Abrióse la alacena. Había allí unas tablas de chocolate envueltas. Apenas las vió, mostró por sus movimientos, y se comprendió en el acto, que era chocolate lo que pedía hacía largo tiempo. Lo había comido la víspera ó el mismo día; bien que nadie observó la preferencia que la niña tenía por ese alimento; ni ella sabía su nombre. La *analogía* de su sabor con el de la azúcar sin duda se lo sugirió. Sirvióse pues del nombre de la azúcar y de un epíteto relativo á la diferencia aparente del chocolate. Conocía el sentido de esas palabras, pero aun no podía arti-

cularlas sino con mucha imperfección. Admiróse todo el mundo del ingenio de aquel rodeo y de la manera tan precisa para su edad, con que había aprovechado la analogía de dos cosas tan diversas. Así, los detalles de la escena, bien que data de más de veinte años, nos han permanecido fielmente en la memoria. Mas en absoluto rechazamos ver en ese hecho el resultado de la llamada facultad nativa de formar conceptos generales, es decir, de generalizar el sentido de las palabras.

Según la única observación que ha presentado M. Taine, formula las siguientes conclusiones:

«En su origen el niño grita y emplea su órgano vocal y sus miembros espontáneamente y por acción refleja. Espontáneamente y por el placer de obrar, ejerce en seguida su órgano vocal así como sus miembros, y adquiere el completo uso de ellos á tientas y por selección. De los sonidos inarticulados pasa á los articulados.

«La variedad de entonación que adquiere indica en él una delicadeza de impresión y una delicadeza de expresión superiores. *Por esta delicadeza es que es capaz de ideas generales.* (?) No hacemos sino ayudarlo á que las perciba sugiriéndole nuestras palabras. El les atribuye ideas tales cual no las esperábamos; y generaliza espontáneamente hacia al exterior y más allá de nuestros cuadros. A veces inventa no sólo el sentido de la palabra, sino la palabra misma.

«Muchos vocabularios pueden sucederse en su espíritu por la obliteración de antiguos términos que otros nuevos han reemplazado. Muchos significados pueden sucederse para él en derredor de la misma palabra que se le ha fijado. Muchas palabras inventadas por él son gestos vocales naturales. Totalmente, aprende la lengua hecha, ya como un verdadero músico aprende el *contra punto*; como un verdadero poeta aprende la prosodia. Es un genio original que se adapta á una forma construída parte por parte por una sucesión de genios originales. Si ésa le faltase, él encontraría otra equivalente.»

Tales ideas están lejos de ser enteramente inexactas; pero no le haremos agravio alguno á M. Taine, cuyas cuali-

dades de pensador no valen tanto como las de escritor, al decir que tienen una apariencia superficial y que carecen de rigor y de precisión. Y el hecho es que queriendo explicar la formación del lenguaje, sus ideas no se adaptan exactamente á ninguna teoría científica de esa formación. No vacilamos en decir que presentar á un niño de diez meses "como capaz de ideas generales!" es una vaciedad, y más que eso (con perdón por la palabra!) un absurdo.

Con tendencias opuestas, M. Taine ha seguido la fórmula de los lingüistas metafísicos y reproducido á M. Max Müller.

La generalización no es, en ningún orden, un punto de partida. Colocarla en el origen mismo del lenguaje como un proceder de su formación, cuando no es sino uno de sus resultados más elevados, es incurrir en una confusión evidente. Y esta confusión implica, además, contradicciones é incoherencias sin salida. Esto es, en fin, introducir, como lo dice M. de Bréal, una concepción de nuestro espíritu, desenvuelta en un orden de hechos que le son extraños.

El niño que aplica el nombre de *nene* á todos los cuadros, porque se le ha hecho aplicar á un cuadro, percibe entre ellos una semejanza superficial; ó más bien no percibe, ni puede comprender ni nombrar las diferencias reales que constituyen objetos distintos. En el hecho, para él no hay sino un sólo cuadro. La palabra *nene* despierta en él la idea de *cualquier cosa pintorreada en un cuadro reluciente*; y la aplica á cualquier objeto relativo á esa idea. Sería preciso no haber observado jamás á los niños para ignorar que con la mayor frecuencia hacen esas aplicaciones, vengan nó al caso; que así, reúnen bajo el mismo nombre los objetos más diversos, sin que nos sea dado siempre adivinar qué relación los ha impresionado; y que cuentan por millares las equivocaciones. Empleando las pocas palabras que han podido aprender, y que con frecuencia han perdido todo valor expresivo, generalizan absolutamente de la misma manera que el salvaje que emplea en los más distintos usos el instrumento menos apropiado, el que puede proporcionarse; ó bien como esos Polinesios que, porqué los granos germinan

cuando se los siembra, sembraron clavos, de que tenían necesidad, para recoger la cosecha.

¿Qué es, pues, generalizar? Es desprender las cualidades comunes que establecen relaciones naturales entre las cosas. Las ideas generales presuponen la abstracción. Luego basta echar una mirada sobre las lenguas de los salvajes para mostrar que las ideas generales y abstracciones les son extrañas, y eran absolutamente extrañas al hombre primitivo. De esto hemos citado mil veces pruebas categóricas. ¿Habremos de citar otras?

Nuestros salvajes actuales no tienen en su mayor parte palabras para designar otra cosa que objetos materiales. La ausencia del verbo abstracto «*ser*,» de formación ciertamente nueva, es muy de notar en sus lenguas. Los indios de la América del Norte suplen esta ausencia conjugando casi todos los adjetivos y sustantivos con todas las inflexiones de modo, de tiempo y de personas. Ya hemos dicho que los Tasmanios que tienen palabras para designar las diversas clases de árboles, no tienen ninguna para designar el árbol con sus caracteres esenciales y comunes. Ni tienen términos para expresar cualidades tales como "duro, blando, caliente, frío, largo, corto, redondo, etc."

Lo que llamanos una concepción general, dice M. Max Müller mismo, ó lo que en otro tiempo se llamaba *essentia generalis*, la especie de los árboles, de las piedras, es lo que los Fineses, los Samoyedos llaman el genio, el *Haltia*, el *Taldebejo*. Ya hablamos sin esfuerzo de *essentia generalis*; pero para un espíritu inculto, la cosa es demasiado ardua. *Preciso era que existiese algo individual*, cuando se trató de hablar de una colección de árboles, ó de un bosque; cuando se pasó de lo tangible á lo inteligible, de lo concreto á lo abstracto, etc. Esto no impide hacer derivar los nombres del padre y de la madre en nuestras lenguas (*pa* y *ma*, en sanscrito) de las dos raíces verbales sanscritas *pâ* y *ma*, proteger y producir. Pero el estudio de esos nombres en todas las lenguas exhibe exactamente una de las más brillantes pruebas de la falsedad de semejante sistema de deri-

vación. Sobre esto hemos dicho algunas palabras en nuestro capítulo segundo.

Sir J. Lubbock ha traducido un conjunto de palabras empleadas en gran número de lenguas para designar el padre y la madre. De él tomaremos algunas, dispuestas en el cuadro siguiente:

LENGUAS DEL N. O. DEL AFRICA.

	Padre.	*Madre.*
Bola.	Papá.	Ni.
Sarar.	Pabá.	Ne.
Pepel.	Papá.	Naná.
Biafada.	Babá.	Na.
Baga.	Bapá.	Maná.
&.		

LENGUAS DEL AFRICA CENTRAL.

	Padre.	*Madre.*
Bornú.	Abá.	"
Ramukú.	Babá.	Biná.
Ranem.	Mbá.	Yyá.
&.		

LENGUAS DE EUROPA Y DE ASIA.

	Padre.	*Madre.*
Turco.	Babá.	Aná.
Georgiano.	Mamá	Dedá.
Mantechú.	Amá.	Eme.
Javanés.	Bapá.	Ibú.
Serpa (Népaul).	Abá.	Ame.
Birmán.	Ahpá.	Amí.
Ho (India central).	Appá.	Engá.
Chino.	Fu.	Mu.
&.		

AUSTRALIA.

	Padre.	*Madre.*
	Marmook.	Barbook.
	Marmak.	Barpanorook.
	Marunne.	Parppe.
	Kunny.	Mammá.
Puerto-Lincoln.	Pappi.	Maityá.

N. O. DE LA AMÉRICA

	Padre.	*Madre.*
	Mamá.	Naa.
	Apí.	Uná.
Athapascanios.	Appá.	Unnungcool.
Choctas (Misisipí)	Aunkhe.	Iskeh.
Caribes.	Babá.	Bibí.

En las familias de las lenguas absolutamente diferentes, en las lenguas que carecen de palabras abstractas, se encuentran esas mismas formas *Papá* y *Mamá*, que en el sistema indo-europeo se pretende hacer derivar de las raíces verbales abstractas *pa* y *ma*.

En presencia de esos hechos, M. Pictet, cuyos trabajos filológicos son considerables, admite que existían originariamente formas vulgares *pa* y *ma* para designar la madre y el padre; pero sostiene que las raíces verbales *pâ* y *mâ* existían igualmente sin razón y sin origen conocido, por un *Fiat lux*; y que sus semejanzas con las palabras que balbucean los niños, les ha hecho adoptar para formar los vocablos indo-europeos que significan padre y madre. No hay necesidad de hacer notar lo que hay de anti-científico en ese sistema extraviado que echa mano del misterioso inicial y de potencias ocultas.

—"Con todo, diremos nosotros, el autor, al estampar las ideas que acabamos de traducir, sobre la prescindencia del *misterio* y de las *potencias ocultas*, debería haber considerado que los *elementos* del lenguaje, según la tradición ó

según la ciencia, no son de creación humana. El animal y el hombre mismo hacen esfuerzos para reproducir por el mimo y la voz lo que sienten en su interior. Pero ese impulso ¿ quién lo ha impuesto á los seres que de cualquier modo se expresan ? ¿ No es todo eso una consecuencia del organismo ? ¿ Y acaso el hombre ó el animal se han hecho á sí mismos ; ó son acaso hechura de la filosofía humana ? El prurito de declararlo *todo* de la única y exclusiva competencia de la razón humana, no da mucho que admirar en punto á verdaderos estudios serios sobre antropología. Antes de hacer del hombre un dios, sería bueno estudiarlo un poco siquiera como hombre, á la luz de sus condiciones, de sus facultades y de su historia personal y general."—

M. Tylor ha mostrado por una serie de ejemplos, que una docena de fáciles articulaciones *ba* y *na*, *tí* y *de*, *pa* y *ma*, sirven casi indistintamente para expresar una docena de ideas infantiles ; como si hubiesen sido colocadas entre un saco y sacadas al acaso para nombrar la primera cosa que se presente, muñeca ó tío, nodriza ó abuelo. Así la misma palabra, para decirlo de una vez, tiene en diferentes lenguas casi todos los sentidos de esas ideas infantiles. Los indios Pies-Negros dicen *ninnah* por padre ; los griegos *νεννος* por tío, *νεννα* por tía ; el Zulú, *niná*; el Sanguir, *nina;* el Malagasy, *niní* por madre ; el Javanés, *niní* por abuelo y abuela ; el Vagú, *niní* por tía paterna ; el Indio Darién, *ninah* por mujer joven ; el español, *niño* ó *niña* por infante ; el Italiano, *ninna* por niñita ; el Milanés, *ninin* por lecho ; el Italiano, *ninnare* por mecer.

¿ Es, pues, sostenible que una facultad de abstracción y de generalización ha presidido á semejantes distribuciones ? Son lo diverso ; las analogías más oscuras y los contactos menos razonados.

Las palabras *pa* y *ma* han tenido el sentido de padre y de madre mucho antes del de proteger y producir ; y no han llegado á esos dos últimos sentidos sino después de haber pasado por los de los dos sustantivos (adjetivos) *protector* y *productora*. El Aryano les ha dado el sentido

de esos dos sustantivos (adjetivos) por analogía ; les ha dado el sentido de los dos verbos por abstracción.

Debemos insistir en la naturaleza de las analogías que han presidido á la extensión, á la alteración, á las desviaciones del sentido de las palabras y al progreso del lenguaje.

Hemos dicho que con frecuencia eran superficiales, oscuras, de tal manera oscuras y fugitivas, que un instante después que nos han penetrado el espíritu, no podemos asirlas de nuevo. Con frecuencia son extravagantes. Ciertas tribus de Australia emplean el nombre de *mamá* por padre ; y designan con este mismo nombre el pulgar y el dedo grueso del pie. Es el padre del pie, dicen. (De *pappá*, niñito, han hecho *papparnití*, achicarse, acabar de nacer, etc.)

Son inverosímiles y absurdos. Así los Australios, viendo que los libros se abren y cierran, les han dado el nombre de ostras *múyún*. ¿Se dirá que han generalizado, y que es por el mismo razonamiento y abstracción que entre nosotros hacen los pensadores y filósofos que han presidido á esta asombrosa desviación del sentido? Sin embargo, nuestros niños, nuestros mayores no han procedido de otra manera que como los Australios. Y nos es fácil representarnos á nuestros profundos metafísicos de lingüística meditando los motivos que han podido determinar al hombre primitivo á dar el mismo nombre al libro y á la concha marina. Los vemos, "después de diez años de estudios y meditaciones," llegar á la conclusión de que hubo una potencia creadora, que se ha perdido ; que las maravillosas facultades de su "estado perfecto" le han hecho percibir las relaciones más generales y más abstractas que hoy se nos escapan. Vemos á M. Max Müller explicarnos largamente que no es, por ejemplo, el leve ruido de la concha que se cierra arrojando el agua, ó cualquiera otro procedimiento imitativo, el que ha hecho nombrar la concha *múyúm*. No, el hombre primitivo, impresionado por ese movimiento de dos conchas que se aplican una á otra y por un "instinto irresistible," ha dado una expresión articulada á esa concepción general de su espíritu

que abrazaba todos los objetos de bisagra en la naturaleza. Y la prueba es que el libro, que no tiene más prueba de común con la concha se llama tambien *mûyûm*. Hé aquí la "fortaleza que se yergue inaccesible en las fronteras de los dos reinos, el del hombre y el de la bestia." Porque los trasformistas no pueden explicar "por qué el hombre fué dotado así con la facultad de generalizar, de formar un mundo de concepciones y de raíces," y de extraer, por ejemplo, de la misma raíz verbal abstracta los nombres de la concha y del libro, etc., etc.

Que no se crea que esto no es más que pura chanza ó que exageramos: las cosas han pasado de esa manera exactamente.

El proceder de los Australios nos es además aun más familiar. Que se siga la historia de un grupo cualquiera de palabras de nuestras propias lenguas literarias. Se verá de qué extrañas alteraciones y desvíos de sentido son susceptibles. ¿Quién podrá sospechar, por ejemplo, si no se conociese la historia, dice M. B. Tylor, que *junketting*, *dînette* y *chanoine* vienen todos de una palabra que significa mimbre? *Juncus*, mimbre, ha dado nacimiento, en bajo latín, á *juncata*, queso hecho en un canasto de mimbres; de donde ha provenido en italiano *giuncata*, queso á la crema, en francés *juncade*, luégo en inglés *junket*, cosas á la crema; y el lugar en que se comen estas cosas *junketting*. Así mismo *chanoine* viene de *canonicus*, que viene él mismo de *xavvω*, regla, derivado *xavη*, mimbre.

Tampoco nadie sospecharía que el nombre de la *pipa* tiene un origen imitativo, si de ello no se tuviere la prueba. Al principio designaba un instrumento de música, el caramillo, como el *chibuk* del Asia central.

Calumet, del cual se ha hecho un nombre indio, es el nombre antiguo de la zampoña (chalumeau), de pastor en el dialecto normando. Los primeros colonos del Canadá, al ver á los indios fumar con un tubo, dieron á este tubo el nombre del instrumento que les era familiar, como lo habrían hecho los niños ó los salvajes.

La analogía, hay que convenir, estaba aún muy lejos.

Sin embargo, por el mismo proceder de aplicación analógica, es que hemos dado á un instrumento de física el nombre de *chalumeau*; el nombre de *tympano* de un origen imitativo tan flagrante como no objetado (Tenemos en Malayo la misma palabra *timba*, *tamba*, golpear, martillar, del *tam-tam* bien conocido), á la membrana del tubo de la oreja, etc.

El *coquelicot* trae su origen de la semejanza de su color con el de la cresta del gallo *(coq)* y este nombre mismo se deriva directamente de la imitación del canto de este pájaro. En Languedoc *cacaracá* designa aún á la vez el canto y la flor.

No es realmente una apreciación de las relaciones naturales de las que ha hecho dar este nombre á la flor, sino una analogía enteramente lejana, y por decirlo así, enteramente fantástica.

La imitación del canto del gallo (*coq*), siempre por el mismo proceder, ha llegado á tomar el sentido de *cocart*, *coquet*, *cocotte*, *cocarde*, etc.

Sucede otro tanto en la creación de nuestros términos científicos, bien que artificial, al menos en apariencia, la que se pudiera creer formada según los principios establecidos por las relaciones naturales y verdaderas de las cosas, obedecemos á la ley de las analogías; y de las analogías más vagas y menos razonadas. Así, existe en la cima del cráneo humano una sutura que se extiende de adelante atrás del frontal al occipital. Hásele dado el nombre de sutura *sagittal*, es decir, en forma de flecha. Pero ¿hay algo que se recuerde de cerca ó de lejos en esta línea accidentada, pero bastante recta, formada por la engranación de los huesos; una particularidad cualquiera propia de la flecha? Nada absolutamente. Y no ha dejado de despertar la idea de una flecha en el que la ha denominado; y lo que es más, que por esto no está peor denominada que cualquiera otra cosa.

Pero es porque el lenguaje, como medio práctico de expresar el pensamiento, y como sistema de mnemotechnia, ha sido tomado todo él, poco más ó menos, del mismo modo. Es muy fácil comprender en esas condiciones, que una lengua rudimental que aun no ha sido fijada por ninguna

literatura, ni aun simplemente por la escritura, varíe, se altere, se transforme y dé origen á diversos dialectos muy pronto y constantemente. Entre los Mincopiés de las islas Andamanes, los indios de la América, en Asia los numerosos nombres de lenguas que oportunamente hemos citado, son una prueba de lo dicho; y hay, por decir así, tantas lenguas como tribus. M. Bates, citado por M. Max Müller, (1) nos dice, por ejemplo (El naturalista en el río de las Amazonas):

"El lenguaje no es una guía segura para establecer la filiación de las tribus brasileras, porque á veces en las orillas de un mismo río y en el espacio de 200 ó 300 millas, se hablan siete ú ocho lenguas. Hay en los hábitos indios ciertas particularidades que producen prontamente la alteración del lenguaje y la separación de los dialectos. Cuando los indios, hombres ó mujeres, conversan entre sí, parecen complacerse en desfigurar las palabras ó en inventar nuevos modos de pronunciarlas. (2) Es divertido ver cómo toda la reunión estalla en carcajadas, cuando el héroe del círculo halla algún nuevo término de caló; y esas nuevas palabras permanecen de ordinario."

Lo mismo sucede idénticamente en nuestras ciudades. Una palabra chusca, una comparación extravagante de sonido y de sentido, se coge al vuelo, y se repite y se perpetúa. El estudio del caló sería muy útil bajo todos aspectos. M. Bates añade: "Cuando esas corrupciones del lenguaje se producen en una familia ó pequeña horda, que está á veces largos años sin ninguna comunicación con el resto de la tribu, quedan consagradas por el uso, y no cesan de usarse ya. Así como hordas separadas, aunque pertenecientes á la misma tribu y habitando las orillas de un mismo río, acaban al cabo de cierto número de años de aislamiento, por no ser ya comprendidas por sus hermanas. Lo mismo sucede, según ya lo hemos dicho, entre las tribus indias de la América del Norte.

(1) Nuevas lecciones, pág. 49.

(2) Comprenderáse fácilmente esta tendencia, si no se olvida que el hombre se sirve de las palabras enteramente formadas para imitar nuevos sonidos y para modificarlas con la misma intención.

Las razones de la separación primitiva ó de la multiplicidad originaria de las lenguas humanas, tan numerosas, se encuentran en los procederes mismos de la formación del lenguaje.

CAPÍTULO VIII.

RELACIONES DE DEPENDENCIA RECÍPROCA ENTRE EL LENGUAJE Y EL PENSAMIENTO.

RESUMEN.

Procedimientos infantiles del lenguaje.—Actual necesidad de la tradición para su conservación.—Efectos subsistentes de su grosería originaria.—Su vínculo con el pensamiento, y su desarrollo en relación con el crecimiento de la capacidad del cráneo.—Su localización en el cerebro.—Estrecha relación y correspondencia en el cerebro, de los centros del pensamiento y de los centros psycho-motores de su expresión.—Dependencia recíproca del lenguaje y del pensamiento.—Influencia del lenguaje sobre el desarrollo del pensamiento.—Formación de los mitos.—El mito chino de la Virgen-madre.—Nuestras abstracciones personificadas.

¿Habrá necesidad de abrazar con una última mirada todo el camino que hemos recorrido? A cada etapa hemos, por decirlo así, contado nuestros pasos y medido la distancia que nos separaba aún de nuestro objeto. Pero ese objeto ¿lo hemos por fin alcanzado? ¿Hemos encontrado la solución que buscábamos? Si hemos sabido poner por obra todos los medios de demostración de que disponemos, si hemos logrado hacer conocer la abundancia de los argumentos y de los hechos que se ofrecen á nuestro espíritu, no podemos dudarlo. Para el lector, que ha podido seguir y comprender todo nuestro pensamiento, por imperfecta que se suponga su exposición, la solución se ha dejado ver con limpieza y precisión. La demasiada estrecha regularidad de la filología, tan engañosa en la filología y en la lingüística misma, no es admisible aquí. No es sólo un método

razonado y procederes lógicos (1); no es con el rigor de un sistema científico que se ha formado el lenguaje articulado, sino según la impulsión y los esfuerzos de inteligencias oscuras, ignorantes de las verdaderas relaciones de las cosas, y supeditadas por las más fugitivas apariencias. Lo mismo dice con mucha razón M. B. Tylor, que no se puede comprender la naturaleza real de la mitología, si no se posee una inteligencia clara de los cuentos de nodrizas; porque es necesario, para apreciar las fases primitivas del lenguaje, hacerlo con el mismo espíritu con que nos ponemos á descifrar los enigmas y á jugar los juegos de los niños."

Primero, accesorio y complemento del lenguaje mímico, el lenguaje articulado no era sino una pintura cándida de las cosas por la imitación de los sonidos y de los ruidos. Ha seguido las fases de la escritura misma, que ya podemos estudiar fácilmente en todos sus detalles. Era expresivo por sí mismo; porque tenía un sentido natural que se comunicaba directamente, como las representaciones pintadas que fueron el origen de la escritura. Después, como ésta, por abreviaturas y desfiguramientos, adopciones de palabras formadas por nuevas imitaciones, por aplicaciones analógicas de palabras concretas, por ideas de más en más generales y abstractas, por cambios entre lenguajes diferentes, ha perdido una parte gradualmente grande de sentido natural, para tomar un sentido tradicional. El estudio previo, la tradición, se han hecho de más en más necesarios, al darle ese carácter convencional aparente que nos engaña hoy.

Y esto se ha hecho sin regla fija, sin método, casi á

(1) En una obra reciente (*Grundiiss der sprachwissenschaft.* 2 vol. en 8.° Wien, 1877; Plan de la lingüística), M. Federico Müller, tratando de las relaciones de la gramática con la lógica, dice que nada tienen que ver la una con la otra (pág. 16. I.) Cita luégo muchos ejemplos de palabras que llegan á significar cosas entre las cuales el pensamiento no puede percibir ninguna relación. Pero no nos parece comprender el verdadero alcance de esos ejemplos, cuando se limita á concluir de ahí que la palabra y el pensamiento no son idénticos. Seguir las fases de las palabras y la evolución del lenguaje, sin estudiar los procederes de la evolución del espíritu humano, no puede evidentemente hacernos conocer nada sobre las relaciones del primero con el segundo. Concluir en esa situación, es atenerse á razonamientos superficiales y dejar la cuestión en pie.

tientas: con las incertidumbres del espíritu humano mismo, que teniendo que aprenderlo todo, se desenvuelve simultáneamente consigo propio. Esto lo vemos aun hoy demasiado.

"El lenguaje con el cual llega una nación á un alto grado de ciencia y de sentimiento, debe expresar sus pensamientos, dice aun M. B. Tylor; no es un mecanismo creado para ese trabajo especial; es una vieja máquina bárbara, aumentada, modificada, remendada con cierta especie de habilidad."

Desde que sea necesario emplear algún rigor y precisión en la expresión del pensamiento, este instrumento se resiste, en cierto modo, á llenar sus funciones. Toda nuestra literatura filosófica, á pesar de su importancia, no ha logrado darle la flexibilidad y la perfección necesarias para nuestras ideas generales. No se presta con facilidad y abundancia sino para las futilezas y las vaguedades. Así, para el pensador no hay la menor dificultad sino en hallar la fórmula exacta, la expresión precisa; y cuando no lo logre, su pensamiento, sin forma y lleno de oscuridades, permanece para los demás en la completa nada.

Porque á despecho de su grosería, el lenguaje es tan indispensable á nuestros razonamientos, como la cifra para nuestros cálculos. Si nos es difícil siempre hallar en él la expresión rigurosa de nuestros pensamientos nuevos, no sólo nos ha permitido llegar hasta esos pensamientos, proporcionándonos sus materiales, y los elementos primeros que sirven para edificarlos. No es una forma anticipada de nuestras ideas futuras, sino el molde, pronto siempre, que ha conservado la sustancia de las ideas pasadas. No se adelanta al espíritu en el trabajo; pero al conservar el sello de sus esfuerzos anteriores, se adhiere á él como una condición inherente de su duración y de su desarrollo. Ese desarrollo no ha podido hacerse sin él; y él mismo lo ha seguido, como la arcilla toma entre los dedos del artista formas cada vez más bellas, según los progresos de su talento. En el origen tenía el hombre infinitamente menos capacidad cerebral que hoy. Esta capacidad se ha aumentado poco á poco,

al mismo tiempo que el número y la complexidad de sus ideas. El lenguaje, en relación constante con ese desarrollo, ha sido su principal instrumento. Se sabe hoy por los trabajos de M. Broca que "el ejercicio del lenguaje articulado está subordinado á la integridad de una parte muy circunscrita de los hemisferios cerebrales, y más especialmente al hemisferio izquierdo. Esta parte está situada sobre el borde superior de la cisura de Silvius, frente á la ínsula de Reil, y ocupa la mitad posterior y probablemente aun el tercio posterior de la tercera circunvolución frontal.

La autopsia de los aphásicos—"Que han perdido el uso de la palabra"— es la que ha demostrado esta localización. En esta autopsia se descubría, en efecto constantemente, una lesión muy evidente de la mitad posterior de la tercera circunvolución frontal izquierda ó derecha; casi siempre 19 veces sobre 20, de la circunvolución del lado izquierdo. Una lesión grave de la circunvolución derecha, con frecuencia ha dejado persistir el uso de la palabra; "pero jamás se ha visto persistir la facultad del lenguaje articulado en los individuos que en la autopsia han presentado una lesión profunda de las dos circunvoluciones en cuestión."

Depende sin duda este hecho de que las circunvoluciones del hemisferio izquierdo tienen, en general, un desarrollo más rápido que las del hemisferio derecho. Las primeras se encuentran ya marcadas, como lo afirma M. Broca, en momentos en que las otras ni siquiera son aparentes. Añade: "El hemisferio izquierdo tiene bajo su dependencia los movimientos de los miembros derechos; y es más precoz en su desarrollo que el hemisferio opuesto. Se comprende así por qué, desde los primeros tiempos de la vida, el joven se sirve con preferencia de los miembros cuya inervación es entonces la más perfecta; por qué, en otros términos, es derechurero... No es ni en los músculos, ni en los nervios motores, ni en los órganos cerebrales, tales como las capas ópticas ó los cuerpos estriados, en que obra el fenómeno esencial del lenguaje articulado. Si no tuviéramos sino esos órganos, nadie hablaría. Existen á veces perfectamente sanos y de perfecta conformación en individuos que

se han vuelto enteramente aphémicos, ó en los indios que no han podido jamás aprender ni comprender ninguna lengua. El lenguaje articulado depende, pues, de la parte del encéfalo afectado á los fenómenos intelectuales y de que los órganos cerebrales motores no son, en cierto modo, sino los ministros. Y esta función del orden intelectual que domina la parte dinámica como la mecánica de la articulación, parece ser casi la dote constante de las circunvoluciones del hemisferio izquierdo; pues que las lesiones que producen la aphemia ocupan casi constantemente este hemisferio. Quiere decir, que en cuanto al lenguaje somos zurdos del cerebro, que hablamos con el hemisferio izquierdo. Es un hábito que contraemos desde nuestra primera infancia. No quiere esto decir que el hemisferio izquierdo es el exclusivo asiento de la facultad general del lenguaje, que consiste en establecer una relación determinada entre una idea y un signo; ni menos de la facultad especial del lenguaje articulado, que consiste en establecer una relación entre una idea y una palabra articulada; porque el hemisferio derecho no es menos extraño que el izquierdo á esta facultad especial; y lo que lo prueba es, que el indio que se ha vuelto aphémico por una lesión profunda y extensa del hemisferio izquierdo, no queda privado *en general* de la facultad de reproducir él mismo los sonidos articulados del lenguaje, y continúa comprendiendo lo que se le dice; y por consiguiente conoce perfectamente las relaciones de las ideas y las palabras. En otros términos, la facultad de concebir estas relaciones pertenece á los dos hemisferios; pero la facultad de expresarlas por movimientos coordinados, cuya práctica no se adquiere sino por un largo hábito, parece no pertenecer sino á un solo hemisferio, que es casi siempre el hemisferio izquierdo."

Importante es recordar que es al rededor del sitio de esta facultad que M. Ferrier ha descubierto recientemente la existencia de los centros psycho-motores de los movimientos de las *mandíbulas*, de los *labios* y de la *lengua*. El punto ofendido en el aphásico es, por lo demás, precisamente aquel cuya electrización hace abrir la boca al mono. Esto nos muestra en el cerebro mismo las regiones de la asociación

natural y fatal que hemos comprobado entre los pensamientos y las expresiones correspondientes de la fisonomía, de los gestos y de la entonación. El erectismo celular de las circunvoluciones en que se elabora el pensamiento, se propaga sin duda á los centros motores vecinos, y allí es traducido por movimientos y gestos, al mismo tiempo que aquí por ciertos pensamientos correspondientes. Los signos *afirmativo* y *negativo* de la cabeza, ó más bien del cuello, pare, con ser, en este caso, y dependen sin duda, menos de la imitación que de una asociación fatal en las funciones de puntos vecinos en el cerebro. Darwin cita, en efecto, una mujer ciega y sordo-muda que traducía espontáneamente la afirmación y la negación por esos signos de cabeza; y hay idiotas microcéphalos que hacen otro tanto. Así, los gestos del brazo que desempeñan el discurso, se deben á la vecindad de los puntos motores y á una especie de sinergia entre los diversos puntos del cerebro." (Bordier)

Sin llevar más lejos esos datos, podemos decir que si es por el grado elevado de la complexidad de su lenguaje que el hombre se distingue profundamente de los otros animales, es también inseparablemente y de la misma manera, por la capacidad siempre creciente de su cráneo.

Esto establece lo bastante en qué vínculo de dependencia recíproca se encuentran el lenguaje y el pensamiento.

Se concibe el pensamiento individual sin el lenguaje; pero no el crecimiento, ni la duración ni la transmisión. Alguno ha dicho que conocer el vocabulario de una ciencia es conocer esta misma ciencia. El niño que aprende su lengua hace más que aprender el uso de un instrumento. El se asimila el abreviado conjunto de los pensamientos de sus antepasados, y la forma que han revestido esos pensamientos determina en la medida mas amplia y casi exclusivamente la forma de las suyas. M. Withney ha dado en la verdad; lo cual es raro en tan delicada materia, cuando ha dicho que " una lengua obra como un molde que se aplicase á un cuerpo en vía de desarrollo; y porque modelaría ese cuerpo es que pudiera decirse que determina " la forma interna."

Sin embargo, este molde es amplio y él mismo elástico. El espíritu, á su turno, le cambia la forma. (1)

¿ Pero en qué proporción ? Individualmente nada casi se puede decir.

Quemad los libros, destruid las escuelas, dejad de escribir, de hablar; que no subsista monumento alguno de las acciones ni de los pensamientos de nuestros mayores; y dispersadas nuestras sociedades, al cabo de poco tiempo habría descendido la humanidad al nivel de los animales. "Las imágenes, las ideas que constituyen el elemento del juicio, de la inducción, de la razón, en una palabra, dice Mr. Andrés Lefèvre, jamás habrían alcanzado la fijeza que implica la memoria, ni habrían elevado al hombre sobre la esfera en que reinan el instinto y el movimiento reflejo, apenas reflejado, apenas voluntario, si las relaciones íntimas de la tercera circunvolución frontal izquierda con el aparato vocal no hubieran hecho corresponder á la impresión, á la imagen, á la idea, sonidos y ruidos representativos, signos comunicables, especie de álgebra, que simplificando el mecanismo del recuerdo le ha permitido clasificar con una reserva segura todos los informes adquiridos y anotar otros nuevos, sin temer la pérdida de los antiguos. La memoria del animal es también tenaz; pero permanece pobre porque no conserva sino las impresiones dominantes."

Como tradición, el lenguaje se nos impone más imperiosa é indispensablemente que ninguna otra. Casi puede decirse que se transmite hereditariamente en parte, en la misma medida que el pensamiento y el cerebro. Es la primera condición de la adquisición, de la duración real, del

(1) *La vida del lenguaje*, página 25. Véase también la obra ya citada (capítulo I) de M. Conrado Hermann. Este autor expresa opiniones mucho más completas, más profundas y más exactas que M. Federico Müller sobre las relaciones del pensamiento, de la lógica y del lenguaje. « Cada lengua particular, dice, es como tal, una incitación ó una forma arreglada para el desarrollo del bosquejo interior del pensamiento" (página 89). « La lógica es el estudio del pensamiento en su relación con la realidad ó la objetividad exterior; la lingüística es el estudio del pensamiento humano en su subjetividad.» Pero nada iguala aún sobre esto al vigor y la perfecta claridad del prefacio de M. Andrés Lefévre á sus estudios de lingüística y de filología. Necesitaríamos citarlo íntegramente, así como su capítulo sobre el lenguaje y el pensamiento.

crecimiento y de la transmisión de todas las conquistas intelectuales del hombre como individuo y como especie. Pero como todas las tradiciones, por su carácter de necesidad, más que ninguna otra igualmente, hace pesar sobre el presente todos los errores y equivocaciones del pasado. Formado, como lo hemos visto, por espíritus infantiles, ignorantes de todo y víctimas de todas las apariencias, nos implica en cierto modo en los enlaces pueriles ó absurdos y en las falsas analogías que han sido su origen. A despecho de las sucesivas enmiendas de que ha sido objeto, separa de una manera desapercibida nuestro pensamiento de la realidad que ahora comprobamos, falsea el curso de nuestra más ilustrada razón y llega muy frecuentemente á dar á nuestras nuevas concepciones la forma y algo de la naturaleza de nuestras concepciones desechadas.

Sobre todo, es de esta manera que los estados mentales anteriores de la humanidad, que el progreso de los conocimientos habría debido destruir, dejan una huella indestructible en el curso de la evolución ulterior de los espíritus. Es también de esta manera que todos los errores sobre el mundo, creados por nuestra nativa ignorancia, han tomado las grandiosas proporciones de sistemas sociales. Y si las mitologías, las religiones, pueden considerarse en su fin como excrecencias parásitas, no son menos que otras tantas fases de la evolución mental ligada á la del lenguaje.

El hombre primitivo, como el salvaje de nuestros días, veía en cuanto lo rodeaba una existencia semejante á la suya. Esta concepción del mundo subsiste aún, por otra parte, parcialmente entre nosotros. Ella es la que ha presidido á la primera elaboración del lenguaje. Y por ella, el lenguaje ha venido á ser un substractum indestructible, dándole todas las apariencias de la realidad.

El hombre, y no nos imaginamos cómo habría de suceder de otro modo, ha descrito los objetos de la naturaleza como seres reales, y los fenómenos como sus acciones, é inversamente. Todas sus descripciones no fueron sino largas metáforas. Después, el sentido de las analogías, frecuentemente fugitivo, sobre las cuales reposaba, se alteró y

se perdió. De esta manera, la metáfora se trasformó naturalmente en personalidad mítica. De este modo ha sido que el cielo, *dyaus* en sanscrito, se ha convertido, por ejemplo, en el *Zeus* de los griegos que lanza el rayo y en nuestro Dios, representación ideal del hombre mismo. Cuando los griegos querían decir que la *ψυχη*, que significaba originariamente el soplo, se había hecho invisible, decían que había descendido á la *morada invisible*, al *Αιδης*. El soplo convertido en vida, el alma humana, el *Αιδης*, morada de las almas, se convirtió en el infierno, y fué bien pronto *Pluton* mismo.

"Sucede con frecuencia, dice M. Bréal (1), que aun encontramos en los Vedas como una simple metáfora, la imaginación, que al fijarse, se ha vuelto acción mítica. Otras veces es un uso conservado en la India, que explica un dato religioso, ya ininteligible para los Griegos y los Latinos. Con frecuencia nos ofrecen los Vedas el mito ya acabado, pero rodeado de tal lujo de descripciones y repetido bajo tantas formas, que fácilmente se penetra. Los términos que en latín ó en griego no son ya sino nombres propios, son nombres comunes en el lenguaje védico.

En sentido inverso, podemos citar las fórmulas de respeto exagerado que emplean los pueblos inferiores en presencia de sus reyes. Para los Taitianos, las casas de sus reyes son "nubes del cielo"; su canoa, "el arco iris"; y su voz, "el rayo." Y cuando el pueblo, al pasar cerca á su morada, percibe las luces que la iluminan, en vez de decir que las antorchas brillan en el palacio, exclama que "el relámpago brilla en las nubes del cielo."

Se nos perdonará reproducir aquí el ejemplo de la formación de un mito por el efecto concordante de esos dos procederes opuestos, que ya hemos publicado en un folletín de la *República francesa* (2). Se trata del mito de la Virgen Madre, tal como lo interpreta M. Schlegel.

"Las estrellas de la *Balanza* bajo el nombre de *Tí*, en la esfera china, eran, en la época en que las estrellas fueron denominadas, uno de los asterismos que anunciaban

(1) *Miscelánea de mitología y de lingüística*, pág. 72.
(2) Número del 8 de Noviembre de 1878.

la primavera. Él fijaba el principio de las revoluciones celestes, cuyo punto de partida quedaba al oriente. Los astrónomos, por esta razón, lo llamaban "la raíz celeste" (Tienkan). El príncipe, por su parte, era llamado también la *raiz* de la reyedad. Era el sol levante, y el emperador la imagen del sol meridiano. En consecuencia, la residencia *celeste* del príncipe heredero fué colocada á oriente; el asterismo *Tí* vino á ser su símbolo; y sus aposentos se establecieron en la parte oriental del palacio de los Emperadores de la China.

"En esta misma parte oriental del palacio se halla igualmente la morada de las primeras concubinas del Emperador; y el cuadrado de la *Balanza*, el asterismo *Tí*, lleva aún los nombres de "aposentos de las concubinas reales," ó de "cámara de reposo y de desvestirse." La relación establecida por la astrología primitiva entre las estrellas de este asterismo y el príncipe imperial está, pues, tan completa cuanto era posible. Pero hé aquí lo que aún la estrecha. Al nordeste de este asterismo, una estrella, Omega de la Serpiente, forma ella sola un asterismo nombrado Tien-ju, "leche celeste." El signo *ju*, en su forma geroglífica, representa un *niño* reclinado en el seno de su madre, que estrecha con su mano. *Tien* puede traducirse indiferentemente por *celeste* y por *imperial*. *Tien-ju* es, pues, "*la nodriza celeste*" que alimenta al sol recién nacido de la primavera, ó bien, "*la nodriza real* que alimenta al hijo del rey." Esta nodriza *celeste* é *imperial*, es la que, según M. Schlegel, ha sido el prototipo según el cual la *Virgen* de nuestra esfera ha sido fabricada; y es de aquí de donde tomó origen el mito de la *Virgen Madre*. Hay en esto muchos indicios que no queremos referir; pero ha representado tal papel en la mitología china, que los jesuítas creyeron que los chinos habían tenido profesías referentes á la venida de la Virgen Madre de Jesús. Y en China lo vemos formarse naturalmente por la *metáfora* perpetua de rey y de sol, y el vínculo astrológico entre el nacimiento del sol y el de los reyes."

Un comentario de *Chi-King* nos lo explica además cla-

ramente: "*La Virgen celeste y real producía un niño* (el sol levante y el príncipe heredero) *sin despedazar el seno de su madre.*"

Después de esto, bien puede decirse que las excrecencias que han sido un día el producto de los errores del espíritu y de las confusiones del lenguaje, pueden tener un alcance ilimitado.

"La mitología, dice M. Max Müller, es la sombra oscura que arroja el lenguaje sobre el pensamiento; sombra que no se desvanecerá mientras el lenguaje no sea apropiado en absoluto al pensamiento; mientras no lo cubra exactamente, es decir, que jamás se desvanecerá."

Otro tanto puede decirse de la metafísica.

M. Andrés Lefèvre ha expuesto muy bien (op. cit.) el mecanismo de su formación. "El sustantivo y el verbo, creados para el uso á imagen del hombre, han comunicado á los objetos externos y á las ideas generales que corresponden á sus cualidades, una existencia y una actividad verdaderamente humanas. No sólo los objetos determinados por una forma cuasi individual, sino aun el vínculo y los aspectos del lugar en que aparecen, luego las categorías abreviativas en que la razón los califica, los términos concretos generales, se encuentran dotados de vida; y por el verbo, obraron á la manera humana. Los términos abstractos transformaron en personas llamadas *entidades* las cualidades consideradas en lo exterior de su sujeto real. La luz, el calor, la belleza, el vicio, etc., tomaron una existencia enteramente verbal; fueron el sujeto ó el régimen de proposiciones que implican la acción intencional. Olvidóse que aquellas palabras no expresaban sino los estados de los cuerpos. Vióse en ellos la causa preexistente de los hechos de que no eran sino una expresión analítica ó general; inventáronse las virtualidades, las fuerzas, los dioses, los seres metafísicos, potencias ilusorias, que no tienen otro origen que el antropomorfismo instintivo y la esencia metafórica del lenguaje."

El lenguaje no ha perdido esta esencia metafórica.

No sólo así sufrimos los efectos de sus pasadas langui-

deces, sino que aun en nuestras mismas manos lanza aún renuevos de las asfixiantes vegetaciones de otros tiempos.

Hemos conservado tan viva como entonces la tendencia á personificar nuestras palabras; y por nuestras palabras, á atribuír una existencia real á nuestras ideas, y sobre todo á las más abstractas. Y esas personificaciones de un cuadro más elevado, como en otro tiempo la mitología, como nuestras religiones, nos aparecen como un substractum de nuestro estado social (1).

Por el lenguaje es que llegamos á concepciones que superan la estricta interpretación de los hechos. Es por él que sustantivamos las puras cualidades y que hacemos de las cosas simples impresiones. Por él es que objetivamos los deseos, las ideas, las aspiraciones, el ideal que despierta en nosotros nuestros dolores, nuestras necesidades, los esfuerzos hacia lo mejor, á los cuales nos compele la concurrencia vital. Para decirlo en una palabra, y basta para mostrar que sus enfermedades no son necesariamente un mal; porque es por él que alcanzamos esas grandes realidades verbales, por las que ninguno de los más nobles representantes de la humanidad rehusaría derramar su sangre – la Justicia y el Derecho.

---

(1) Las palabras abstractas, dice muy bien M. Taine (*Revista Filosófica*, 2.º semestre, 1877, pág. 230), lejos de expresar entidades misteriosas, no son en realidad sino palabras. *Más allá de nuestras palabras generales, no tenemos ideas generales.* De manera que la idea se reduce á no ser sino una palabra, que no es en sí misma sino el sustituto de una imaginación. Toda la diferencia consiste en que en el caso del nombre propio, la palabra es un sustituto total; en los dos otros casos, la palabra es un sustituto parcial, es decir, que no representa sino ciertos caracteres escogidos en el grupo total.

APENDICE PRIMERO.

NOTA SOBRE LA MÁQUINA PARLANTE

DE M. FABER.

Esta máquina es superior á todas las demás en cuanto es la reproducción más exacta del órgano humano y nos descubre completamente su mecanismo. Según la descripción abreviada que de ella ha dado M. P. Bert, que ha hecho resaltar el alcance filosófico de esta invención, mostrándonos la palabra, esta cosa alada, en otro tiempo y aun ahora mismo casi divina, * producida por una simple combinación de tubos y de lengüetas que no ha animado el soplo creador de los dioses – tiene, como nosotros, una laringe y un aparato vocal. El primero consiste en un grueso tubo de caucho, en cuyo interior se encuentra una especie de silbato: delante de la hendidura de éste está fija por uno de sus bordes una muy delgada lámina de marfil que hace vibrar un soplete que desempeña la función de nuestros pulmones. Se arregla la altura del sonido producido de esa manera, con el auxilio de una espiga que, separando ó acercando de la hendidura la lámina de marfil, aumenta ó disminuye el número de sus vibraciones.

La boca se compone de una cavidad con una mandíbula superior de metal, provista de un labio de caucho y de

* Según una nota que ha tenido la bondad de comunicarnos M. Girard de Rialle, relativa al pasaje de nuestro capítulo primero, en que se afirma que en los tiempos de los Vedas fué elevada la palabra al rango de las divinidades: «Los pasajes en que *Vâé*, el *Verbo*, es divinizado, pasan por recientes ó interpolados. Y *Vâé* puede haber sido originariamente la *voz* del trueno, identificada con la vaca celeste, la nube de tormenta y de lluvia *darasvatí*.» No vacilamos en creer, acá para nos, que así haya sido; y que la palabra abstracta no ha sido divinizada sino indirecta y posteriormente.

una membrana que casi puede cerrar completamente el orificio, como para la formación de la *f*; con una mandíbula inferior de caucho y una lengua de la misma materia.

Entre la laringe y la boca se halla un conducto semejante á nuestra faringe. Seis diafragmas metálicos colocados trasversalmente y obrando de arriba á abajo, pueden darle formas muy variadas. Alzándolos ó bajándolos por grupos de uno, tres, cinco ó seis, se refuerzan ó se obtienen ciertos armónicos, y se da á un mismo sonido diversos sonidos de vocales. En la travesía de aire que pasa al silbato laringeo, se halla una membrana que puede tomar diversas posiciones, y que da la *r* con un sonido tembloroso.

En ese mismo conducto de caucho se halla dispuesta una derivación que da en una cavidad que comunica con el aire exterior. Este sistema representa las fosas nasales y da el sonido nasal.

Pónense en movimiento todas esas partes, por espigas y palancas rectas y acomodadas, cuyo número es considerable. Mas para simplificar la maniobra, esas palancas han sido agrupadas de manera que todas aquellas cuya acción simultánea es necesaria á la formación de un sonido, vayan á dar á una sola y misma espiga, puesta en movimiento por la acción de una tecla ó pedal. El teclado así compuesto comprende 14 teclas que dan *a*, *o*, *u*, *i*, *e*, *l*, *r*, *v*, *f*, *s*, *ch*, *b*, *d*, *g*. Tres pedales debajo de la *b*, de la *d* y de la *g*, obran sobre la nariz; y la comunicación de la laringe con la faringe, da *m*, *n*, *h*, *p*, *t*, *r*. De este modo se reproducen palabras de todas las lenguas. Al menos hemos oído reproducir palabras inglesas, tan bien, como palabras francesas. Sólo una cosa falta á la voz de esta máquina monótona y nasal para ser humana—el tono de la emoción.

APENDICE SEGUNDO.

—

APLICACIÓN DE LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN

Á LAS LENGUAS, POR E. FÉRRIERE.

—

La selección en las lenguas.

—

CAPÍTULO I.

VARIACIÓN EN LAS LENGUAS.

Las lenguas se modifican mucho más pronto que las razas. Ninguna lengua parece haber durado más de mil años; mientras que muchas especies se han perpetuado durante centenas de millares de años. Por eso es más fácil volver á hallar la filiación de las lenguas en el tiempo y en el espacio.

Un hecho verdaderamente asombroso es la prodigiosa multiplicidad de idiomas en ciertas regiones. En la India inglesa es tan grande, que embaraza los progresos de la civilización. En la América del Sur y en Méjico, A. de Humboldt cuenta los dialectos por centenas; y sucede otro tanto en el Africa. Esta multitud de lenguas tiene origen en el fraccionamiento de los pueblos, su aislamiento y sobre todo, en su falta absoluta de centralización. En Europa, nada contribuye á hacer desaparecer los dialectos provinciales tanto como la uniformidad de la instrucción impuesta á una nación entera. Las variaciones que sufre una lengua, sobre todo al principio de la historia de un pueblo, son tan numerosas y profundas, que estaría cualquiera tentado á

negar la identidad del antiguo y nuevo lenguaje. Poseemos el texto de un tratado concluído há cerca de mil años entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico. El Rey germano presta juramento en una lengua que era el francés de entonces, mientras que el Rey francés jura en alemán de la misma época. Ninguno de estos dos juramentos sería comprensible hoy, con excepción de los sabios de ambos países. (Véase en Augusto Brachet, *Gramática histórica*, página 36, el texto de los dos juramentos). El cambio ha sido aun tan rápido en Alemania, que el poema épico llamado *Niebelungen Lied*, tan popular en otro tiempo y que apenas data de siete siglos, no puede comprenderse ni estimarse sino por los eruditos. En Italia, las obras que preceden á Dante Alighieri y á la *Divina Comedia*, han corrido la misma suerte. Y sin embargo, no se puede dudar, pues las pruebas están ahí á la vista. El francés moderno, el italiano de hoy y cada idioma que se habla en Europa, desciende directamente del antiguo lenguaje del mismo país. Esta historia actual de la literatura reinante ¿ no es la de las especies existentes ? Nacida del mismo tronco, en el mismo país, cada una de las lenguas ha variado, como han variado las especies. Ellas tienen sus fósiles en las muertas literaturas, ligándose una á otra sin interrupción. Los siglos son para ellas sus capas geológicas; y los países en que han florecido, sus estaciones particulares. Las especies tienen sus variedades, las lenguas sus dialectos. Como las variedades, así son los renuevos de una rama común, modificados por causas exteriores ó fisiológicas ; y lo mismo los dialectos nacidos de una lengua madre, deben al clima sus desemejanzas y á las costumbres de los hombres que los hablan.

CAPÍTULO II.

CAUSAS DE VARIACIONES Y DE SELECCIÓN EN LAS LENGUAS.

I. Relaciones de los pueblos entre sí.—Las relaciones comerciales, industriales, políticas y literarias que los pueblos tienen entre sí, son un continuo origen de variaciones y de selección. Arrastrados por el turbión de una vida ocupada,

no nos apercibimos de esos cambios graduales, porque con nosotros y á nuestro derredor todo ha cambiado entre todos. Sólo el contraste llama la atención hacia las modificaciones verificadas ; y aquí el contraste nos falta. Pero suponed un instante que una parte de la Nación se aisle, mientras que la otra continúe mezclándose á los demás pueblos, ¿ qué sucedería ? Al cabo de cierto número de años, ese grupo aislado sometido únicamente á las variaciones producidas por las condiciones internas, habría conservado el lenguaje nacional con bastante pureza. Al contrario, los otros ciudadanos, en constante contacto con los extranjeros, hablarían una lengua cuyas palabras y giros habrían sufrido las más profundas modificaciones. Colocad en seguida los dos grupos frente á frente. En su asombro, sería necesario el testimonio irrecusable de sus ojos y de su memoria para que estos hermanos, separados un instante, reconociesen en sí mismos las dos partes de un mismo todo, las dos mitades de la misma Nación.

Una colonia de noruegos que se había establecido en la Islanda, en el siglo XIV, permaneció independiente y casi aislada durante cuatrocientos años. El gótico que hablaban los colonos se modificó sin duda, pero mucho menos que el de la madre patria. Esta, por consecuencia de sus numerosas relaciones con la Europa, se había creado una lengua tan diferente, que más tarde, los noruegos miraban el idioma islandés como el gótico puro.

Una colonia alemana establecida en Pensilvania tuvo sus comunicaciones interrumpidas con la Europa durante un cuarto de siglo, por consecuencia de las guerras de la revolución francesa, de 1793 á 1815. Este corto aislamiento tuvo sin embargo un resultado tan notable, que después de la paz, el Príncipe de Sajonia Weimar, viajando en Pensilvania, encontró aldeanos que hablaban como se había hablado en Alemania en el siglo precedente. El dialecto que hablaban había caído en desuso en la madre patria.

Hoy mismo, en el Canadá, la colonia francesa, separada largo tiempo de la metrópoli, habla un lenguaje que pertenece más al siglo XVIII que al nuestro.

II. *Progreso de las ciencias y de las artes.*—Los progresos que hacen las artes, las ciencias, la industria, son una causa permanente de variación y de selección. Se podría formar una cuenta exacta de las expresiones nuevas introducidas por la invención de la imprenta, por la del vapor y por el uso de los caminos de hierro. La aplicación de los descubrimientos hechos en física y en química á la industria, ha enriquecido la lengua con un gran número de palabras y de metáforas. Pero lo que se olvida, ó más bien, lo que ya no se ve con la misma evidencia, es la influencia que han tenido los neologismos con respecto á las antiguas locuciones. Estas han restringido por grados sus acepciones; y muchas han caído en desuso, porque ya no correspondían á las exigencias de la vida contemporánea. Sin embargo, no desaparecen sin lucha ni de repente: por lo general, su agonía es larga; y cuando se apagan, nadie se apercibe de ello, porque insensiblemente se ha ido prescindiendo de su empleo. Con frecuencia se necesita más de un siglo, antes que un lingüista erudito señale su extinción y haga su oración fúnebre.

Un ejemplo curioso de la selección que ejerce el progreso de las ciencias, es el que nos ha dado una metáfora del siglo XVI. El poeta Hardy decía muy elegantemente á los ojos de sus contemporáneos: "Su oración hendiría el estómago de una roca." El descubrimiento de la circulación de la sangre ha arruinado esta metáfora para sustituirle la única exacta: "el corazón de una roca." El día en que se reconoció que el corazón es el centro de la vida circulatoria, y el punto en que se repercute físicamente la impresión de los sentimientos, ese día ha sido despojado el estómago en pro del corazón; y la fisiología ha hecho una selección.

Un segundo ejemplo no menos interesante es el que nos ofrece la palabra vela. Hace apenas trescientos años en que no existían las ciencias, y en que la pobreza pública imponía á cada cual la necesidad de los menores gastos domésticos; y era al humilde sebo fundido apenas, del que se obtenía el mejor alumbrado. La vela era el Alpha y la

Omega de la luz artificial. Así daba ella al pueblo sus más expresivos proverbios: "Quemarse á la vela; el juego no vale la vela;" y á la lengua literaria nuevas comparaciones: sus ojos brillaban como velas (*Ronsard*). A mediados del siglo XVIII esa expresión no excitaba aún la risa: había conservado un resto de majestad: "Dícese de los ojos muy vivos y brillantes, que brillan como velas" (*Diccionario de Trévoux, de 1743*). Los letrados decían en forma sentenciosa: "Esta mujer es bella á la vela; pero el día lo daña todo." El descubrimiento del gas y de la luz eléctrica había hecho ya una incurable herida á la vela metafórica, cuando en estos últimos años ha venido la química á darle el golpe de gracia. La invención del ácido esteárico que se extrae del sebo mismo, y su aplicación al alumbrado con el nombre comercial de *bujía esteárica*, darán sepulcro en el olvido al nombre de vela: antes de un siglo ese sustantivo será un fósil. Y será en los diccionarios especiales, museos arqueológicos de las lenguas, á donde habrá que ir á buscar la palabra y su definición, únicas reliquias de una popularidad terminada.

"Las numerosas palabras, dice Sir Carlos Syell, las expresiones, las frases que inventan los hombres de toda época y de todas clases; los niños, los estudiantes, los militares, los marinos, los jurisconsultos, los hombres de ciencia ó los literatos, no son todas de igual duración: muchas son efímeras. Pero si se pudiese recogerlas todas y conservar su memoria, su número sería comparable en uno ó dos siglos al que contiene el vocabulario completo y permanente del lenguaje. Pues que la memoria del hombre no tiene sino una potencia limitada, necesario es que también haya un límite al aumento indefinido del vocabulario y á la multiplicación de los términos; es, pues, preciso que haya una desaparición de antiguas palabras, casi proporcional á la circulación de las nuevas. A veces, la palabra nueva, la nueva frase, la modificación, suplantará enteramente á la que la ha precedido; otras veces al contrario, los dos términos florecerán simultáneamente; y el uso del más antiguo sufrirá apenas alguna restricción."

III. Hechos políticos, literarios. — Las causas de selección más poderosas son del orden político ó literario. La conquista de un país, por ejemplo, tiene por resultado cierto el de alterar en una medida más ó menos notable la lengua de los vencidos. En la Gran Bretaña, la introducción del francés, importado por Guillermo el Conquistador, modificó profundamente el anglo-sajón; y de esta híbrida alianza tiene origen el inglés actual.

La Galia, subyugada por César, ha perdido su idioma, ó lo que ha quedado, ofrece poco interés en el conjunto. Pero el latín, bajo un nuevo clima y en bocas bárbaras, ha sufrido una transformación radical; ó por mejor decir, del crecimiento de los dos idiomas como de las dos razas, ha nacido una nueva raza y una lengua nueva. Ambas han tenido sus destinos.

En los primeros tiempos de la monarquía francesa, dos dialectos principales dividían la Francia, la lengua *d' oc* y la lengua *d'oil* (pronúnciese *oui*). La preponderancia política del Norte aseguró el triunfo á la lengua *d'oil*.

La dominación de los españoles en América ha implantado ahí el castellano, en perjuicio de las lenguas indígenas. En época más reciente la traducción de la Biblia por Lutero, dió en alemania la superioridad al dialecto sajón sobre los numerosos dialectos existentes. Todas esas lenguas impuestas por selección política, han sufrido las leyes ordinarias de la variación. El genio literario se coloca en el primer rango como causa de selección ; sobre todo con respecto á un mismo país. Dante, por su poema de la *Divina Comedia*, ha consagrado el toscano y le ha dado la victoria sobre todos sus rivales. El siglo XVII ha sido para la Francia la éra de selección por excelencia. Las obras maestras de esa época, por el vigor de las ideas y el esplendor del estilo, han desterrado ó herido de muerte una multitud de expresiones y de figuras legadas por las edades precedentes. Así, en historia natural, una raza vigorosa expulsa ó extermina á las concurrentes más débiles.

Si las bellas letras no tuvieran sino la simple influencia debida á su encanto y á su utilidad, su imperio se extendería

lentamente y quizá no podría salvar un estrecho círculo. Es pequeño el número de los hombres instruídos, en presencia de las multitudes ignorantes! Pero que un Gobierno centralizador imponga á cada ciudadano la obligación de aprender la lengua consagrada por el genio, y al instante la selección obra con un poder incomparable. Ni un solo dialecto, aunque estuviera confinado en la aldea más oscura, escaparía á la destrucción. Todos perecerían, como han perecido tantas especies de animales; y dichosos aún, si nuevos fósiles, dejaran á la posteridad una huella de su paso!

CAPÍTULO III.

CONSECUENCIAS DE LA SELECCIÓN EN LAS LENGUAS.

I.—*Extinción de las lenguas.*—La genealogía de las lenguas es tanto más difícil de conocer, cuanto más se sube el curso de los siglos. ¡Qué de pueblos han sucumbido sin dejar á la historia el menor vestigio de su existencia! ¡Qué de idiomas han muerto sin haber podido ser recogidos y conservados como lo serían los de hoy, gracias á la imprenta y á la difusión de las luces! Por lo demás, no se debe olvidar que los pueblos jamás han tenido el pensamiento de conservar los monumentos de su lengua para el placer y la comodidad de los filólogos venideros. Hay, pues, lenguas como huesos: las causas de destrucción han sido tan numerosas y variadas, que el objeto de nuestro asombro debe ser menos la rareza de los fósiles, que su conservación hasta nuestros días. Por ejemplo, sabemos que sin la orden de los Monjes Benedictinos, las literaturas griega y latina, tan vecinas de nuestra historia, se habrían probablemente perdido para siempre. En cuanto á las lenguas orientales, apenas acaban de salir de la tumba. La linguística es hija del siglo XIX. Encuentro singular! La paleontología es también una creación moderna; de manera que el paralelo entre estas dos ciencias, no sólo se justifica por la analogía de los hechos, objeto de su propio estudio, sino aun bajo el punto de vista histórico de su origen.

La suerte de las lenguas está ligada á la suerte de los

pueblos ; su dote de duración es proporcional al número de los hombres que las hablan. Así, una especie resiste mejor á la concurrencia vital, si cuenta un gran número de individuos. Con frecuencia se ha llegado á reconocer qué circunstancias producen la decadencia ó la caída de un pueblo. Con frecuencia también se nos escapan las causas de esas catástrofes, por consecuencia de la lejanía de los tiempos y de la falta absoluta de documentos. De aquí esas grandes lagunas en la filiación de las lenguas. Se sabe por qué el hebreo ha venido á ser una lengua muerta (La cautividad de Babilonia). Pero, ¿ por qué el sanscrito, á pesar de su carácter sagrado y de la veneración que acompaña á los Vedas (Libros santos de los Aryas), ha tenido la misma suerte ? Hé aquí lo que casi enteramente ignoramos; lo mismo que con respecto á la lengua de Zoroastro. El zenda y el sanscrito ¿ se derivan uno de otro ; ó más bien, no son sino un solo renuevo de un tronco único ? Otro problema por resolver. Si el zenda se deriva del sanscrito, es evidente que faltan muchos tipos intermediarios ; pero nada se opone á que el zenda y el sanscrito sean ramas distintas nacidas de un tronco común. En el fondo, lo que importa á la teoría es la constancia de la estructura y la uniformidad de caracteres, que revelan en los dos dialectos la identidad de origen. Así es como el griego, el latín y la familia germánica se unen con las dos lenguas orientales. La cadena se ha roto, bien que los anillos no existían ya ; pero el parentesco ha dejado en esos diferentes idiomas su sello manifiesto. El latín ha sido más feliz en su posteridad. Han podido seguirse sus cruzamientos y sus variaciones en los países en que reinan sus descendientes. El italiano, el español, el francés, el valaco, el rhético, son hijos directos del latín. Bajo sus diversas formas, debidas á una selección natural, su genealogía es tan cierta, como las razas tan varias de palomas obtenidas por la selección consciente de los hombres.

II. Las lenguas muertas no resucitan.—Las especies extintas no reaparecen. La marcha del tiempo y las variaciones acumuladas hacen imposible las condiciones idénti-

cas de la vida. Del mismo modo, ninguna lengua muerta podrá revivir; porque el cambio de las costumbres, los progresos de las ciencias y de las artes, los hábitos y las necesidades, cavan entre el pasado y el presente un abismo que se ahonda con las horas. Por la fuerza de las continuas variaciones y de una selección siempre activa, no hay una sola lengua viva que no haya experimentado pérdidas considerables. Las *canciones de las hazañas* de nuestros trovadores, son ininteligibles, excepto para los eruditos. Villehardouin está próximo á serlo; Rabelais, vencido por el tiempo, se inclina hacia la tumba. Un siglo más, y habrá muerto; y su libro tendrá necesidad de un traductor como la tienen hoy los autores latinos. Lo que es cierto de la lengua francesa, lo es también de todas las demás. Cada una ha dejado tras sí sus fósiles; y ni una volverá á la vida, porque la humanidad no puede á su gusto sacudir las condiciones de la vida presente, para volver á tomar las preocupaciones antiguas, la fe sencilla y ciega, las costumbres brutales, la ignorancia y la barbarie primitivas. « Los muertos están bien muertos ;» dice un proverbio popular; y esto es tan cierto para las lenguas, como lo es para las especies.

III. Progreso lexicológico en las lenguas.—En general, obrando la selección para bien de los individuos, se sigue de ahí que las especies se mejoran; porque la regla de todo progreso está en la *división del trabajo fisiológico.* Un animal es tanto más elevado en la escala de los seres, cuanto cada una de sus funciones se cumple por un órgano propio y distinto; y lo mismo sucede con las lenguas. También ellas progresan con el tiempo; y bien visto, continúan su marcha en ese sentido.

Al principio, las lenguas encerraban pocas palabras, y esas palabras tenían el sentido más comprensivo. Una sola servía para traducir muchas ideas diferentes. De aquí la oscuridad del pensamiento. Uno de los estudios más simpáticos é instructivos, es seguir las restricciones que cada siglo da á la excesiva significación de las palabras. Es una

verdadera *división del trabajo intelectual* que el espíritu ejecuta poco á poco en las lenguas.

Ejemplo: en el siglo XVI, la palabra *imaginación* tenía el más vasto dominio. La imaginación, dice Charron, recoge primeramente las especies y figuras de las cosas así presentes, por el servicio de los cinco sentidos; como ausentes por beneficio del sentido común. A ella pertenecen propiamente las invenciones, los gracejos y sarcasmos, las pullas y sutilezas, las ficciones y mentiras, las figuras y las comparacionas, la propiedad, limpieza, elegancia, gentileza.»

En el siglo XVII, la definición dada testifica alguna eliminación : 1.° Facultad del alma que imagina ; 2.° Fantasía errónea y extravagante ; 3.° Pensamiento y concepción ; 4.° Opinión que se tiene de algo. (*Diccionario de la Academia, 1694*).

El siglo XVIII la restringe más; pero aun en el sentido del genio : « Habia mucho más de imaginación en la cabeza de Arquímedes que en la de Homero.» (Voltaire).

Hoy la imaginación es la facultad de reproducir la imagen de los objetos : entonces es *pasiva* ; ó de combinar las ideas en sus nuevas relaciones, y entonces es *activa*. En literatura y en las bellas artes, se entiende sobre todo por ella, la facultad de representar las ideas bajo formas sensibles. Se ve que por la palabra *imaginación*, la división del trabajo intelectual comenzada há tres siglos, continúa en nuestra época y aún no está terminada.

Este ejemplo escogido entre mil, muestra con bastante limpieza cuál es la marcha seguida por las lenguas. Esta sucesiva eliminación de sentidos diversos, acumulados en una sola expresión, es una de las leyes que dirigen la transformación de las lenguas ; y las acercan, á pasos lentos pero continuos, á su ideal : limpieza y claridad. A su turno, las lenguas ejercen una feliz influencia sobre el espíritu humano ; lo ayudan á obrar sobre las ideas un trabajo análogo de división; y así, merecen que se las llame métodos analíticos.

CAPÍTULO IV.

CLASIFICACIÓN GENEALÓGICA DE LAS LENGUAS.

La clasificación de las lenguas ha sido siempre genealógica ; porque la derivación, como se la llama, no es otra cosa que la filiación. Puede decirse que la lingüística es la primera por fecha que haya concebido y aplicado el verdadero método de clasificación. Si las ciencias naturales han permanecido ciegas por tan largo tiempo en presencia de esta verdad, es porque el espíritu humano es lento para comprender los fenómenos que tiene á la vista. Una vez enredado en una falsa vía, le es difícil dejar el sendero tomado ; y sólo impulsado por la evidencia y por el número abrumador de las pruebas, es que se decide á sacudir el viejo error y el yugo de la tradicción.

Pues que las lenguas se clasifican por derivación, es decir, por *elemento genealógico*, no es dudoso que las reglas seguidas por los filólogos no sean, bajo otro orden, las mismas del método natural.

§ *1.° Constancia de estructura.*

En las especies se prueba la comunidad de origen por la constancia en la estructura ; sea en los órganos de alta importancia fisiológica, sea en los órganos de una importancia fisiológica cualquiera.

En las lenguas se comprueba por la constancia de la estructura ; sea en los radicales, órganos lexicológicos de la más alta importancia, sea en las flexiones, órganos de importancia varia.

El cuadro siguiente pone en evidencia la comunidad de origen de las lenguas derivadas del latín, bajo el aspecto de la constancia de estructura. Palabras latinas : 1.° *Pater*, padre ; 2.° *Mater*, madre ; 3.° *Juvenis*, joven ; 4.° *Novem*, nueve ; 5.° *Septem*, Séptimo.

Latín.	Lengua d' or.	Lengua d' oui.	Italiano.	Español.	Portugués.	Valaco.
1.° *Pater.*	Pair.	Peire.	Padre.	Padre.	Pai.	Parinte.
2.° *Mater.*	Maire.	Maire.	Madre.	Madre.	Mai.	Maica.
3.° *Juvenis.*	Jove.	Joesne.	Giovane.	Joven.	Joven.	June.
4.° *Novem.*	Nou.	Neuf.	Nuovo.	Nuevo.	Novo.	Nou.
5.° *Septem.*	Set.	Set.	Sette.	Siete.	Sette.	Septe.

Si se levantase un cuadro comparativo de las palabras que componen estas diversas lenguas, se reconocería fácilmente y á primera vista las que por las variaciones y las selecciones se han separado más de la lengua madre.

§ 2.° *Vestigios de estructura primordial.*

En las especies, la comunidad de origen se descubre por los vestigios de estructura primordial: 1.° Organos rudimentarios ó atrofiados; 2.° Estructura del embrión.

En las lenguas se descubre: 1.° Por las letras rudimentarias ó atrofiadas; 2.° Por la estructura embrionaria, es decir, por la forma que tenían las palabras, y la ortografía de una lengua, antes de haber adquirido una virilidad estable, por la aparición de obras maestras.

Las letras atrofiadas son las letras mudas. Ejemplo: *Condamner* (condenar). La *m* es atrofiada, pues no se pronuncia.

Las letras rudimentarias son las que, sin empleo en la palabra primitiva, desempeñan un papel en las palabras derivadas. Ejemplo: *Drap*, la letra *p*, sin empleo en la palabra primitiva, reaparece en las derivadas *draper*, *drapier*, *drapeau*: es rudimentaria.

Las letras rudimentarias sufren con frecuencia una transformación al pasar á las palabras derivadas. Ejemplo: *Nez*, la letra rudimentaria *z* se transforma en *s* en los deri-

vados *nasal, nasiller.* Las leyes de estos cambios son conocidas.

I. Letras rudimentarias ó atrofiadas.—La lengua francesa abunda en letras rudimentarias ó atrofiadas, á pesar del continuo trabajo de contracción silábica y de eliminación, que tiende á simplificar la ortografía. Herencia del idioma generador, son los testigos irrecusables del origen de las palabras. Hé aquí algunos ejemplos de palabras francesas, sacadas de la lengua latina.

1.° *Pulsus,* le pouls. La letra *l* no suena ya, ha sido atrofiada.

2.° *Sanguis,* le sang. La letra *g* es rudimentaria porque reaparece en los derivados *sanglant, sanguin,* &c, &c.

3.° *Corpus,* le corps. La *s* está atrofiada. La *p* es rudimentaria. Derivado, *corporel.*

4.° *Pes,* le pied. La *d* rudimentaria se cambia en *t* en los derivados *piéton, piétiner.*

5.° *Clavis,* la clef. La *f* tiende á desaparecer; pues hoy día se escribe *cle.*

6.° *Falx,* la faulx. La letra atrofiada *l* no existe ya. Hoy se escribe la *faux.*

II. Faz embrionaria.—Si el francés moderno ha conservado tantos vestigios de su origen latino, se puede calcular que en su faz embrionaria (antes del siglo XVI) este parentesco se exhiba de una manera irresistible.

Latín.	Francés ant.	Francés moderno.
1.° *Debitum.*	Debte.	Dette.
2.° *Cognoscere.*	Cognoistre.	Connaître.
3.° *Presbyter.*	Presbtre.	Prêtre.
4.° *Multum.*	Moult.	Palabra fósil desde el siglo XV.
5.° *Unquam.*	Onques.	Hoy fósil. Ya espiraba en el siglo XVII.
6.° *Occidere.*	Occire.	Tiende á desaparecer desde el siglo XV. Casi fósil.

§ 3.° *Uniformidad de un conjunto de caracteres.*

En las especies, el aspecto uniforme de ciertos caracteres, tales como la manera con que se pliegan las alas de los insectos, el color en algunas algas, la pubescencia en ciertas partes de la flor en las plantas herbáceas, basta para definir los grupos, las variedades.

Sucede lo mismo en las lenguas, ramas nacidas de una misma cepa. Comparemos, por ejemplo, el francés á las otras lenguas, hijas como él del latín.

§ 4.° *Cadena de las afinidades.*

El francés ofrece ejemplos notables de la cadena de afinidad que une la expresión moderna á la expresión latina. Los siglos de la edad media son para él lo que son las capas geológicas para las especies : las depositarias de los tipos intermediarios que ligan el antepasado á su último vástago.

Latín. Antepasados.	Francés antiguo. Fósiles intermediarios.	Francés moderno. Vástagos vivos.
1.° *Florem.*	Flor. Flour.	Fleur.
2.° *Stellatus.*	Estelé. Estoilé.	Étoilé.
3.° *Carnis.*	Carn. Charn.	Chair. Charnel.
4.° *Animam.*	Aneme. Anme.	Ame.

Hé aquí algunos otros ejemplos más notables, quizá por su complexidad, y su desemejanza aparente ; pero que la filología y la lingüística, por la exactitud de sus trabajos, han hecho sus comprobantes.

Primer ejemplo tomado del sanscrito.—Si uno dijese al honrado y modesto especiero (*épicier*) que desciende de

la misma cepa que el espía (*espion*) y que el obispo (*evêque*), cuál sería su asombro! Y sinembargo, nada es mas cierto : *espion, épicier, evéque* (espía, especiero, obispo) tienen por origen común el sanscrito *spas* que significa *voir, examiner* (ver, examinar). *Espion* (espía) ha entrado en la lengua francesa por el intermedio del alto alemán (alemán primitivo); épicier (especiero) por el intermedio del latín ; evêque (obispo) por el del griego. El radical sanscrito *spas* es una de las cepas que han producido más ramajes y ramas á las lenguas indo-europeas. Construir el árbol entero del sanscrito *spas*, sería dar una imagen sorprendente del árbol zoológico de la descendencia de las especies y de sus evoluciones. Como modelo típico, bastará trazar la filiación de las tres palabras francesas *espion, epicier* y *evêque*.

A. ÉSPION. El sanscrito *spas*, ver, examinar, de donde se deriva *spara* espion (espía), ha dado al alemán primitivo *spehôm*, y speha, espion (espía). El alto alemán *speha*, ha producido el inglés *spy*, del mismo sentido, y el antiguo francés *espíe*, de donde se deriva el aumentativo moderno *espion*.

B. EPÍCIER. El sanscrito *spas*, ha dado el radical latino *spec*, de donde viene *specío*, ver; del verbo *specío* viene el sustantivo *species*, (lo que se ve) las especias. Más tarde, la palabra latina *species*, especias, ha tomado el sentido de objeto de mobiliario; objetos útiles; después, en fin, el sentido de aromas; los objetos útiles á la salud. De la palabra latina *species* ha nacido el francés *spèces*, el cual, entre otras acepciones, tiene la de aromas medicinales (especias amargas, especias antihelmínticas). En Italia el boticario que vende estas especias, se llama *speziale ;* su tienda es una *speziería*. La palabra francesa *épices*, hijo inmediato de *especias*, y por consecuencia, hermano de *espèces*, ha significado siempre los aromas, pimienta, jengibre, canela, &c, y el que vende esos aromas es el especiero. Es así como el *épicier*, rama francesa, se une al árbol sanscrito *spas*, por el entronque latino (*species, specio, speculum*).

C. ÉVÉQUE. El radical *spec* ha venido á ser en griego *scep* por la intervención frecuente de una letra. Así en

francés, en vez de decir *sangloter* (sollozar) del latín *singultare*, decimos *sangloter*. Así en español en vez de decir *crocodilo* (del latín *crocrodilus*) se dice *cocodrilo*.

Del griego *sceptomai*, examinar, derivan *scopos*, y su compuesto *epi-scopos*, el que examina ó inspecciona. El cristianismo al pasar de los griegos del Asia Menor á los latinos de Roma, ha dado á la palabra griega una terminación latina, *episcopus*. El acento tónico estaba sobre la *i* ; es decir, que la voz se apoyaba fuertemente sobre *pisc*, resbalando ligeramente sobre las dos últimas sílabas. Al pasar por la bárbara boca de los francos *episcopus*, en virtud de las leyes de contracción silábica seguidas por el acento tónico ha venido á ser *episc*.

El cambio de la *p* en *v* es una regla general del latín en su paso al francés. Ejemplos: *rapa*, rave ; (rábano) *recipere*, recevoir (recibir); *sapere*, savoir (saber) *aprilis*, avril (abril), &c. Tenemos, pues, á *eviec*.

El cambio de la *i* en *e* estaba en uso en la clase popular en Roma. Ejemplos: *aresta*, por arista; *vertus* por virtus; *mettere*, por mittere, &c. Es en esta forma popular que han venido al francés *arête*, *vertu*, *mettre*, &c. Tenemos pues, *évesc*, ortografía de la lengua d'*oc* ó *évesque*, ortografía de la lengua d'*oui*. Con la contracción normal de la *s* se ha venido, finalmente, á *évêque* (obispo). La palabra inicial se vuelve á encontrar en la dignidad del obispo, *l' episcopat;* y en el palacio que habita el obispo, el palacio *episcopal*.

Hé aquí cómo la cadena de las afinidades, restablecida por los lingüistas, ha demostrado que la sangre del mismo padre circulaba en las venas del *espion*, del *évêque* y del *épecier*.

Segundo ejemplo sacado del latín: En el ejemplo precedente hemos partido del tronco para descender á la rama terminal; aquí seguiremos el método inverso: partiremos de la rama para subir al tronco.

Jour, *journée*, eran antes *jor* y *jornée*, que se derivaban de jornus, bajo latín, por djurnus ó *diurnus* (italiano *giorno*, que se pronuncia djorno). *Diurnus* es el adjetivo de *dies*; luego *jour* viene de *dies*.

Tercer ejemplo sacado del latín: éste es de una extrañeza que impresiona. Je (yo) viene del latín *Ego*. En el siglo IX *Ego* vino á ser *eo* por la supresión frecuente de *g*. Ejemplos: *Si* (g) *o*, je lie (yo ligo). *Ne* (g) *o*, je nie (yo niego. *Ni* (g) *ella*, la nielle (enfermedad de las plantas) &c.

En el siglo X, *eo* vino á ser *io*, por el cambio frecuente de la *e* en *i*. Ejemplos: *neo*, je nie (yo niego); *sex*, six (seis); *cera*, cire (cera) &c. En el primer ejemplo hemos visto que el cambio de la *i* en *e* era no menos frecuente: esto prueba que estas dos letras se miraban casi como equivalentes. Las costumbres locales han decidido del empleo de la una ó de la otra.

En el siglo XII *io* vino á ser *jo*, por el cambio regular de la *i* en *j*. Ejemplos: *Dibionem*, *Dibjonem*, Dijon (ciudad francesa). *Gobionem*, *gobjonem*, goujon (pez); *Rabiem*, *rabjem*, rage (rabia); *Diluvium*, *diluvjum*, déluge (diluvio), &c.

A partir del siglo XIII, *jo* se convirtió en je (yo) por una modificación de sonido fácil de comprender.

El naturalista que niega la comunidad de origen del elefante y del mastodonte, aunque los miembros de estos animales sean casi semejantes y que los descubrimientos modernos hayan intercalado entre ellos más de veinte especies, debe asombrarse singularmente de la audacia del filólogo. Qué! ¿*je* sería el nieto de *ego*? Ellos no tienen una letra común. ¿Qué importa? Gracias á la estrecha cadena de las transformaciones, ninguna filiación es más cierta. Se podría aplicar textualmente á estas dos palabras lo que dice Darwin de algunas especies naturales: «Hay crustáceos en las dos extremidades de la serie que apenas tienen un carácter común; y sin embargo, las especies más extremas de los dos extremos de la cadena, ligadas evidentemente á las que se les avecinan, éstas aun á otras, y así de seguida, todas se reconocen fácilmente como pertenecientes sin duda posible á esta clase particular de los articulados y nó á las otras.»

Conclusión.—A todas estas similitudes, á todas estas analogías, viene á unirse una postrera analogía, una última similitud: la manera como se presenta el problema del ori-

gen. ¿Se derivan las lenguas de una ó de muchas lenguas? Las especies han nacido de uno ó de muchos pares? Esto es lo que no se sabe; lo que jamás se sabrá. Sucede con todo origen lo que con todo ideal: cada esfuerzo acerca á él, sin que jamás pueda alcanzársele. La ciencia, por sus descubrimientos graduales, restringirá el número de las especies generatrices, como la filosofía y la lingüística el de las lenguas madres; pero la unidad primordial huirá sin cesar ante ellas. Concebirán esta unidad como el supremo tipo; lo establecerán como el coronamiento de sus demostraciones; pero impotentes para probar experimentalmente su existencia, no podrán exclamar: la unidad es una *realidad!* y dirán solamente: la unidad es un *ideal!* Y la certidumbre de sus inducciones no se conmoverá; porque fundada en hechos de la observación exacta de las cosas, pueden desafiar las cóleras místicas ó las críticas retrógradas. Fuertes, invencibles como la Verdad, esperan tranquilamente el fallo incorruptible del porvenir.

LA SELECCIÓN.

EN LAS ESPECIES.	EN LAS LENGUAS.
1.° Las especies tienen sus variedades, obra del medio, ó de causas fisiológicas.	1.° Las lenguas tienen sus dialectos, obra del medio ó de las costumbres.
2.° Las especies vivas descienden generalmente de especies del mismo país.	2.° Las lenguas vivas descienden generalmente de lenguas muertas del mismo país.
3.° Una especie experimenta menos variaciones en un país aislado.	3.° En un país aislado, una lengua experimenta menos variaciones.
4.° Variaciones producidas por el cruzamiento con especies distintas ó extrañas.	4.° Variaciones producidas por la introducción de palabras nuevas, debidas á las relaciones exteriores, á las ciencias, á la industria.

EN LAS ESPECIES.	EN LAS LENGUAS.
5.° La superioridad de las cualidades físicas, asegura la victoria á los individuos y es causa de selección.	5.° El genio literario y la instrucción pública centralizada, son causas de selección.
6.° La belleza, del plumaje ó la melodía del canto es causa de selección.	6.° La brevedad ó la eufonía es causa de selección.
7.° Numerosas lagunas en las especies extinguidas.	7.° Lagunas numerosas en las lenguas muertas.
8.° Probabilidades de duración de una especie en el número de los individuos que la componen.	8.° Probabilidades de la duración de una lengua por el número de los individuos que la hablan.
9.° Las especies extintas no reaparecen.	9.° Las lenguas muertas no resucitan.
10. Progreso en las especies por la división del trabajo fisiológico.	10. Progreso en las lenguas por la división del trabajo intelectual.

CLASIFICACIÓN GENEALÓGICA.

EN LAS ESPECIES.	EN LAS LENGUAS.
1.° Constancia de estructura, órganos de alta importancia fisiológica; órganos de importancia varia.	1.° Constancia de estructura, radicales de alta importancia, flexiones de importancia varia.
2.° Vestigios de estructura primordial, órganos rudimentarios ó atrofiados, estructura embrionaria.	2.° Vestigios de estructura primordial, letras rudimentarias ó atrofiadas, frase embrionaria.
3.° Uniformidad de un conjunto de caracteres.	3.° Uniformidad de un conjunto de caracteres.
4.° Cadena de afinidades en las especies vivas ó extinguidas.	4.° Cadena de afinidades en las lenguas vivas ó muertas.

NOTA FINAL DEL TRADUCTOR.

El presente libro, como los dos anteriormente vertidos al castellano, á saber: *La Religión Natural, por Bentham*, y la *Filosofía Positiva, por Augusto Comte*, pertenece á la BIBLIOTECA FILOSÓFICA del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Como se ha dicho en alguna otra parte, el actual Rector del expresado establecimiento, señor doctor Juan Manuel Rudas, aspira á una reforma de rejuvenecimiento intelectual en los conocimientos que el Gran Plantel propina á las nuevas generaciones.

Y esto no es de extrañar en un joven como el doctor Rudas, que á una notable ilustración y descollante inteligencia, une ese patriotismo generoso que se place en la dicha y el engrandecimiento del país que nos ha visto nacer. Por el impulso de ese elevado sentimiento de patriotismo, vemos hoy esos bellos esfuerzos del joven Rector en la elegante y valiosísima transformación del edificio del Colegio del Rosario; transformación que es un adorno para nuestra capital, una fuente de recursos para la educación de la juventud, y un ejemplo, digno del mayor encomio, ofrecido á cuantos aman su propio honor y su propia felicidad en la honra y en las grandezas de la Patria.

INDICE.

Pág.

DOS PALABRAS... III
Capítulo I.—Fases de la cuestión..... 5
Capítulo II.—Fases de la cuestión (continuación)..... 15
Capítulo III.—Valor expresivo de los movimientos del cuerpo y sobre todo de la faz en el hombre y en los animales..... 36
Capítulo IV.—De las emisiones de voz, como medio de expresión del hombre y de los animales..... 51
Capítulo V.—Ruidos y sonidos articulados del hombre..... 68
Capítulo VI.—Interjecciones y palabras imitativas como material del lenguaje..... 85
Capítulo VII.—Alteración y destrucción de la naturaleza expresiva de las palabras ; extensión de su sentido ; y crecimiento del lenguaje por la ley de las nomenclaturas analógicas..... 101
Capítulo VIII.—Relaciones de dependencia recíproca entre el lenguaje y el pensamiento..... 119

APÉNDICE PRIMERO.

Nota sobre la máquina parlante de M. Faber..... 131

APÉNDICE SEGUNDO.

Aplicación de la teoría de la evolución á las lenguas, por E. Férriere..... 133
Capítulo I.—Variación en las lenguas..... 133
Capítulo II.—Causas de variaciones y de selección en las lenguas..... 134
Capítulo III.—Consecuencias de la selección en las lenguas 139
Capítulo IV.—Clasificación genealógica de las lenguas..... 143
§ 1.° Constancia de estructura..... 143
§ 2.° Vestigios de estructura primordial..... 144
§ 3.° Uniformidad de un conjunto de caracteres..... 146
§ 4.° Cadena de las afinidades..... 146